

A

UAN

UTÓNOMA DE NUEVO

CENTRAL DE BIBLIOTE

MAUPASSANT

EL DONC  
LA SEÑ  
HUSSON

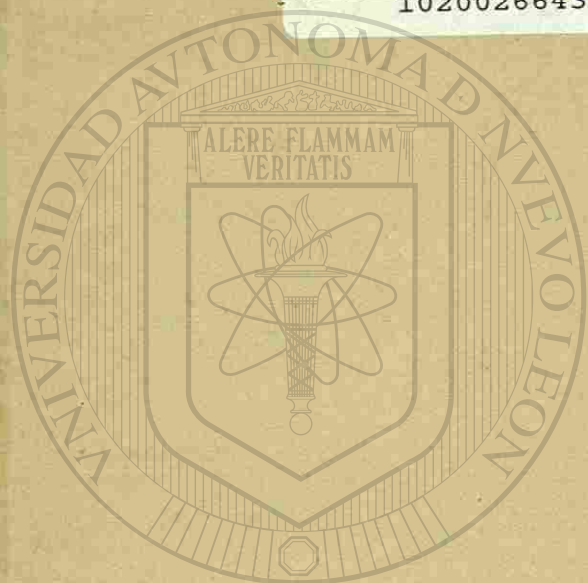
PQ2349

D6

S6



1020026643



# UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



OBRAS COMPLETAS  
DE  
GUY DE MAUPASSANT  
(EDICIÓN ILUSTRADA)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. N

Núm. Autor M 452 d

Núm. Adq. 30521

Procedencia -8-

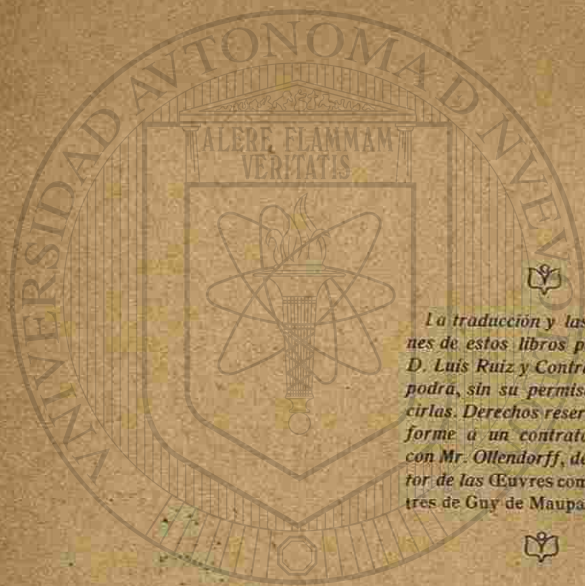
Precio \_\_\_\_\_

Fecha \_\_\_\_\_

Clasificó ref

Catalogó \_\_\_\_\_





La traducción y las ilustraciones de estos libros pertenecen a D. Luis Ruiz y Contreras y nadie podrá, sin su permiso, reproducirlas. Derechos reservados, conforme a un contrato celebrado con Mr. Ollendorff, de París, editor de las Œuvres complètes illustrées de Guy de Maupassant.



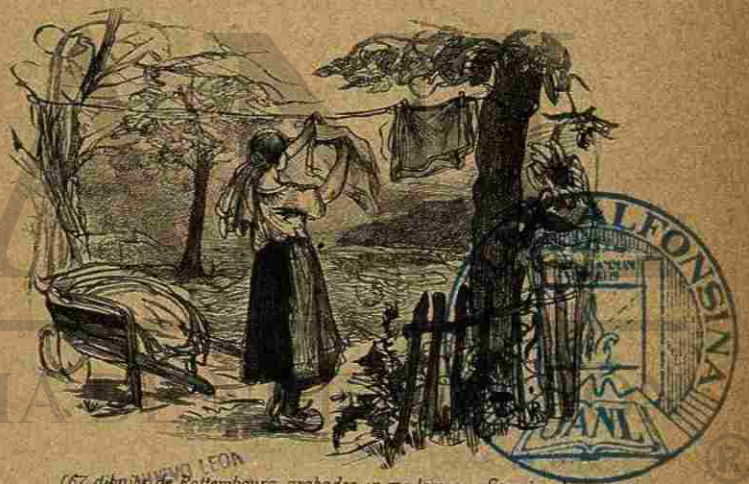
*Obras completas de Guy de Maupassant.*

*Versión castellana de Luis Ruiz Contreras.*

# El Doncel

de la

## Señora Husson.



(67 dibujos de Rotterdam, grabados en madera por Lemoine.)

UNIVERSIDAD DE LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO"  
Año. 1625 MONTREY, MEXICO

Madrid 1905

"Ediciones literarias y Artísticas."

85921

30521



843  
M.

PQ 2349

D6  
S6



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Madrid, Imprenta de Anto-  
nio Marzo, San Hermenegildo,  
32 duplicado. Teléfono 1.977.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

## EL DONCEL DE LA SRA. HUSSON

**A**CABÁBAMOS de pasar por la estación de Gisors, donde me había despertado al oír vocear á un mozo de la línea el nombre del pueblo, y me preparaba nuevamente á dormirme, cuando una violenta sacudida me lanzó sobre una señora gorda sentada frente á mí.

Habíase roto una rueda de la máquina; el ténder y el furgón de equipajes, descarrilados también, se volcaron junto á la coja, que gemía, rugía, silbaba, resoplaba, escupía, semejante á esos caballos caídos en la calle, de un resbalón, cuyo pecho palpita, cuyas narices roncan y cuyo cuerpo retiembla estremecido, sin que sean capaces del menor esfuerzo para levantarse y seguir su carrera.

No hubo muertos ni heridos; algunos contusos nada más, porque no había tomado el tren mucha velocidad todavía.



Y todos mirábamos tristemente á la bestia de hierro, lisiada, que no podría conducirnos y que nos cerraba el paso.

Era preciso esperar á que un tren de socorro saliera de París á recogernos.

Me decidí á ir al pueblo para entretenerme almorzando.

Andando por la vía, pensaba yo: «Gisors, Gisors... Yo debo conocer á alguien aquí. Gisors... Me suena... ¿Qué amigo mío vive en Gisors?» De pronto saltó en mi memoria un nombre: ¡Alberto Marambot! Un antiguo compañero de colegio, al que no había visto en doce años y que estaba de médico en Gisors. Muchas veces me había escrito invitándome, y siempre le había contestado prometiendo hacerle una visita. Llegaba la ocasión forzosa de cumplir mi ofrecimiento.

Pregunté á un transeúnte:

—¿Sabe usted dónde vive el doctor Marambot?

Y me contestó inmediatamente:

—Calle de la Delfina.

Vi en una puerta, grabado sobre una plancha de metal amarillo, el nombre de mi camarada. Llamé; y la criada—una moza de cabellos rubios y movimientos perezosos—me dijo con expresión estúpida:

—No está en casa; no está.



Oyendo un rumor de platos, copas y tenedor, grité:

—¡Marambot! ¡Eh! ¡Marambot!

Abrióse una puerta y se asomó un hombre gordo, con patillas, displicente, llevando en la mano la servilleta.

No le hubiera reconocido. Parecía tener por lo menos cuarenta y cinco años; en un segundo imaginé la pesada vida en provincias, que abruma y envejece. De pronto, mientras le tendía la mano,



comprendí cuáles eran sus costumbres, su filosofía y sus opiniones acerca de las cosas del mundo. Adiviné las reposadas comidas que abultaron su vientre, las somnolencias durante una digestión regada con buen coñac, las indiferentes preguntas que hacía á sus enfermos, pensando en el pollo asado que le aguardaba en la mesa. Sus discursos acerca de la cocina, de la sidra, del aguardiente, acerca del modo mejor de condimentar ciertos manjares, de preparar ciertas salsas; todo lo comprendí; todo lo revelaban sus mejillas, lustrosas y coloradas, la inmovilidad de sus carnosos labios y el brillo melancólico de su mirada.

Le dije:

—¿No me recuerdas ya? Soy Raul Aubertín.

Abrió los brazos, y poco faltó para que me ahogara. En seguida me preguntó:

—¿No habrás almorzado?

—No.

—¡Me alegro! Acababa de sentarme á la mesa y de partir una magnífica trucha.

A los cinco minutos almorzábamos admirablemente.

Le pregunté:

—¿No te has casado?

—¡Jamás!

—¿Y te diviertes aquí?

—No me aburro. Trabajo, estoy entretenido. Hago mis visitas, discuto con las gentes, como bien, tengo buena salud, río y cazo.

—¿No es demasiado monótona la vida de pueblo?

—No, sabiendo emplearla. En un pueblo se vive como en una capital. Ocurren menos cosas, no hay tantas distracciones, pero á todo se le da más importancia; las relaciones son menos numerosas, pero más frecuentes. Cuando se conocen todas las ventanas de una calle de pueblo, cada ventana intriga más que una calle entera de París. Es muy divertido un pueblo; muy divertido. Este, Gisors, lo conozco de punta á punta, en sus menores detalles, desde su origen hasta nuestros días. No puedes imaginarte qué curiosa historia tiene.

—¿Eres de Gisors?

—No. Soy de Gournay, otro pueblo próximo. Son irreconciliables enemigos. Imagina entre Gournay y Gisors un paralelo semejante al que pudieras establecer entre Lúculo y Cicerón. Aquí la gloria se antepone á todo: «los soberbios de Gisors»; en Gournay lo primero es el vientre: «los tragones de Gournay». Gisors desprecia á Gournay, pero Gournay se burla de Gisors. Es muy cómica esta tierra.



Comíamos algo verdaderamente sabroso y exquisito; huevos envueltos en gelatina y un picadillo de carne, aromatizado con hierbas y ligeramente bañado con su propio jugo.

Exclamé, relamiéndome, para satisfacer á Marambot:

— ¡Está muy rico esto!

Sonrió y dijo:

— Dos cosas hacen falta para este plato: buena gelatina y bonísimos huevos. ¡Ah! Es tan difícil encontrar huevos con la yema rojiza y el sabor característico... Yo tengo dos gallineros; uno para la recolección de huevos y otro para la cría de los pollos. A las gallinas ponedoras las alimento de una manera especial. Tengo mi teoría. En el huevo, como en las carnes de ave, de vaca ó de cordero, como en la leche, como en todo, se debe percibir el perfume, la quinta esencia de los alimentos que cebaron al animal. ¡Cuánto mejor comeríamos si preocuparan tales cosas!

Reí, diciéndole:

— ¿Te gusta comer bien? ¿Eres gastrónomo?

— ¡Diablo! ¿Es posible que haya imbéciles que no se preocupen de comer bien? Se es gastrónomo, como se es artista, como se es erudito, como se es poeta. El paladar, amigo mío, es un órgano delicado,

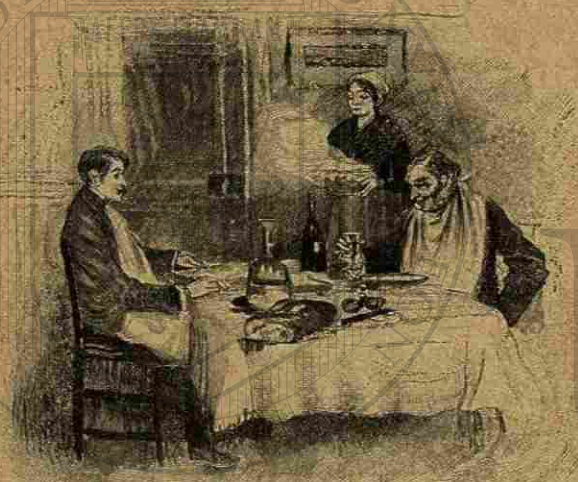
do, susceptible de perfeccionamiento y tan importante como el oído y la vista. No tener paladar es vivir privado de una facultad esencialísima, de la facultad de distinguir la clase de los alimentos, como se puede ser negado para apreciar las cualidades de un libro ó de una obra de arte; no tener paladar, es verse privado de un sentido principal, de una superioridad humana; es pertenecer á una de las infinitas clases de enfermos, de infelices y de tontos de que se compone nuestra raza; es tener un sentido estúpido, como se tiene á veces estúpida el alma. Un hombre que no diferencia, por el gusto, una langosta de un langostón, un arenque, ese pescado admirable que tiene todos los sabores, todos los aromas del mar, de una sarda ó de una pescadilla, una pera de don Guindo de una pera de agua, es comparable al que no distinguiese á Balzac de Eugenio Sué, ó una sinfonía de Beethoven de un paso doble compuesto por un músico de regimiento, y el Apolo de Belvedere de la estatua del general Blaumont.

— ¿Quién es el general Blaumont?

— ¡Ah! Tú no sabes eso... ¡Claro! No conoces las celebridades de Gisors. Te dije ya que llamaban á los vecinos del pueblo «los soberbios de Gisors», y te aseguro que no hallé nunca un mote mejor



apropiado. Pero, almorcemos tranquilamente, y después te hablaré de todo recorriendo las calles. De cuando en cuando cesaba de hablar para



beber lentamente un vasito de vino, que miraba y cogía con verdadero amor.

La servilleta, prendida al cuello, anudada sobre el cogote; los pómulos encendidos, los ojos excitados, las patillas abiertas, la boca infatigable, mascando... Era curioso verle.

Me hizo comer excesivamente. Luego, cuando

quise volver á la estación, me cogió de un brazo y me llevó por las calles, que ofrecían un bonito aspecto provincial. El castillo desde una colina dominaba la población; es el más curioso monumento de arquitectura militar del siglo VII que habrá en Francia. Desde lo alto del castillo se descubren los verdes valles donde las vacas de Normandía pacen tranquilamente.

El doctor decía:

—Gisors, pueblo de 4.000 habitantes, en los confines del Eura, mencionado ya en los Comentarios de Julio César: *Cæsarís ostium*, luego *Cæsartium*, *Cæsortium*, *Gisortium*, *Gisors*. Ya te llevaré á visitar el campamento del ejército romano cuyas huellas aún son bastante visibles.

Riendo respondí:

—Amigo, tú padeces una enfermedad que deberías conocer, y que se llama «apasionamiento de campanario».

Se detuvo en seco:

—«Apasionamiento de campanario» no es otra cosa que patriotismo natural. Tengo amor á mi casa y á mi pueblo; por extensión, á toda la provincia, que se parece á mi pueblo. Pero si me preocupan las fronteras, si las defiendo, si me disgusto cuando el enemigo las pisa, es porque la frontera que des-



conozco abre un camino hacia mi provincia y deja en riesgo mi casa. Por esto soy normando, un entusiasta normando; y, á pesar de los rencores que despiertan los alemanes, yo no los odio, no los odio como á los ingleses, los verdaderos, los constantes enemigos de los normandos; porque los ingleses pisaron este suelo, saqueándolo, arrasándolo varias veces, y el odio á los ingleses me fué transmitido por herencia, con la vida... La estatua del general.

—¿Qué general?

—El general Blaumont. Necesitábamos una estatua. Por algo somos «los soberbios de Gisors». Y descubrimos al general Blaumont. Mira el escaparate de la librería.

Me arrastró hasta el cristal, y vi una docena de folletos, de cubiertas rojas ó azules, todas llamativas.

Leyendo los títulos, no pude contener la risa: *Gisors, sus orígenes y su porvenir*, por X, miembro de varias sociedades; *Historia de Gisors*, por el canónico A; *Gisors desde los tiempos de Julio César hasta nuestros días*, por M. B., propietario; *Gisors y su campiña*, por el doctor C. D.; *Glorias de Gisors*, por Un Curioso...

—Amigo mío—dijo Marambot—, no transcurre un

solo año sin que aparezca una nueva historia de Gisors. Ya tenemos veintitrés.

—¿Y las notabilidades de Gisors?—pregunté.

—¡Oh! No voy á nombrarlos á todos; pasaremos revista nada más á los principales. Desde luego el general Blaumont; el barón Davilliers, famoso cerámico, descubridor de magníficas lozas árabes en sus excavaciones realizadas en España y en las Baleares; tenemos también un periodista muy notable, Carlos Brainne, muerto ya, y otro vivo y muy vivo, el director del *Noticiero de Roan*, Lapiere... Además, otros muchos, muchos...

Avanzábamos por una larga calle, algo pendiente, bañada por el sol de junio, que había obligado á todos los vecinos á recogerse en sus casas. De pronto, en la última esquina, un hombre apareció: era un borracho que se tambaleaba.

Con la cabeza inclinada, los brazos caídos, las piernas flojas, avanzaba por embestidas de tres, de seis ó de diez pasos rápidos é inseguros. Cuando se veía en medio de la calle, sin punto de apoyo, dudaba entre abandonarse y caer ó llegar á la pared con otro esfuerzo más; luego, bruscamente, salía en una dirección cualquiera, hasta tropezar con una casa, á la cual se agarraba, como si quisiera penetrar á través del muro. Con la boca entreabier-



ta, con los ojos medio cerrados, miraba hacia atrás, y dando traspiés avanzaba de nuevo.

Un perrito amarillento, un miserable gozquecillo le seguía de cerca, ladrándole, deteniéndose cuando él se detenía y andando cuando él andaba.



— ¡Caramba! — dijo Marambot —. Ahí tienes á un doncel de la señora Husson.

Sorprendido, pregunté: — ¿Por qué llamas «doncel» á ese hombre?

— Así llamamos á los borrachos. Es una historia que se repite ya como leyenda, pero que ocurrió seguramente.

— ¿Y tiene gracia?

— Mucha gracia.

— Pues, cuéntame.

— Con mucho gusto. Había en este pueblo una señora vieja, muy virtuosa y protectora de la virtud, que se llamaba la señora Husson. No invento los nombres; te los digo tal y conforme se llamaban los personajes. La señora Husson empleaba su vida en obras piadosas: alentar á los desvalidos y socorrer á los necesitados. Bajita, andando á pasos menudos, adornada con una peluca de seda negra, ceremoniosa, pulcra y en muy buenas relaciones con todos los santos del cielo, representados en nuestra iglesia por el párroco Malou, sentía horror profundo, inveterado, hacia los vicios, y, sobre todo, hacia el que la religión llama lujuria. Los embarazos de las solteras la exasperaban hasta sacarla de sus casillas, haciéndola perder su dulzura de carácter.

Como en aquella época se daban «premios á la virtud» en los alrededores de París, ocurriósele á la señora Husson abrir un concurso de virtudes en Gisors.

Comunicó su proyecto al párroco, y éste hizo una lista de las mozas que podrían optar al premio.

Pero la señora Husson tenía una criada vieja,



una criada más irascible aún que la señora en ciertos asuntos, y en cuanto el cura hubo apuntado todos los nombres, la beata llamó á la sirvienta, diciendo:

«Mira, Francisca; estas son las mozas que me propone para el premio de virtud el señor párroco. Entérate de lo que se murmura de todas ellas.»

Y Francisca empezó á investigar. Recogía todas las murmuraciones, todos los chismes, todas las sospechas, y para que no se le olvidase nada, escribía en su libro de cuentas cuanto averiguaba; diariamente la señora Husson leía poniéndose las gafas:

|               |              |
|---------------|--------------|
| «Pan.....     | 20 céntimos. |
| «Leche.....   | 10 —         |
| «Manteca..... | 40 —         |

«Malvina Lavesque la corrió el año pasado con su primo.

|                             |               |
|-----------------------------|---------------|
| «Una pierna de carnero..... | 2,25 francos. |
| «Sal gorda.....             | 5 céntimos.   |

«Rosalía Batinel fué sorprendida en el bosque Ribondet con Cesáreo Pienoir, por la zurcidora Onésina, el 20 de Julio al anochecer.

|                 |             |
|-----------------|-------------|
| Rabanillos..... | 5 céntimos. |
| Vinagre.....    | 10 —        |
| Sal molida..... | 10 —        |

«De Josefina Durdent no se sabe de seguro que haya faltado, á pesar de sus relaciones con el hijo de Oportuno,

que sirve en Roan, y que le mandó una cofia por la diligencia.»

Ni una sola salía intacta de semejante y escrupulosa investigación. Francisca interrogaba sin cesar á todo el mundo, á los vecinos, á los tenderos, á las vendedoras, al maestro, á las hermanitas de los pobres; y en todas partes recogía los más pequeños rumores.

Como no hay una muchacha en el universo de la cual no hayan murmurado las comadres, no se halló en la comarca ninguna libre de la maledicencia.

Y la señora Husson quería, para otorgar su premio de virtud, una doncella de la cual ni una vez se hubiese dudado. Las referencias de su criada la sobrecogían.

Ensanchó el círculo de sus operaciones, admitiendo á concurso mozas de otros lugares lejanos; y con todas ocurrió lo mismo.

Consultó al alcalde, pero sus recomendadas tampoco resistieron la información de Francisca; ni fueron más afortunadas las propuestas por el doctor Barberol, á pesar de sus garantías fundadas en reconocimientos científicos.

Pero una mañana, volviendo de la compra, dijo Francisca:

«Señora, si quiere usted dar un premio de vir-



tud, será preciso dárselo á Isidoro; no hay otra persona que lo merezca.»

La señora Husson quedó pensativa.

Conocía bien á Isidoro, el hijo de Virginia, la frutera. Su castidad proverbial era uno de los encantos de Gisors, y servía de agradable tema de conversación á mucha gente y de entretenimiento á las muchachas, que se divertían provocándole. A los veinte años cumplidos, alto, desgachado, perezoso y cobarde, ayudaba á su madre en el comercio y pasaba los días escogiendo las frutas y limpiando las hortalizas sentado á la puerta.

Las mujeres le inspiraban tal temor, que bajaba los ojos en cuanto una parroquiana le sonreía, y esta exagerada timidez le hizo juguete de todos los guasones de la comarca.

Las palabras atrevidas, las alusiones picarescas, los chistes verdes le hacían subir tan pronto los colores á la cara, que el doctor Barberol llamaba á Isidoro el termómetro del pudor.

¿Tenía ó no tenía malicia? — tal fué la preocupación de las gentes —. ¿Era el presentimiento de misterios ignorados y vergonzosos ó la indignación producida por los viles contactos del amor, lo que ruborizaba tan fácilmente al hijo de Virginia? Los pilluelos pasaban frente á la frutería para gritar

obscenidades que le hicieran bajar los ojos, y las mozas le decían al oído riendo palabras atrevidas, que le obligaban á retirarse de la tienda. Las más valientes le hacían proposiciones, le daban citas, brindándole todos los goces.

La señora Husson reflexionaba el asunto.

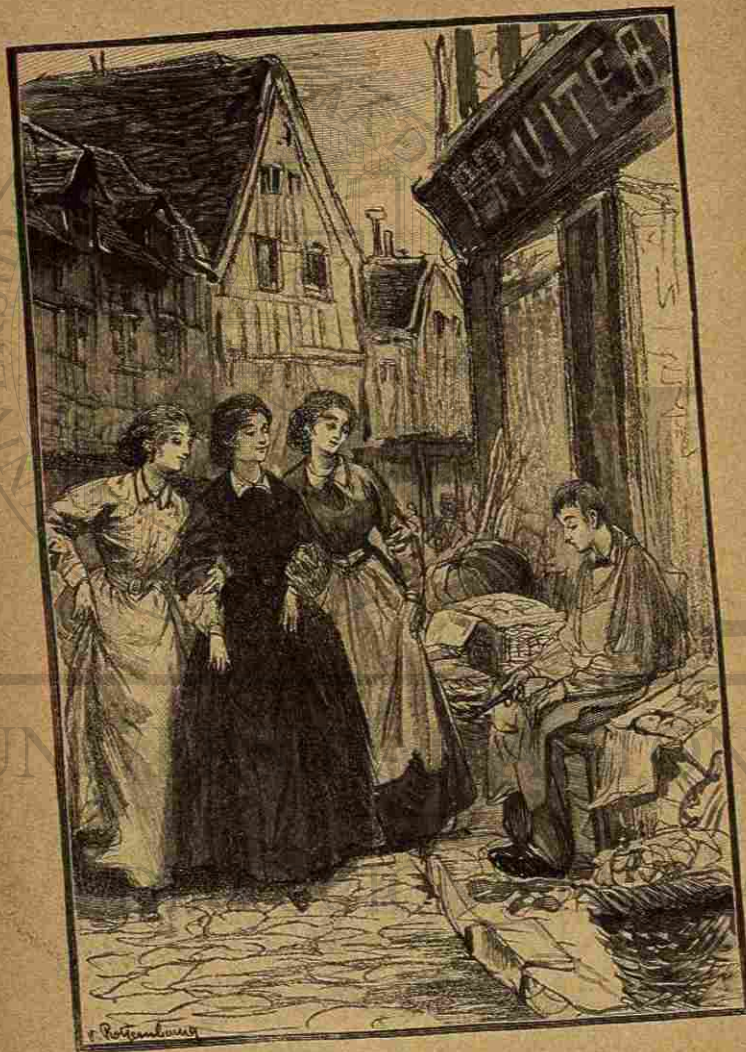
Ciertamente, Isidoro era un caso de virtud excepcional, notoria, evidente, incorruptible. Nadie, ni el más incrédulo ni el más escéptico, nadie se hubiera permitido suponer á Isidoro reo de la más pequeña infracción contra las leyes de la moral. Nadie le vió nunca en el café, ni se supo que anduviera de noche por las calles.

Acostábase á las ocho y se levantaba á las cuatro. Era una perfección, una perla.

Sin embargo, la señora Husson dudaba. La idea de otorgar el premio de virtud á un hombre no la satisfacía







por completo y resolvió consultar con el párroco.

El padre Malou satisfizo su ansiedad con estas reflexiones:

«¿Qué desea usted recompensar, señora? La virtud, solamente la virtud? Pues ¿á qué pararse á discurrir si la virtud es masculina ó femenina? La virtud es eterna, inmutable; no tiene patria ni sexo: es *la virtud*.»

Animada, la señora Husson fuese á ver al alcalde, al cual todo le pareció razonable.

«Haremos una hermosa ceremonia—dijo—. Y para otro año, si encontramos una moza tan digna como Isidoro, premiaremos la virtud femenil. Además, con esta resolución damos un ejemplo; no somos parciales ni exclusivistas, reconocemos todos los méritos.»

Cuando se lo participaron á Isidoro se ruborizó como nunca, pero trasluciendo alegría en su semblante.

La fiesta quedó acordada para el 15 de Agosto, día de la Virgen y del emperador Napoleón.

El municipio había decidido celebrar con pompa el suceso y dispuso el estrado en una prolongación de las fortificaciones del viejo castillo, adonde luego subiremos.

Por una muy explicable reacción del espíritu pú-



blico, la virtud de Isidoro, que fué motivo de mofa durante algún tiempo, lo fué de admiración respetuosa en cuanto se dijo que le valdría 500 francos, una cartilla en la Caja de Ahorros y las atenciones de los principales. Las mozas arrepentíanse de sus ligerezas, de sus burlas, de sus libertades pasadas; y el buen Isidoro, aunque siempre modesto y tímido, mostraba cierta desenvoltura, reveladora de su íntima satisfacción.

Desde la víspera de la fiesta, la calle de la Delfina estaba ya engalanada con gallardetes y colgaduras. ¡Ah! No te dije por qué razón se llamó aquella, calle de la Delfina.

Parece ser que la delfina, una delfina, ignoro cuál, visitando Gisors había sido retenida tantas horas por las autoridades, ansiosas de mostrárselo todo, que á mitad de su paseo triunfal detuvo el cortejo frente á una casa de la dicha calle y exclamó: «¡Qué bonita vivienda! ¡Me gustaría visitarla! ¿De quién es?» Buscaron al dueño y lo condujeron, aturdido y orgulloso, á presencia de la princesa, la cual se apeó del carruaje y entró en la casa, visitándola por completo y hasta llegando á permanecer un rato sola, encerrada, en cierto gabinete.

Cuando salió, el pueblo en masa, entusiasmado

por la deferencia con que acababa de honrar á un vecino de Gisors, vociferó: «¡Viva la delfina!» Un poeta irónico hizo una composición de circunstancias; y la calle conservó el nombre de su alteza real, porque

la princesa, en un aprieto,  
cuando en la casita entró,  
en el camarín secreto...  
la bautizó.

Pero volvamos á Isidoro.

Se había cubierto de flores la carrera, como se hace para la procesión del Corpus, y los milicianos nacionales estaban sobre las armas á las órdenes de su comandante Desvarres, un buen soldado de Napoleón, que guardaba con orgullo, junto á la cruz de la Legión de Honor, que le había puesto el héroe con su propia mano, la barba de un cosaco, arrancada de un solo golpe sobre la faz de su dueño por el comandante Desvarres, en la retirada de Moscou.

Sus milicianos eran los más famosos de la provincia, y los granaderos de Gisors veíanse muy solicitados en quince ó veinte leguas á la redonda para todas las fiestas memorables. Se cuenta que pasando revista el rey Luis Felipe á los batallones de milicianos del Eura se detuvo asombrado ante





los de Gisors, haciendo la siguiente pregunta: «¿De dónde son estos granaderos?» «De Gisors» — respondió el general. «Debí suponerlo» — añadió el rey.

El comandante Desvarres fué con su compañía — llevando al frente la charanga —, en busca de Isidoro.

Terminada una corta serenata, Isidoro apareció en la puerta vestido de cutí blanco de pies á cabeza, y llevando en el sombrerillo de paja un ramo de azahar.

La elección del traje había preocupado mucho á la señora Husson, la cual dudaba entre la ropa negra que usan los congregantes con un lazo blanco solamente, ó todo blanco. Atendiendo las observaciones de Francisca, se decidió por lo segundo, notando que así el mocetón parecería un cisne de puro y nítido plumaje. Detrás de Isidoro iba su protectora, su madrina, la señora Husson, triunfante. Apoyóse para salir en el brazo de Isidoro; el señor alcalde se puso al otro lado. Los tambores redoblaban. El comandante Desvarres dió la voz de mando: «Presenten... ¡armas!»; y el cortejo se puso en marcha hacia la iglesia entre una muchedumbre de curiosos que acudieron desde todas las aldeas próximas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIV.

"ALFONSO HERRERA"

1625 MONTERREY, MEXICO



Después de la misa y del muy sentido sermón pronunciado por el párroco Malou, la comitiva se dirigió á las fortificaciones, donde se había preparado el banquete, bajo un toldo.

Antes de sentarse á la mesa, el alcalde tomó la palabra, y... Te repetiré textualmente su discurso. Lo aprendí de memoria porque valía la pena: «Virtuoso joven: una honradísima señora, estimada por los pobres y respetada por los ricos, la señora Husson, hacia quien siente agradecimiento la comarca entera y á quien saludo en el nombre de todos, tuvo la idea, la feliz, la bienhechora idea de fundar un premio á la virtud, que será un precioso estímulo para todos los habitantes de nuestra hermosa tierra. Tú eres, virtuoso joven, el primer elegido, el primero en esta dinastía de la prudencia y de la castidad. Tu nombre viene á encabezar la brillante lista de los afortunados por sus propios merecimientos, y es necesario que tu vida, compréndelo bien, que tu vida entera responda siempre á tan preclaros principios. Hoy, delante de la magnánima señora que premia tu comportamiento; delante de los milicianos, que se armaron para honrarte; delante de todo el pueblo conmovido, congregado para loar tu virtud, contraes el solemne compromiso de mantener hasta la muer-

te, como una bandera gloriosa, el ejemplo meritorio de tu juventud. No debes olvidarlo. Tú serás la primera semilla que sembraremos en el campo de la esperanza para obtener de ti los frutos que nos prometimos.»

El señor alcalde se adelantó con los brazos abiertos para estrechar contra su pecho á Isidoro, el cual gimoteaba.

Gimoteaba, sin saber por qué, dominado por una emoción profunda, por un orgullo singular, por una ternura vaga y placentera.

Después, el señor alcalde le puso en una mano la bolsa de seda que contenía los 500 francos en oro, en la otra la cartilla de la Caja de Ahorros, y dijo solemnemente:

«Respeto, riqueza y gloria premiarán la virtud.»

El comandante Desvarres gritó: «¡Bravo!» Los granaderos vociferaban, la muchedumbre aplaudía.

La señora Husson se restregó los ojos con el pañuelo.

Luego sentáronse á la mesa y comenzaron á servir el banquete.

Fué largo y magnífico. Los platos eran innumerables. La sidra dorada y el vino rojo fraternizaban en los vasos y se mezclaban en los estómagos. El ruido de la vajilla, las voces y la música formaban



un conjunto armónico, subiendo hasta las alturas, donde revoloteaban las golondrinas. La señora Husson, enderezando á cada instante su peluca de seda negra, que se torcía, charlaba con el párroco Malou. El señor alcalde, excitado, hablaba de política con el comandante Desvarres, y el virtuoso Isidoro comía y bebía como jamás bebió ni comió. Servíase de todo y de todo repetía, notando por vez primera lo agradable que resulta llenar la tripa de buenos manjares que saborea el paladar antes de tragarlos. Habíase desabrochado el pantalón, y silencioso, aunque algo inquieto porque una gota de vino rojo manchaba la blancura de su traje, sólo dejaba el tenedor para coger el vaso, y su boca no descansaba comiendo y bebiendo acompasadamente.

Llegó la hora de los brindis, que fueron muchos y muy aplaudidos. Anoecía y aún estaban en la mesa. Flotaban ya en el valle los vapores finos y lechosos que ligeramente cubren de noche los arroyos y las praderas; el sol acababa de ocultarse; las vacas mugían. Todo terminó. El cortejo, en desorden, regresó á la desbandada. La señora Husson, apoyada en el brazo de Isidoro, le daba excelentes consejos y le hacía magníficas advertencias.

Se detuvieron en la frutería y el mozo se quedó allí.



Su madre no había llegado aún. Invitada por unos parientes á celebrar el triunfo de Isidoro, después de acompañar al cortejo hasta las fortificaciones, volvió al pueblo, alejándose del festín, donde no hubo para ella un lugar.

Cerraba la noche, sorprendiendo á Isidoro en soledad completa, sentado en un rincón de la frutería. Instigado por el vino y por el orgullo, miró en



derredor. Las zanahorias, las coles y las cebollas mezclaban sus fuertes olores de hortaliza con los penetrantes perfumes de la fresa y de los melocotones.

Isidoro cogió un melocotón para entretenerse mordiéndolo, á pesar de tener la barriga bien llena. Luego, de pronto, loco de alegría se puso á bailar, y algo sonó en sus bolsillos. ¡Era la bolsa de los 500 francos en oro! Se le había olvidado que los llevaba. ¡Quinientos francos! ¡La fortuna! Y extendió las monedas sobre el mostrador para verlas todas á un tiempo, y las acarició con ambas manos. El oro brillaba, y el mozo, contando una y otra vez su caudal, ponía un dedo sobre cada moneda, repitiendo: «Una, dos, tres, cuatro, cinco... ¡cientos!, seis, siete, ocho, nueve, diez... ¡dos cientos!»

Y las veinticinco monedas volvieron á la bolsa y la bolsa volvió á entrar en el bolsillo de Isidoro.

¿Quién podía imaginar el terrible combate que reñían el bien y el mal en el alma del mozo, la embestida que le dió el diablo, los engaños, las tentaciones que arrojó Satanás en aquel corazón virgen? ¿Qué sugerencias, qué imágenes, qué terribles deseos inventaría para turbar la calma del virtuoso elegido, el premiado por la señora Husson? Lo cierto es que Isidoro, poniéndose aquel sombrero,

que llevaba todavía el ramo de azahar, salió á la calle, y desapareció entre las sombras de la noche.

Avisada la frutera Virginia de que su hijo había vuelto ya, fué á su casa deseosa de verle y no le halló. Al principio no le causó extrañeza; pero al cabo de un rato, preguntando á un vecino, supo que le habían visto entrar. Le buscó en todos los rincones inútilmente. Habría salido por no estar solo. Pero pasaba el tiempo y no volvía. Virginia se intranquilizaba. Fué al Ayuntamiento. El señor alcalde dijo que dejó á Isidoro frente á la puerta de la frutería. La señora Husson





se acostaba ya cuando tuvo noticia de que su protegido no aparecía. Volvió á encasquetarse la peluca, vistióse y fué á casa de Virginia. La frutera lloraba sin consuelo entre las zanahorias, las coles y las cebollas.

Pudo sucederle una desgracia... Pero, ¿cuál? El comandante Desvarres avisó á los gendarmes, que hicieron algunos reconocimientos por la campiña. En el camino de Pontoine apareció el ramo de azahar. Lo pusieron sobre una mesa y en torno deliberaron las autoridades. Isidoro había sido víctima de algún engaño, de alguna sorpresa, de alguna venganza. Pero ¿cómo? ¿De qué medio se habrían valido para sacar al inocente de su casa y llevarselo?

Hartos de hacer suposiciones, que no conducían á ningún resultado, las autoridades resolvieron dormir. Sólo Virginia veló aquella noche, sumida en lágrimas.

Pero, cuando al día siguiente pasó, de regreso, la diligencia de París, el pueblo de Gisors tuvo noticia de que Isidoro había hecho parar el coche á 200 metros de allí, había pagado su asiento, dando á cambiar una moneda de oro, y habíase apeado tranquilamente en el corazón de la gran ciudad.

La sorpresa fué inaudita. El señor alcalde se

puso en correspondencia con el jefe de policía parisién; pero sus pesquisas no dieron resultado.

Pasó una semana, día tras día, y al salir muy



temprano el doctor Barberol para visitar á un enfermo, vió que un hombre, vestido de gris, dormía en el umbral de una puerta. Acercándose, reconoció en él á Isidoro. No le fué posible despertarle. Isidoro dormía un sueño profundo, invencible, abrumador, y el médico pidió ayuda para trasladarle á la farmacia de Boucheval. Cuando le alzaron, apa-



reció en el suelo una botella vacía. Oliéndola, el doctor afirmó que había contenido aguardiente. Bastaba este indicio para saber qué medicación hacía falta. Isidoro estaba completamente borracho, embrutecido por ocho días de borrachera; borracho y sucio hasta la exageración. Acercarse á él daba náuseas. Su traje de cuti blanco se había converti-



do en un andrajo gris, amarillento, grasiento, pingajoso, asqueroso, y emanaban de su cuerpo todos los hedores de cloaca, de miseria y de vicio.

Fué lavado, sermoneado, encerrado, y en cuatro

días no salió á la calle, como si estuviese avergonzado y arrepentido. No aparecieron en sus bolsillos ni la bolsa del dinero ni la cartilla de la Caja de Ahorros ni el reloj de plata, herencia sacrosanta de su padre.

Al quinto día se atrevió á salir. Acompañábanle sin cesar las miradas de los curiosos, y él iba con la cabeza baja y los ojos casi cerrados. Fuése hacia los prados y le perdieron de vista; pero á las dos horas volvió muy alegre, agarrándose á las paredes, borracho, completamente borracho.

Nada le corrigió.

Su madre le arrojó de su casa y se hizo cantero.

Su fama de borracho era tan grande, que hasta en Evreux hablaban de Isidoro, «el doncel de la señora Husson». Y á todos los borrachos de la comarca los llaman así: «donceles de la señora Husson».

Una buena obra nunca es del todo estéril.

El doctor Marambot se frotaba las manos al terminar su historia. Yo le pregunté:

—¿Has conocido á Isidoro?

—Sí; he tenido el honor de cerrar sus ojos en la hora de su muerte.

—¿De qué murió?



—Murió en una crisis de *delirium tremens*. No era posible otra cosa.

Llegábamos al castillo; Marambot me contó la historia del prisionero que, valiéndose de un clavo, esculpió los muros de su calabozo.

Luego supe que Clotario II había dado en patrimonio el pueblo de Gisors á su sobrino San Román, obispo de Roan; que Gisors era el primer punto estratégico de aquella región de Francia, y que por este motivo fué centro de répetidas luchas, asaltado y recobrado muchas veces. Por mandato de Guillermo el Rojo, el artífice Roberto de Bellesme construyó una poderosa fortaleza, más tarde atacada por Luis el Gordo y luego por caballeros normandos; fué defendida por Roberto de Candos, cedida por Godofredo Plantagenet á Luis el Gordo; conquistada por los ingleses á consecuencia de una traición de los templarios; disputada entre Felipe Augusto y Ricardo Corazón de León. Incendiada por Eduardo III de Inglaterra, que no pudo tomar el castillo; reconquistada nuevamente por los ingleses en 1419; devuelta más tarde á Carlos VII por Ricardo de Marbury; presa luego del duque de Calabria; residencia de Enrique IV, etc., etc.

Y Marambot, convencido, casi elocuente, repetía:

—¡Qué malditos ingleses! ¡Qué gentuza! ¡Todos borrachos! «donceles de la señora Husson.»

Y después de un rato de silencio, con el brazo extendido hacia un riachuelo que brilla en los prados, añadió:

—¿Sabías que Henry Monier fué uno de los pescadores más afanosos de nuestras riberas?

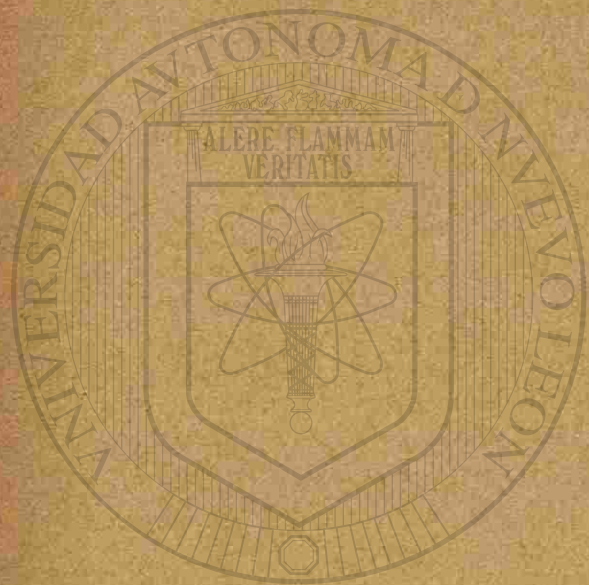
—No lo sabía.

—Y Bouffé, amigo mío, Bouffé ha sido aquí pintor de cristales.

—¡Vaya, vaya!

—Sí. ¿Cómo es posible que ignores tales cosas?





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

EN JAQUE "ALFONSO REYES"

Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IBA yo á Torino, atravesando la Córcega.

En Niza tomé pasaje para Bastia, y en cuanto el vapor se hizo á la mar, descubrí, sentada en el puente, una mujer muy bonita, muy modesta, cuyos ojos miraban á lo lejos, y me dije: «Ya tengo distracción durante la travesía.»

Me instalé frente á ella, contemplándola y preguntándome todo lo que debemos preguntarnos en presencia de una desconocida que nos interesa: su estado, su edad y su carácter. Luego se deduce de lo que se ve, lo que no se ve. Sondamos con los ojos y con el pensamiento la figura de lo que aparece sujeto por el corsé y de lo que se cubre con el vestido. Se nota la esbeltez del busto si está sentada y se procura verla el tobillo; se observan las condiciones de sus manos, que revelarán la dulzura de sus caricias, y la forma de las orejas,

30521



que indica el origen mejor que una partida de bautismo, en la cual es fácil mentir. Se hace lo posible para oír su voz, cuyas entonaciones descubrirán las tendencias de su alma, en tanto que sus frases nos dan idea de su ingenio. El timbre de la voz y todos los matices de las palabras denuncian, á un observador experimentado, toda la contextura sentimental de un carácter, porque siempre hay conexiones, aunque sea muy difícil precisarlas, entre la idea y la función que la exterioriza.

Yo confemplaba detenidamente á mi compañera de viaje, procurando advertir síntomas favorables y analizando sus gestos, con la esperanza de que me la revelaran sus actitudes.

Abrió un saquito de viaje y sacó un periódico. Me froté las manos de gusto. «Dime lo que lees y te diré lo que piensas.»

Comenzó por el artículo de entrada con expresión curiosa y satisfecha. El título del diario me saltó á los ojos: *El Eco de París*. Quedé perplejo. Ella leía sonriendo una crónica de Scholl. ¡Diablo! Sin duda no era gazmoña, y mostraba gusto por el ingenio cultivado, la malicia intencionada, la sal y hasta un poquito de pimienta. «¡Bravo!—pensé—; revela su lectura un temperamento franco y expansivo. ¿Si fuese también algo sentimental?»

Para tocar este resorte, acercándome á ella lo más posible, me puse á hojear un tomo de poesías



que llevaba conmigo: *La canción de amor*, por Félix Frank.

Noté que había leído el rótulo de la cubierta en un parpadeo rápido, como un pajarito coge al vuelo una mosca. Muchos viajeros pasaron por delante de nosotros para mirarla; pero, al parecer, ella



se abstraía en su lectura por completo. Al terminar, dejó el periódico, y aprovechando la oportunidad, le dije:

—¿Me permite usted que lo vea, señora?

—Con mucho gusto—contestó, alargándome la hoja impresa.

—Si la distrajesen estas poesías, las pongo á su disposición.

—¿Es cosa divertida?

Me desconcertó bastante aquella pregunta, refiriéndose á un volumen de versos amorosos. Luego contesté:

—Mejor que divertida es la lectura que ofrezco; júzgola encantadora, delicada, emocional.

—Deme usted.

Cogió el libro, y mientras recorría varias hojas con cierta expresión de sorpresa, comprendí que no tenía costumbre de leer versos.

A veces parecía conmovirse ó sonreír, pero de otra manera que ante la crónica de Aureliano Scholl.

De pronto la pregunté:

—¿Le gusta?

—Sí—me contestó—; pero me gustan más las cosas alegres; no me atrae lo sentimental.

Ya teníamos conversación. Supe que la viajera

estaba casada con un capitán de dragones de guarnición en Ajacio, y que iba entonces á reunirse con su marido. De sus palabras deduje que no le quería con mucho entusiasmo. Le quería, sí, pero de cierto modo; como quiere una mujer al hombre que no supo despertar en su corazón grandes ilusiones durante su luna de miel. Habíala paseado de guarnición en guarnición, de pueblo en pueblo, todos aburridos, muy aburridos. Por fin la reclamaba desde la isla, que debería ser lúgubre. No; la vida no es alegre para todos. Hubiera preferido quedarse con sus padres en Lyon, porque allí trataba mucha gente. Pero era forzoso ir á Córcega. El ministro nunca procuraba servir al capitán, y eso que tenía éste una brillante hoja de servicios.

Hablamos de las residencias que preferiría.

—¿Le gusta París?—pregunté.

—¡Oh! ¡Si me gusta París! Caballero, ¿es posible que me haga usted semejante pregunta?

Y me habló de París con tal entusiasmo, con tal frenesí, con tal ansia, que pensé: «Ya tengo el resorte que me conviene tocar.»

Adoraba París desde lejos, deseándole, enloqueciendo por su brillo, con hambre, con fiebre, con pasión delirante de provinciana, con impaciencia loca de pájaro enjauiado que descubre, á través de



los hierros, el bosque frondoso bañado por el sol.

Me hizo mil preguntas palpitantes, apresuradas; quería enterarse de todo, averiguarlo todo en cinco minutos. Conocía los nombres de todas las celebridades y de muchas personas que nunca oí nombrar.

—¿Cómo es Gounod? ¿Y Sardou? ¡Ah! caballero, ¡cuánto me gustan las obras de Sardou! ¡Siempre tan ingenioso, tan vivo, tan interesante! ¡Cada vez que veo representar una obra de Sardou, sueño en sus complicaciones durante muchos días. Leí también un libro de Daudet que me gustó mucho: *Safo*. ¿Usted lo ha leído? ¿Es un guapo mozo Daudet? ¿Usted le conoce? Y Zola, ¿cómo es? ¡Con su *Germinal* me hizo llorar! ¿Recuerda usted al pobre niño que muere á obscuras? ¡Qué terrible! Me impresionó tanto, que me sentí enferma. No, eso no hace reír. También he leído un libro de Bourget: *Cruel enigma*; y á mi prima le hizo tal impresión esa novela, que hasta escribió á Bourget. Me gusta, pero me parece de sobra poético; prefiero aventuras alegres. ¿Conoce usted á Grevin? ¿Y á Coquelin? ¿Y á Damalá? ¿Y á Rochefort? ¡Dicen que tiene mucho ingenio! ¿Y á Cassagnac? Según parece se desafía diariamente...

Al cabo de una hora ibanse agotando sus pre-

guntas, y habiendo satisfecho su curiosidad ansiosa, pude hablarla de lo que me convenía.

Conté historias y amorsos del mundo parisién, del gran mundo. Escuchábase muy atentamente, con toda su alma. ¡Oh! Debió adquirir una idea muy lúcida ¡y exacta! de las hermosas damas, de las ilustres damas de París. Todo eran aventuras galantes, citas, rápidos triunfos y derrotas apasionadas. Me preguntaba ella de vez en cuando:

—¿Así es el gran mundo?

Sonriendo maliciosamente, yo contestaba:

—Es como digo, y solamente las humildes burguesas que se aburren arrastrando vida monótona por melindres virtuosos, por una virtud que nadie las agradece...

Y comencé á fustigar las domésticas virtudes con reflexiones filosóficas, ironías punzantes y ligeras burlas. Hice mofa, descaradamente, de las pobres necias que van envejeciendo sin haber sentido lo bueno, lo dulce, lo escabroso, lo galante; sin haber saboreado las delicias de los besos furtivos, profundos, ardientes; y todo por estar casadas con un hombre receloso y estúpido, cuya reserva en las caricias conyugales priva injustamente á una criatura de toda sensualidad refinada y de todo sentimentalismo elegante.



Luego reforzaba mis reflexiones con el relato de nuevas aventuras. Cuentos de gabinetes particulares, intrigas que yo suponía propaladas en todo el universo. Y como estribillo, colocaba siempre un elogio entusiasta del amor brusco y secreto, de la sensación robada, como un fruto prohibido recogido por sorpresa, de paso...

La noche cerraba, una tranquila y calurosa noche, y el buque se deslizaba estremecido por la máquina, sobre un mar oscuro, bajo un cielo estrellado.

La mujer callaba, respirando lentamente y dejando escapar algún suspiro. De pronto se levantó, diciéndome:

—Ya es hora de acostarme; buenas noches.

Y me ofreció la mano.

Yo sabía que á la tarde siguiente debía tomar la diligencia que va de Bastia á Ajacio, á través de las montañas, hasta el amanecer.

—Buenas noches— respondí estrechando sus dedos entre los míos.

Y bajé á mi camarote.

Por la mañana, tomé los tres asientos de berlina para mí solo; y cuando al anochecer me dirigí hacia el viejo coche que debía conducirnos, el mayoral me preguntó si tendría inconveniente alguno en ceder un asiento á una señora.

Dije bruscamente:

—¿A qué señora?

Y el mayoral contestó:

—A la señora de un capitán de Ajacio.

—Dígale que puede contar con lo que desea.

Llegó la mujer, diciendo que había dormido todo el día. Disculpó su descuido, me dió las gracias y entró en la berlina.

La cual era una especie de cajón herméticamente cerrado, que sólo tenía cristal en las dos portezuelas. Ya estábamos allí juntos y solos. Arrancaron los caballos al trote largo. Pronto nos vimos en la montaña. Un perfume fresco de hierbas aromáticas entraba por las ventanillas, ese perfume propio de la isla de Córcega que los marinos reconocen á larga distancia; emanaciones penetrantes como los olores de un cuerpo, como el sudor de la tierra verde, que un ardiente sol evapora y el viento arrastra.

Volví á referirle cosas de París y ella volvió á escucharme con atención calenturienta. Mis narraciones eran cada vez más atrevidas y más desnudas, abundando en frases intencionadas y péfidas, en esas frases que encienden la sangre.

Cerró la noche. Yo no veía nada, ni siquiera el óvalo blanquecino que hasta entonces revelaba el



rostro de la mujer. Solamente aparecían, á los resplandores del farol de la diligencia, los cuatro caballos ganando al paso el repecho.



De vez en cuando, el rumor de un torrente llegaba confundido con el casabeleo de las guarniciones; luego se perdía, quedando atrás, cada vez más lejos de nosotros.

Adelanté con mucho tiento un pie aproximándolo á mi compañera, que no retiró el suyo. Estuve un rato inmóvil en acecho, y de pronto, cambiando el registro, empecé á insinuarme con palabras afectuosas y tiernas. Mi mano encontró la suya. La cogí dulcemente y ella no la retiró. Seguí hablando casi á su oído, muy cerca de su boca. Yo sentía palpitár su

corazón contra mi pecho; palpitaba con rudos golpes; buena señal. Entonces, con mucha suavidad, puse mis labios en su cuello seguro de mi conquista, de tal modo seguro, que hubiese apostado cualquier cosa.

Pero ella, sacudiéndose como si despertara, me rechazó. Y antes de que me diese cuenta de nada, recibí una porción de arañazos y una lluvia de golpes rápidos, en todas direcciones; la obscuridad que nos envolvía me hizo imposible cubrirme y evitarlos.

Extendí los brazos, procurando vanamente aprisionar los suyos. Luego, no sabiendo ya qué hacer, me volví, escondiendo la cabeza, presentando solamente la espalda, que recibía su furioso ataque. Ella debió comprender esta maniobra desesperada y suspendió la paliza.

Recogiéndose luego en su rincón, estuvo llorando más de una hora.

Yo me sentía inquieto y avergonzado. Hubiera querido hablar; pero, ¿qué decir entonces? Nada me parecía oportuno. ¿Excusas? No; resultaban del todo necias. En semejante situación se imponía el silencio.

Lloraba la mujer lanzando suspiros profundos que me conmovían y me desconcertaban. Tuve



tentaciones de prodigarle consuelos, acariciándola tiernamente como á los niños ó pidiéndole perdón á sus pies de rodillas. Pero no me atreví.

¡Son estúpidas tales situaciones!

Al fin se calmó, y quedamos cada uno en su rinconcito, inmóviles y mudos, mientras avanzaba el coche, deteniéndose de vez en cuando para los relevos. Al penetrar en la berlina un reflejo de los faroles de las cuadras, cerrábamos los ojos para no mirarnos. Otra vez la diligencia en marcha, el aire fresco y oloroso del campo nos acariciaba las mejillas y los labios, embriagándome como el vino.

¡Caramba! ¡Qué viajecito si mi compañera se hubiese mostrado menos simple!

Amanecía. Los primeros reflejos de la aurora entraron en la berlina. Miré á la mujer, que fingía dormir. Luego el sol, apareciendo sobre las montañas, inundó pronto de resplandores un golfo inmenso, todo azul, rodeado por cumbres enormes y crestas de granito. Al extremo del golfo una ciudad blanca extendíase delante de nosotros.

Mi compañera, fingiendo entonces despertar, abrió los ojos, encendidos por el llanto, abrió la boca, estremeciósse, ruborizósse y balbució:

—¿Llegaremos pronto?

—Muy pronto; falta menos de una hora.





Mirando á lo lejos, dijo:

—Es muy fatigoso pasar en diligencia toda una noche.

—¡Oh! Sí; los riñones duelen.

—Y más fatigoso aún después de una travesía.

—¡Oh! ¡Sí!

—¿Es Ajacio aquel pueblo que se descubre?

—Sí, es Ajacio.

—Quisiera que llegásemos cuanto antes.

—Me lo explico.

El timbre de su voz revelaba cierta inquietud; evitando que se cruzara con la mía su mirada, sentíase molesta. Sin embargo, nada permitía suponer que recordase lo sucedido.

Yo la admiraba. ¡Qué diplomacia instintiva tienen las mujeres!

Llegamos, en efecto, al cabo de una hora. Un gallardo mozo vestido de uniforme, un Hércules, erigiendo junto al parador, agitaba un pañuelo al acercarse la diligencia.

Mi compañera se lanzó en sus brazos, y dándole muchos besos, repetía:

—¿Cómo estás? ¡Cuánto deseaba verme cerca de ti.

Bajaron de la imperial mi maleta, y cuando ya me iba discretamente, la mujer me llamó:

—¡Ah! ¡Caballero! ¿Se marcha sin despedirse?

Murmuré:

—Señora, por no distraerla de sus alegrías.

Ella dijo á su esposo:

—Da las gracias á este caballero; ha estado muy obsequioso conmigo durante nuestro viaje. Me ha cedido un asiento en la berlina. Da gusto encontrar compañeros tan amables.

El capitán me oprimió la mano agradeciéndome con toda su alma tantas atenciones.

La mujer sonreía mirándonos...

Yo, sin duda, puse cara de imbécil en aquel momento.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE



## EL CRISTO DE LA BARONESA

VERÁS allí preciosidades artísticas—me dijo Boisrené—, vente conmigo.

Y me llevó al primer piso de una hermosa casa en una de las mejores calles de París. Nos recibió un hombre muy correcto, de modales distinguidos, y nos hizo recorrer varias habitaciones llenas de objetos raros, cuyos precios decía con particular negligencia. Las cifras diez, veinte, cuarenta mil francos eran pronunciadas como si nada representasen para el vendedor, persona de buen trato y muy acaudalado sin duda.

Yo le conocía de nombre. Diestro, acomodaticio, inteligente, servía de intermediario en muchas transacciones. En correspondencia con los coleccionistas más afortunados y ricos de París, y algunos de toda Europa y de América también, conociendo los gustos ó las preferencias de cada cual, por carta ó



por telégrafo les avisaba cuando se ofrecía un objeto que pudiera convenirles.

Hombres de lo más encopetado habían recurrido á él en momentos de apuro, ya para cubrir oportunamente deudas contraídas en el juego, ya para vender un cuadro, una joya de familia, un tapiz, y hasta un caballo y una finca en urgencias de crisis agudas.

En tales ocasiones, viendo alguna esperanza de lucro, nunca negaba un servicio.

Boisrené tenía sin duda intimidad con el extraño comerciante. Debió haber tratado con él más de un asunto. Yo le miraba con mucho interés.

Era delgado, alto, calvo, elegante. Su voz era suave, persuasiva, con un atractivo particular, un timbre que realzaba el valor de las cosas. Cuando tenía un objeto curioso entre sus manos, lo volvía una y otra vez, haciéndolo girar de cierta manera, y mirándolo con tanta simpatía, que le comunicaba interés, embelleciéndolo, transformándolo con sus dedos y con sus ojos. Y en seguida el objeto aquel era estimado en más que antes de salir de la vitrina.

—¿Y el Cristo—preguntó Boisrené—, aquel hermoso Cristo del Renacimiento?

El hombre, sonriendo, contestó:



—Está vendido, y en forma extraña. Es una historia parisién, una historia singular. ¿Quieren que se la refiera?

Todo, 1825 MONTERREY, MEXICO



—Sin duda.

—¿Conoce usted á la baronesa de Samoris?

—La conozco y no la conozco. La he visto un día solamente..., pero ya sé de quién me habla.

—Lo dudo.

—Sí, ya sé.

—¿Quiere usted decirme lo que supone, para que le diga yo si se equivoca?

—La señora de Samoris tiene una hija, cuyo padre no fué conocido nunca. Es muy posible que fuera casada; pero es muy seguro que tiene sus amantes muy discretamente, y es recibida en una sociedad tolerante ó ciega. Frecuenta las funciones religiosas, recibe los Sacramentos con mucha unción y no se compromete jamás. Espera conseguirle á su hija un matrimonio de ventaja. ¿No es eso?

—Eso es; pero yo completaré sus noticias. La baronesa es una mujer entretenida que se hace respetar por sus amantes más que si no se acostase con ellos. ¡Una extraña condición! Así obtiene cuanto se propone. Cuando se fija en uno, éste la enamora mucho tiempo, la desea con timidez, la solicita pudorosamente, la consigue asombrado y la goza con respeto. El no se da cuenta de que paga; de tal modo ella se porta. Y mantiene sus relaciones con tal reserva, dignidad y distinción, que al

salir un hombre de su lecho, abofetearía fieramente al que dudara un instante de la virtud de la señora; y todo con la más absoluta buena fe.

Algunas veces la serví, y ella no tiene secretos conmigo.

En los primeros días de Enero vino á pedirme treinta mil francos. Claro que no se los di; pero como deseaba complacerla, hice que me refiriera sus apuros para estudiar el medio posible de ayudarla.

Me lo dijo todo con tales reservas de lenguaje, con tanta delicadeza, como si me hubiese contado la primera comunión de su hija. Comprendí que sus negocios iban mal y que no tenía un cuarto.

La crisis mercantil y las inquietudes políticas alentadas por el Gobierno expresamente, los temores de guerra, la escasez de recursos, habían hecho al dinero temeroso hasta en las manos de los amantes; y aquella mujer no podía entregarse á cualquiera.

Necesitaba un hombre de buena sociedad, aristócrata, que diera validez á su reputación y atendiese á sus necesidades cotidianas. Un vividor, aun siendo muy rico, la comprometería para siempre, haciendo problemático el casamiento de la niña. Tampoco podía contar con las agencias galantes,



cuya mediación deshonrosa pudiera, durante algún tiempo, sacarla de apuros.

Pero debía sostener su casa, seguir aguardando



en su elegante salón al amante discreto elegido entre sus visitas.

Le hice notar que mis treinta mil francos volve-

rían difícilmente á mis manos desde que pasaran á las suyas, porque, una vez consumidos, necesitaba recibir lo menos sesenta mil para darme la mitad.

Pareció desconsolada por mis reflexiones; y yo no sabía ya qué proponerle, cuando una idea, una idea verdaderamente genial, brotó en mi cerebro.

Acababa de adquirir el Cristo del Renacimiento que vió usted, una hermosa escultura, lo mejor en su género que se puede imaginar.

—Amiga—le dije—, enviaré á su casa esta joya de marfil. Usted inventará una historia bien tramada, conmovedora, poética, para explicar la precisión de venderlo. Es, ¡claro está!, una herencia de familia. Yo recomendaré algunos compradores, acompañando á otros yo mismo. Lo demás corre de cuenta de usted, enterada por mí de la situación de cada personaje desde la víspera. El Cristo vale cincuenta mil francos; pero lo dejo en treinta mil. Saque usted lo que pueda.

Reflexionó algunos instantes muy preocupada, y luego dijo:

—Sí; acaso es una excelente idea. Se lo agradezco mucho.

Al día siguiente ya estaba el Cristo en su casa, y por la tarde fué á verlo el barón del Hospital.

Durante algún tiempo envié á la señora de Sa-



moris lo más florido y selecto de mi clientela. Pero no tuve noticias.

Habiéndome visitado un día un extranjero que



hablaba muy mal en francés, me decidí á llevarle á casa de la baronesa para ver el Cristo.

Un lacayo vestido de negro nos hizo pasar á un elegante salón, á media luz, bien amueblado, y allí aguardamos. Apareció encantadora, tendiéndome una mano, y nos invitó á que tomáramos asiento.

Cuando le hube explicado el motivo de mi visita, tocó un timbre.

—Que le digan á usted—ordenó al lacayo—si se puede pasar al oratorio de la señorita Isabel.

La hija de la baronesa entró á dar la respuesta con expresión tímida y bondadosa. Tenía quince años y todo el atractivo de su lozana juventud.

Quiso guiarnos hasta su oratorio ella misma.

El oratorio era una especie de gabinetito piadoso, donde ardía una lámpara de plata delante de un Cristo de marfil, mi Cristo del Renacimiento, echado sobre un almohadón de terciopelo negro. La presentación era interesante y expresiva.

La niña se persignó en silencio, y después dijo: —¿Les gusta?

Yo cogí el objeto, la joya de arte, y examinándola detenidamente, la juzgué notabilísima. El extranjero lo examinaba también todo, pero sin duda le preocuparon más que mi Cristo las dos mujeres.

Era muy agradable aquel rincón; respirábase allí emanaciones de incienso, de flores, de perfumes. Era un encanto. Y toda la casa, muy bien dispuesta, convidaba con su grato silencio al bienestar.

Cuando volvimos al salón, abordé con suma de-



licadeza un asunto inevitable; ¿qué precio...? La señora de Samoris pronunció, bajando los ojos:



—Cincuenta mil francos.

Luego añadió:

—Si desea usted verlo más detenidamente, antes

de las tres nos hallará en casa todos los días.

En la calle me pidió el extranjero noticias de la baronesa, que le había parecido una mujer encantadora. Pero en adelante nada supe de ninguno de los dos.

Pasaba tiempo, y una mañana (debe hacer quince días), á la hora de almorzar, entró la baronesa en mi comedor, poniendo en mis manos una cartera, y me dijo:

—Es usted un ángel. Ahí tiene sus cincuenta mil francos; me quedo con el Cristo, y pago veinte mil francos más de lo convenido, á condición de que siga usted enviándome siempre, siempre... nuevos compradores... porque... aún lo tengo en venta...

.....







## UN CONTRATO

Los llamados Brument (Cesáreo Isidoro) y Cornu (Próspero Napoleón), comparecieron ante la Audiencia como acusados de tentativa de asesinato por «inmersión» de la mujer legítima del primero.

Sentáronse los dos juntos en el banquillo. Eran dos labriegos. Brument, bajo, grueso, con los brazos cortos, las piernas cortas, la cabeza grande, coloradote, granujiento, de cuello corto y espalda encorvada. Vivía dedicado á la cría de cerdos. Cornu era flaco, de regular estatura y brazos descomunales; tenía la cabeza inclinada, la boca torcida y era bizco. Llevaba una blusa larga, y su pelo amarillento y lacio, daba á su rostro un aspecto de cosa vieja y sucia que infundía horror. Le llamaban *el Cura* porque imitaba muy bien los cantos de iglesia. Desde muy temprano llevaba público á su taberna, pues era tabernero en Cliquetot, y la mayor parte de



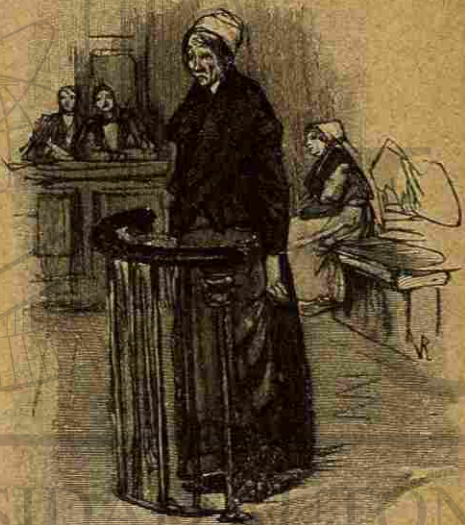
sus clientes preferían «la misa de Cornu» á la misa del párroco.

La mujer de Brument, sentada en el banco de los testigos, era una campesina seca y huesuda, que parecía estar siempre dormida, inmóvil, con las manos cruzadas sobre las rodillas, la mirada fija y la expresión estúpida.

El presidente continuó el interrogatorio.

—Es decir, señora Brument, que los dos entraron en la casa y la metieron á usted en una cuba llena de agua. Refiéranos los hechos detalladamente. Levántese usted.

Se levantó, alta como un mástil, con la cabeza cubierta por una cofia blanca, y dijo:



—Yo desgranaba judías. Ellos entraron. Yo me dije: «¿Qué pensarán? Me parece que no están serenos. Traen malas intenciones.» Me miraron de través, sobre todo Cornu, que bízca. No me gusta ver á mi hombre con amigos, porque no se les ocurre nada bueno cuando están juntos. Entonces les dije: «¿A qué venís?» No me contestaron y sentí cierta desconfianza, como una especie de temor.

El acusado Brument interrumpió con vivacidad la declaración de su esposa, diciendo:

—Yo estaba borracho.

Entonces Cornu, volviéndose hacia su cómplice, dijo con voz resonante como una nota de órgano:

—Di que los dos íbamos borrachos y no mentirás.

El presidente preguntó con severidad:

—¿Ustedes aseguran que iban borrachos?

Brument respondió:

—Eso no se pregunta.

Y Cornu repuso:

—Eso le sucede á cualquiera.

El presidente, dirigiéndose á la víctima, dijo:

—Continúe usted su declaración, señora Brument.

La mujer prosiguió:

—Entonces mi hombre me hizo esta pregunta: «¿Quieres ganar cinco francos?» Le contesté que



sí, porque cinco francos no se encuentran fácilmente á cada momento. Entonces me dijo: «Ayúdame.» Y se fué á buscar la cuba que tenemos debajo de la canal del rincón y la volcó y la hizo rodar hasta la cocina, y la puso de pie y me dijo: «Echa cubos de agua.» Y comencé á llevar agua y más agua durante una hora, y la cuba no acababa de llenarse, porque, sea dicho con perdón, tiene mucha panza. Entre tanto, Brument y Cornu bebían aguardiente. Y yo les dije: «Estáis más llenos vosotros que la cuba.» Y Brument me respondió: «No te preocupes; tú sigue trayendo agua, que ya te llegará el turno, seguramente.» No hice caso de lo que oía, porque ya estaban borrachos.

Cuando la cuba rebosaba, les dije: «Ya está.» Y entonces Cornu me dió cinco francos. No me los dió mi marido; me los dió el otro. Y Brument dijo: «¿Quieres ganar cinco más?» Contesté que sí, porque no estoy acostumbrada á esos regalos, y entonces me dijo:

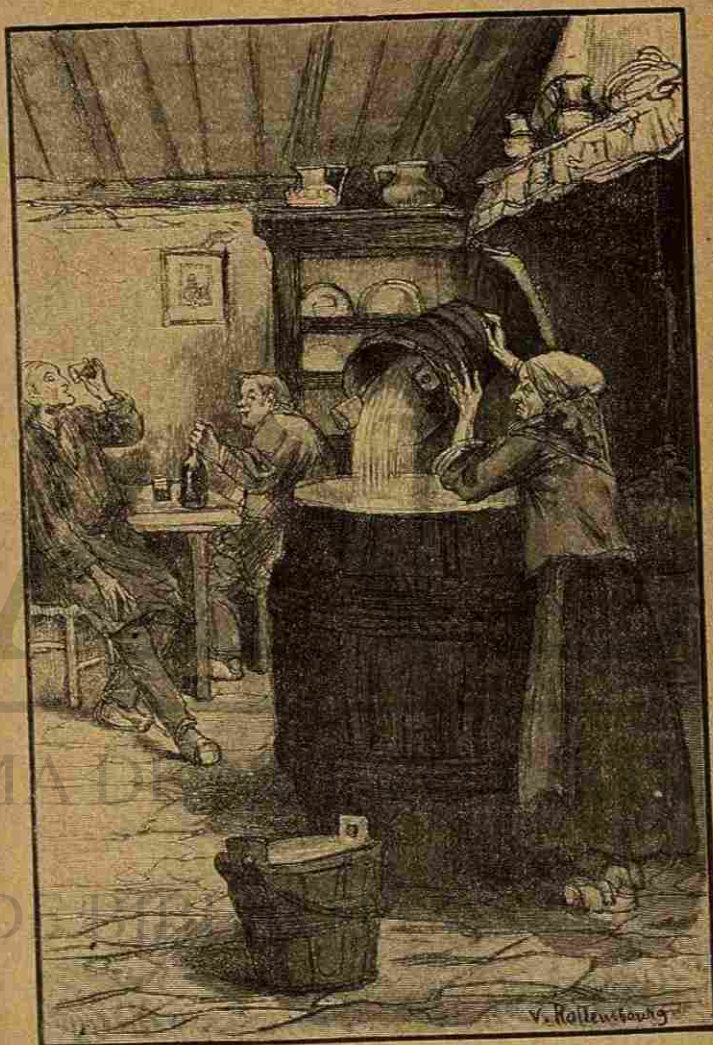
—Desnúdate.

—¿Que me desnude?

—Sí; desnúdate.

—¿Hasta dónde quieres que me desnude?

—Si te molesta quedar en cueros, no te quites la camisa.





Cinco francos valen bien la pena; y comencé á desnudarme, aunque no me gustaba mucho hacerlo en presencia de aquellos dos inútiles. Me quité la cofia, el jubón, la falda y los zapatos. Brument, me dijo: «No te obligamos á quitarte las medias»; y Cornu replicó: «No te obligamos.»

Así me quedé casi como nuestra madre Eva. Ellos se levantaron, aunque apenas podían tenerse de pie, tan borrachos estaban, con perdón sea dicho, señor presidente.

Yo me dije: «¿Qué maquinan?» Brument, preguntó: «Estamos ya?» Y Cornu repuso: «Ya estamos.»

Y de pronto, entre los dos, me cogieron, Brument por la cabeza y Cornu por los pies, como se coge un paño de la colada. Quise gritar, y Brument me amenazó: «Cállate, cochina.»

Me levantaron entre los dos y me zambulleron en la cuba, lo cual me produjo una revolución en la sangre y un enfriamiento que me llegó á los tuétanos.

Y Brument, dijo: «¿Nada más eso?»

Cornu respondió: «Nada más.»

Brument dijo: «Falta la cabeza.»

Cornu respondió. «Bueno. Mete la cabeza en el agua.»



Y Brument me coge por el cuello para obligarme á meter la cabeza, y casi me ahoga y se me llenan de agua las narices, y me creo ya muerta. Luego me deja y me dice: «Anda, corre á secarte.» Corro asustada y me voy á casa del señor cura para que me preste ropa de su criada; el señor cura, viéndome de aquel modo, avisa corriendo á Chicot, el guarda campestre, y Chicot va en seguida en busca de los



gendarmes que llegan y me acompañan á mi casa.

Encontramos á Brument y á Cornu disputando y topándose como dos carneros.

Brumet gritaba: «Mentira; te repito que ha de ser más de un metro cúbico».

Cornu vociferaba: «Cuatro cubos hacen apenas medio metro cúbico. La cosa es clara».

Los gendarmes los agarraron. Yo no pude hacer nada.

La mujer se sentó. El público reía. Los jurados se miraban unos á otros con sorpresa. El presidente dijo:

—Acusado Cornu: según parece, fué usted el instigador del infame intento. ¿Tiene usted alguna cosa que alegar en descargo?

Y Cornu, levantándose, objetó:

—Señor presidente, estábamos borrachos.

El presidente dijo con gravedad:

—Ya lo sé. Continúe.

—A eso voy. Pues Brument fué á mi taberna hacia las nueve, y se hizo servir dos medias copas diciéndome: «Una es para ti, Cornu.» Me senté, y para corresponder al obsequio, pedí otras medias copas. Luego él quiso volver á obsequirme; yo hice lo mismo, y siguiendo así, al medio día estábamos

borrachos los dos. Entonces Brument comenzó á llorar. Enternecido, le pregunté por qué lloraba, y me dijo que necesitaba mil francos para el jueves. Yo no sabía qué contestarle y él de pronto me dijo: «Te vendo mi mujer.»

Yo estaba borracho, y además, como soy viudo, ya comprenderá usted, aquella proposición me dió que pensar. Yo no conocía á su mujer; pero una mujer es siempre una mujer, ¿no es cierto? Por eso le pregunté: «¿Y en qué forma me la vendes?»

Reflexionó; al menos parecía que reflexionaba. Cuando uno está borracho no se ven muy claras las cosas y cuesta trabajo pensar. Al fin, me respondió: «Te la vendo á tanto el metro cúbico.»

No me pareció extraña la proposición, porque conozco esas medidas muy usadas en el oficio, y además por estar borracho. Un metro cúbico son mil litros; me pareció bien la cosa.

Sólo nos faltaba fijar el precio. Esto dependía, naturalmente, de la calidad. Yo le dije: «¿A cuanto el metro cúbico?»

Y me respondió: «A dos mil francos.»

Salté como un conejo asustado, pero comprendí luego que una mujer no debe medir más de trescientos litros, á pesar de lo cual dije: «Me parece muy caro.»



El respondió: «Es el precio justo; haciendo la más pequeña rebaja, perdería.»

Como él es tratante en cerdos, conoce su oficio y sabe alabar su mercancía; pero yo, que vendo y compro también, sé defender mi conveniencia. Se me ocurrió decirle: «Si fuese nueva no te diría que no; pero te ha servido: es una cosa usada. Te la pago á mil quinientos francos el metro cúbico; ni un céntimo de más, ¿te conviene?»

Brument respondió: «Hecho.» Y después de darnos un apretón de manos, fuimos á su casa, sosteniéndonos mutuamente, como debe ser, porque hay obligación de ayudarse unos á otros en esta vida.

Pero se me ocurrió una duda: «¿Cómo vas á medirla?»

Entonces me dió á conocer tranquilamente su idea, borracho como estaba: «Cojo una cuba, la lleno de agua hasta los bordes. Meto á mi mujer en la cuba, y toda el agua que rebose dará un volumen idéntico al de mi mujer.»

Yo le dije: «Comprendo. Pero el agua que rebose caerá. ¿Cómo la recogeremos para medirla?»

Entonces me llamó bruto, explicándome que bastaba medir la parte vacía, cuando su mujer saliera. Toda el agua que sería necesario añadir para volver á llenar hasta el borde de la cuba, era la

medida. Piensa bien ese maldito, hasta cuando está borracho.

Llegamos á su casa y vi á la mujer. No me pareció una gran cosa; todos pueden verla. Pero me dije: «¿Qué importa?» Guapa ó fea lo mismo sirve para el caso. ¿No es verdad, señor presidente? Y notando al primer golpe de vista que era muy flaca, pensé: «No mide cuatrocientos litros.»

Lo que hicimos después, ella lo ha contado. La dejamos la camisa y las medias en perjuicio mío.

Cuando ella escapó, le dije á Brument: «Oye, ¿cómo formalizarás la venta sin la mercancía?»

Brument me respondió tranquilamente: «No tengas miedo, que no se pierde. Ha de volver por la noche á dormir. Entre tanto mediremos el déficit.»

Y medimos cuatro cubos escasos, ¡já, já, já!

El procesado se puso á reír con tanta gana que un gendarme tuvo que advertirle su inconveniencia. Ya tranquilo, prosiguió:

—Al ver aquello, Brument me dijo: «Es muy poco, no hay nada de lo tratado.»

Yo grito, él grita, ninguno quiere ceder, nos agarramos y estuvimos dándonos voces y golpes hasta que llegaron los gendarmes.

Nos cogen, nos separan, nos zarandean y nos encierran después en un calabozo. Me han tenido



preso injustamente y pido al tribunal daños y perjuicios.

Acabando de hablar volvió á sentarse.

Brument hizo las mismas declaraciones que su cómplice, y después el jurado se retiró á deliberar.

Al cabo de una hora reapareció, absolviendo á los acusados, y el tribunal decretó su libertad haciéndoles amonestaciones muy severas fundadas en la dignidad del matrimonio y estableciendo una conveniente limitación en las transacciones comerciales.

Brument volvió á su domicilio conyugal en compañía de su mujer.

Cornu se fué solo á su taberna.



## EL ASESINO

ESTÁ probado el hecho. Mi defendido, un hombre irreprochable, bondadoso, incapaz de ningún abuso, asesinó á su principal en un arranque de cólera que parece incomprensible. ¿Me permitiréis ahora, señores jurados, me permitiréis que haga la psicología del crimen sin atenuaciones y sin excusas?

Juan Nicolás Lougere pertenece á una honrada familia que hizo de él un hombre sencillo y respetuoso.

Este fué su crimen... ¡el respeto! Es un sentimiento, señores, apenas conocido ya, cuyo poder y cuya influencia desaparecieron, quedando el nombre solamente. Hay que acudir á ciertas gentes modestas chapadas á la antigua, para encontrar la tradición severa, el sentimiento religioso de las cosas y de los hombres, la buena fe revestida con sagrados ca-



racteres, que no sufre ni la malicia, ni la duda ni la más leve sospecha.

No se puede ser hombre honrado, profunda y completamente honrado, en toda la extensión de la palabra, sin ser respetuoso. El hombre respetuoso es crédulo y anda por el mundo con los ojos cerrados. Nosotros, que lo vemos todo, que fijamos en todo nuestra mirada penetrante, que vivimos en este Palacio de Justicia, sumidero de la sociedad, á donde llegan rodando todas las infamias; nosotros, que somos los confidentes de todas las vergüenzas, los defensores de todas las pillerías, los apoyos de todos los tunantes y de todas las tunantas, desde los príncipes calaveras hasta los raterillos hambrientos; nosotros, que acogemos con indulgencia, con benevolencia, las mayores bellaquerías y las disculpamos ante vosotros, para que no las castigáis; nosotros, que si estimamos el oficio medimos nuestra importancia con la importancia del crimen que por nuestra defensa queda impune; señores jurados: nosotros no podemos tener un alma respetuosa. Vemos de muy cerca el torrente de corrupción que va desde los Poderes públicos á los últimos descamisados, y sabemos de sobra cómo se hace todo, cómo se mixtifica todo, cómo se vende todo. Empleos, distinciones honoríficas, á cambio

de participaciones industriales, de un poco de oro, de una caricia femenil. La profesión y el deber nos obligan á no ignorar nada y á sospechar de cualquiera. Por eso nos deja sorprendidos hallarnos frente á un hombre que profesa, como este infeliz asesino, la religión del respeto, hasta el punto de convertirse un día en mártir de respeto.

Nosotros, señores, solamente somos honrados como somos limpios, porque lo sucio nos inspira desdén, por un sentimiento de dignidad y de orgullo; pero no llevamos, como ese hombre lleva, grabada en el corazón la fe poderosa, brutal, implacable, incorruptible.

Permitidme que os cuente su historia.

Enseñaronle, como antiguamente se hacía, que las acciones del hombre se hallan divididas en dos hemisferios: lo bueno y lo malo. Hiciéronle definir el bien con autoridad irresistible para que lo distinguiera del mal, como se distinguen el día y la noche. Su padre no perteneció á la raza de seres superiores que, profundizando las cosas, descubren los orígenes de las creencias y reconocen las necesidades sociales que dieron lugar á esas convenciones.

Críose, pues, religioso, confiado, entusiasta y de pocos alcances.



A los veintidós años se casó, le casaron, con una prima educada como él, sencilla como él, pura como él. Tuvo la suerte inapreciable de tener por compañera una honrada mujer, de corazón sencillo; es decir, lo que hay más digno de respeto y más difícil de hallar en el mundo. Sentía por su madre la veneración propia de las familias patriarcales, un culto parecido al que inspira la divinidad, y consagró á su mujer una veneración semejante, poco atenuada por las relaciones propias del matrimonio. Así vivió ignorando en absoluto las malicias y las torpezas, en una rectitud obstinada, en un bienestar inocente, como un ser aparte. No engañando á nadie, no sospechó que nadie le quisiera engañar.

Cuando se casó, era ya cajero de la casa del señor Langlais, á quien ha matado últimamente..

Sabemos por los testimonios de la señora de Langlais, de su hermano el señor Perthuis, socio del marido, y de todos los jefes de aquellas oficinas bancarias, que Longere fué un empleado modelo, probo, sumiso, atento, respetuoso y trabajador.

Se le trataba con toda la consideración merecida por su conducta ejemplar. Le habían acostumbrado á esta deferencia, y á la especie de veneración

que inspiraba su mujer, de la cual hacían todos grandes elogios. La infeliz murió de una fiebre tifoidea en pocos días.

Esta desgracia debió causar á Longere un dolor profundo, pero en apariencia reposado, como lo siente un corazón metódico. La palidez era el único signo exterior de su herida.

Entonces ocurrió una cosa muy natural, señores jurados.

Aquel hombre llevaba diez años de matrimonio, tenía la costumbre de sentir siempre una mujer á su lado. Las atenciones femeninas, la voz cariñosa que le despide al salir, y al volver le saluda, que le despierta por la mañana, y le divierte por la noche; la caricia, maternal unas veces y otras apasionada, el roce de un vestido, el contacto de otro ser, todo lo que alegra y endulza la vida, las atenciones íntimas, los primorosos platos bien servidos, cuanto, siendo tal vez pequeño, se hace indispensable con la costumbre... No podía vivir solo. Para no aburrirse tanto en sus interminables noches, iba un par de horas á una cervecería del barrio. Bebía un bock y allí se quedaba inmóvil mirando correr las bolas del billar, entre el humo de las pipas, oyendo, sin fijarse apenas, las disputas de los jugadores, las discusiones de los parroquianos acer-





ca de política, y las risotadas que hacían coro alguna vez á una chistosa frase.

Acababa durmiéndose de aburrido. Pero sentía en su corazón y en su carne la necesidad irresistible de un corazón, de una carne de mujer; y sin darse cuenta, se acercaba cada noche un poco más al mostrador—donde la rubia que despachaba le atraía invenciblemente—, sólo porque veía en ella una mujer.

Pronto hablaron, y él se acostumbró á pasar todas las noches un par de horas cerca de la rubia. Ella era lista y agradable, risueña y obsequiosa, como todas las mujeres que están acostumbradas á servir en establecimientos de tal índole, y Longere sentíase á cada instante más aficionado, más unido á la rubia del mostrador, cuya existencia ignoraba, y que tal vez le subyugó por el solo motivo de que no veía otra.

La rubia comprendió pronto que podía sacar provecho de aquel inocente; pensó cuál sería la mejor manera de explotarlo, resolviéndose á casarse con él. Y lo pudo conseguir sin gran trabajo.

¿Será preciso que os diga, señores jurados, hasta qué punto era licenciosa la conducta de aquella mujer, y que, lejos de amansarse con el matrimonio, se hizo aún más libre?

Por una tendencia natural de la astucia femenina, gozó, burlando á su infeliz marido, con todos los empleados de la casa. He dicho con todos. Fué un escándalo público, un gran escándalo que sólo el marido ignoraba, como de costumbre.

Al fin, aquella tunanta, con propósitos fáciles de adivinar, sedujo al hijo del principal, joven de diez y nueve años, ejerciendo en él una influencia deplorable. Y el señor Langlais, que hasta enton-



ces había callado prudentemente, por bondad y por cariño á su cajero, viendo á su hijo entre las manos—debiera decir entre los brazos—de aquella



perniciosa mujer, no pudo contenerse, y llamó á Longere para comunicarle su indignación paternal.

Sólo me falta, señores, dar lectura del relato del crimen hecho por el moribundo en presencia del juez de guardia:

«Supe de momento que mi hijo había dado la noche antes diez mil francos á esa mujer, y mi cólera pudo más que mi cordura. Si; ni un instante dudé nunca del honrado Longere; pero hay cegueras más peligrosas que muchos abusos.

»Le llamé á mi despacho y le dije que me veía obligado á privarme de sus servicios.

»Quedóse ante mí de pie, asustado, sin comprender nada. Y luego me pidió explicaciones, que no quise darle, asegurando que los motivos eran de orden privado.

»Entonces imaginó que le culpaba de alguna indelicadeza, y descompuesto, pálido, insistió, queriendo averiguar cuál era la supuesta culpa en que se fundaron mis resoluciones.

»Como yo nada le decía, exaltándose más, gritaba; seguí callado, y me provocó, me insultó, me amenazó. Estaba tan alocado, que temí llegase á golpearme; pero tuve paciencia y aguanté.

»Una palabra suya, una palabra que me hirió profundamente, me hizo arrojarle al rostro la verdad, toda la verdad.

»Quedóse rígido unos instantes, me miró con los ojos turbados; luego le vi coger sobre mi pupitre las tijeras de que me sirvo para cortar los talones, y acercarse á mí furioso, con el brazo levantado.



Sentí que algo me rozaba en la garganta, sin producirme dolor...»

Ya conocéis todas las circunstancias del crimen. Ahora, señores jurados, ¿qué puede añadir la defensa? Respetó ciegamente á su segunda mujer, porque había respetado á la primera con fundamento.

(Después de una breve deliberación, el procesado fué absuelto.)



## UNA TERTULIA

EL sargento de caballería Varajou obtuvo diez días de licencia para pasarlos en casa de su hermana la señora Padoie. Varajou, de guarnición en Rennes, donde llevaba una vida licenciosa, encontrándose sin dinero y en malas relaciones con su familia, escribió á la señora Padoie que podría dedicarle ocho días. Y eso no lo hizo por cariño á su hermana, mujer chiquita, moralizadora, beata, irascible, sino porque, necesitando algún dinero con urgencia, pensó que de todos sus parientes era ella la única persona á la que no puso jamás á contribución.

El padre de Varajou, antiguo horticultor de Angeres, ya retirado de los negocios, había cerrado la bolsa al calavera de su hijo, y no le vió en dos años. La hija estaba casada con Padoie, empleado en Hacienda, que acababa de ser nombrado recaudador de contribuciones de Vannes.



Apeándose del tren, Varajou se hizo conducir á casa de su cuñado. Encontróle en el despacho discutiendo con labriegos bretones de las cercanías. Padoie se levantó, y tendiendo la mano al militar por encima de la mesa, atestada de papeles, le dijo:

—Siéntate; soy al instante contigo.

Y volvió á tratar de su asunto con los labriegos.

Los cuales no comprendían sus razonamientos, como el recaudador no comprendía las explicaciones de los labriegos; él hablaba francés, los otros dialecto bretón, y el dependiente que servía de intérprete parecía no comprender tampoco á ninguno.

Aquello fué muy largo, muy largo. Varajou, contemplando á su cuñado, reflexionaba: «¡Qué imbécil!»

Padoie debía tener cerca de cincuenta años; era delgado, alto, huesudo, lento, velloso, con las cejas muy arqueadas, que formaban sobre sus ojos dos bóvedas de pelo. Cubierto con un gorro bordado en sedas y oro, miraba con la misma blandura propia de todas sus acciones. Hablaba, se movía y pensaba con abandono. Varajou reflexionaba: «¡Qué imbécil!»

Era el sargento un alegre perdulario de los que reducen su vida á la tertulia del café y á la mujer



pública. Estos eran los dos puntos culminantes de su existencia. Charlatán, bullicioso, indiferente á todo lo demás, despreciaba el universo entero desde la cúspide de su ignorancia. Cuando exclamaba: «¡Carbajo! ¡una juerga monumental!», había manifestado la más grande admiración de que era capaz.

Habiéndose despedido al fin de los labriegos, Padoie le preguntó:

—¿Cómo estamos?



—Yo no del todo mal, como ves. ¿Y tú?

—Bastante bien; gracias. Te agradecemos que te acordaras de nosotros.

—¡Oh! Hace mucho tiempo que deseaba poder venir; pero ya sabes que tenemos poca libertad en el ejército. Antes no le dan á uno licencia...

—Ya lo sé, ya lo sé. Mayor motivo para agradecerlo.

—Y Josefina, ¿cómo sigue?

—Bien; gracias. Ahora la verás.

—¿No está en casa?

—No; ha salido á visitas. Aquí tenemos abundantes relaciones. En esta población hay un trato muy distinguido.

—No lo dudo.



## II

LA puerta se abrió, dejando paso á la señora Padoie. Acercándose al militar sin hacer extremos de alegría, le tendió la mano y le preguntó:

—¿Hace mucho rato que llegaste?

—No; media hora escasamente.

—Yo creía que llegaba más tarde el tren. Si quieres venir conmigo á la sala...

Y pasaron á la habitación contigua, dejando al recaudador sumergido en sus números, ajustando las cuentas de los contribuyentes.

Cuando los dos hermanos estuvieron solos, dijo ella:

—¡He tenido muy famosas noticias de ti!

—¿Buenas?

—He sabido que te portas como un truhán, que te emborrachas y contraes deudas.

Fué para él una sorpresa desagradable.

—¿Yo? ¡Jamás!

—No lo niegues. Lo he sabido por buen conducto.



Trató de convencerla defendiéndose; pero ella le tapó la boca y le obligó á callarse con una reprensión violenta.

Luego añadió:

—Comemos á las seis; hasta esa hora puedes hacer lo que gustes. No te acompaño porque tengo muchas ocupaciones.

Al verse ya solo, dudó qué haría, si dormir ó pasear. Alternativamente fijaba los ojos en la puerta de la alcoba y en la del pasillo. Se decidió por salir á la calle.



## III

SE fué á vagar tranquilamente, arrastrando el sable por la triste ciudad bretona, entumecida, casi muerta, junto al mar interior, que se llama le «Morbhian». Contemplando las fachadas grises, los escasos transeuntes y las tiendas vacías, pensaba: «No es alegre, no es retozona esta ciudad. ¡Mala idea tuve al venir á Vannes!»

Llegó al puerto, silencioso y triste; volvió al centro, solitario y lúgubre, y entró en casa antes de las cinco, echándose para dormitar hasta la hora de comer.

La criada le despertó con unos golpecitos en la puerta.

—Ya está la comida, señorito.

Bajó al comedor; un comedor tan húmedo, que se despegaba el papel de las paredes, hasta un metro del suelo. Una sopera descollaba melancólicamente



sobre una mesa redonda y con mantel de hule, donde había tres cubiertos.

El señor Padoie y su esposa entraron al mismo tiempo que Varajou.

Tomaron asiento, se bendijo la mesa y se persiguieron; después de lo cual Padoie sirvió la sopa; una sopa grasienta. Era día de cocido.

Después de la sopa sacaron la carne, demasiado hervida, con mucho gordo y deshilachada. El sargento la comía lentamente, aburrido, fatigado, rabioso.

La señora Padoie preguntó á su marido:

—¿Irás á casa del señor presidente de la Audiencia esta noche?

—Pienso ir.

—No vuelvas tarde. Te fatigas mucho. Tu salud está muy resentida para trasnochar.

Y habló de las tertulias de Vannes, de las distinguidas personas que los recibían con mucha consideración, gracias á sus ideas religiosas.

Luego sirvieron puré de patatas con embutido, en honor al forastero.

De postre, queso. Y no más. Nada de café.

Cuando Varajou comprendió que le tocaba pasar la velada en compañía de su hermana oyendo sermones, aguantando reprimendas y sin tener siquie-

ra una copita de coñac para ir pasando á sorbos el aburrimiento, juzgando superior á sus fuerzas aquel suplicio, alegó como excusa, para irse de casa, la precisión de refrendar su pasaporte.

Y escapó á eso de las siete.





## IV

A PENAS se vió en la calle, sacudióse como un perro al salir del agua, y dijo entre dientes: «¡Carbajo, carbajo, carbajo, qué fastidio! Buscó un café, el mejor café de la ciudad, y en-



contrólo en la plaza; lucían en la puerta dos mecheros de gas, y en el interior, media docena de menestrales bebían y hablaban tranquilamente mientras dos jugadores de billar daban vueltas á la mesa buscando en silencio sus carambolas, sin más ruido que los choques del marfil y la voz del marcador que decía:

«Diez y ocho. Diez y nueve. ¡Mala suerte! ¡Bonita jugada! Once. Debió ir sobre la otra. Veinte. Doce. ¿Tenía yo razón?»

Varajou pidió:

—Una taza de café y coñac del mejor.

Sentóse, aguardando á que le sirvieran.

Tenía la costumbre de pasar las veladas con sus amigos entre la bulliciosa conversación y el humo de las pipas, y aquel silencio, aquella tranquilidad, le fastidiaban y entristecían. Tomó su café impaciente y luego la copa de coñac; pidió la segunda, y esto le animó; ya sentía deseos de cantar, de reír, de pegarse con alguno; y pensando: «es necesario divertirse, ya estoy alegre», quiso averiguar dónde hallaría mujeres de placer que le hiciesen agradables las horas.

Llamó al mozo.

—¡Eh!, muchacho.

—Aquí me tiene, señor.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

“ALFONSO H. YEB”

1625 MONTERREY, MEXICO



—Di, muchacho, ¿dónde se... divierte un forastero en esta ciudad?

—No sé qué decirle, señor. Aquí...

—¿Aquí? ¿Tú sabes lo que significa divertirse?

—Me parece divertido beber cerveza y buen coñac.

—¿Beber? ¡Ah! ¿Sin mujeres? ¿Dónde hay mujeres?

—¿Mujeres, dice usted?

—Mujeres digo.

El mozo bajó la voz misteriosamente:

—Usted quiere saber dónde hay una casa de...

—¡Sí, diablo!

—Pues bien; tome usted la segunda calle, á la izquierda; luego la primera, á la derecha. Es el número 15.

—Gracias, amigo. Eso para ti.

—Muchas gracias, caballero.



## V

VARAJOU salía del café mascullando: «Segunda, á la izquierda; primera á la derecha, número 15.» Pero al cabo de unos segundos reflexionó: «Segunda de la izquierda... De la izquierda de la calle... Pero al salir del café, ¿había que tomar hacia abajo ó hacia arriba? ¡Bien; adelante! ¡Ya veremos por dónde salimos!»

Y avanzó, tomando la segunda bocacalle, á la derecha, y luego la primera, á la izquierda; buscó el número 15. Era una casa de buen aspecto, y á través de las persianas, veíanse luces en el primer piso. La puerta estaba entreabierta y lucía un farol en el vestíbulo. El sargento pensó: «Debe ser aquí.»

Colóse, y como no vió á nadie, llamó:

—¡Eh! ¡Ohé!

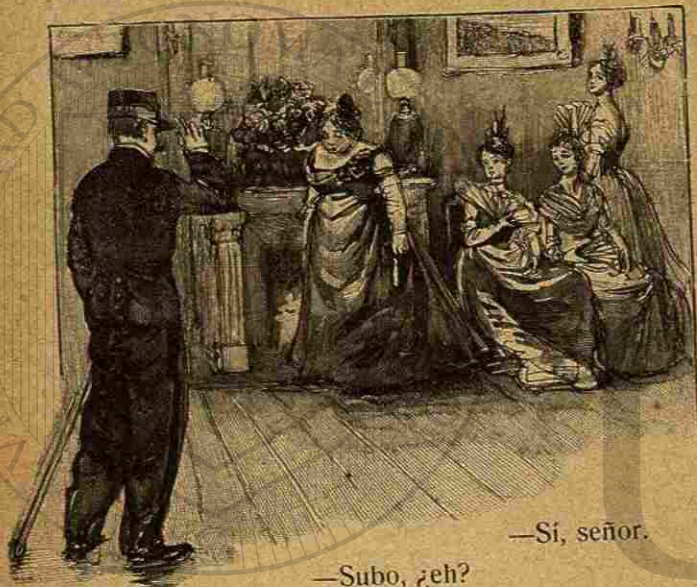
Una criadita salió á su encuentro, sorprendiéndose al ver á un soldado. El dijo:

—Buenas noches. ¿Están arriba?

—Sí, señor.

—¿En el salón?





—Sí, señor.

—Subo, ¿eh?

—Sí, señor.

—¿La primera puerta?

—Sí, señor.

Subió, abrió la puerta y descubrió en una sala, bien alumbrada por dos quinqués, una araña y dos candelabros, cuatro señoras escotadas y con esa expresión especial de quien espera.

Estaban las tres más jóvenes sentadas en sillones de terciopelo rojo y en actitudes algo violentas, aun cuando pretendían ser naturales, y la otra, de

unos cuarenta y cinco años, colocaba unas flores en un jarroncito; era gruesa, y llevaba un vestido de seda verde, que dejaba escapar de su envoltura, semejante al cáliz de una flor monstruosa, sus brazos enormes y su abundante pecho, rojizos y empolvados.

El sargento saludó:

—Muy buenas noches.

La que arreglaba las flores volvió la cabeza, sorprendida, y contestó:

—Buenas noches, caballero.

Varajou, arrellanóse cómodamente sobre un sillón; pero reparando que no le atendían, que no hacían demostraciones de agrado al verle, supuso que debía ser aquella una casa donde acostumbraban á ir los oficiales, y les parecía inconveniente la presencia de un sargento. De pronto también sintió alguna contrariedad; pero serenándose rápidamente pensó: «¡Bah! Si viene algún jefe, veremos lo que se hace.» Y decidido, resolvió no retirarse, para lo cual inició una conversación:

—¡Vaya, vaya. ¿Todo sigue bien?

—Muy bien; gracias.

No se le ocurría nada que decir. Callaron. Aquel silencio le molestaba, y para salir adelante, dijo riendo:

—¿Aquí nadie se divierte? ¡Hay que animarse! Yo pago una botella...





VI

No había terminado la frase cuando, abriéndose la puerta, dejó paso á Padoie, vestido de levita.

Entonces Varajou lanzó un grito de alegría, y, levantándose, abrazó á su cuñado, y arrastrándole por la sala en rápidos valses, vociferaba:

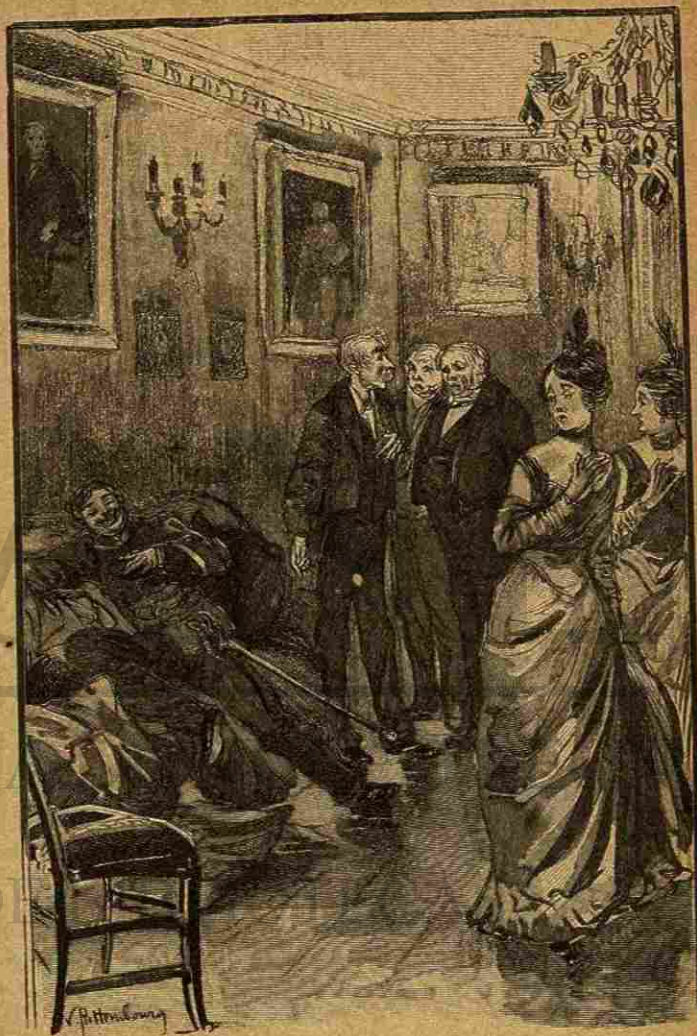
—¡Este es un hombre! ¡Así me gustan los hombres!

Luego, dejando al recaudador, asombrado y emudecido por aquella sorpresa, le dijo:

—¡Ah, tunante! Conque también te gusta el jolgorio... Y dejas á mi hermana para darte un verde... ¡Ah, bribón! ¡Así me gusta!

Imaginando ya todas las ventajas que le resultarían de aquel encuentro casual é inesperado, en un sitio comprometido, ¡el empréstito forzoso!, tiróse riendo sobre un sofá con tal abandono, que las maderas crujieron.

Las tres jóvenes levantáronse y salieron escapadas, mientras que la otra señora, junto á la puerta, casi desmayada, no sabía qué hacer.





Llegaron dos caballeros de levita y condecorados; Padoie se acercó á ellos.

— ¡Oh, señor presidente! Un loco... Está loco... Vino á casa convaleciente de una enfermedad y... ahí le ven ustedes... loco rematado... Se ha vuelto loco.

Varajou se hallaba sentado sin comprender la sorpresa de todos, y barruntó al fin que habría hecho alguna enorme brutalidad. Luego, levantándose y dirigiéndose á su cuñado, le preguntó:

— ¿Pero qué casa es ésta?

Y Padoie, rojo de cólera, balbuceó:

— ¿Qué casa es ésta?... Miserable... Infame... Desdichado... ¿Preguntas qué casa es ésta? Pues... la casa del señor presidente de... de... de... ¡Ah! ¡Miserable!... ¡Miserable!... ¡Miserable!...



## LA RABIA

MI querida Genoveva: Me pides que te cuente mi viaje de boda. ¿Me atreveré? ¡Ah! ¿Por qué no me dijiste algo, por qué no me diste á entender algo? Yo, ignorante, no sabía nada; pero absolutamente nada. ¡Me parece bien! Hacía diez y ocho meses que te casaste, diez y ocho meses que lo sabes todo, tú, mi amiga del alma, que antes eras tan comunicativa conmigo; y en ocasión tan dificultosa no tuviste ni caridad para prevenirme. Si me hubieses advertido, si hubieses despertado siquiera mi curiosidad, si me hubieses dejado entrever la menor sospecha, me ahorraras una simpleza de que aún me avergüenzo, de la cual se reirá mi marido toda la vida; y es tuya la culpa.

He quedado en ridículo para siempre; cometí una estupidez, cuyo recuerdo no se borra fácilmente. Y tú podías evitarlo. ¡Ah, si yo lo hubiera sabido!



Prométeme que no te reirás de mí, si quieres que te diga lo que pasó.

No; no es una comedia, es un drama.

Me casé por la tarde, y debíamos tomar el tren de la noche para el viaje de novios; ya lo sabes. Yo distaba mucho de parecerme á Paulina, cuyas aventuras nos ha referido tan graciosamente Gyp en su bonita novela *En torno del matrimonio*.

Y si mamita me hubiese dicho como la señora de Hautretan dice á su hija: «Tu marido te oprimirá entre sus brazos, y...» yo no pudiera responder como Paulina, riendo: «No sigas, no me hace falta preparaci6n; estoy al tanto de lo que debe ocurrirme...»

Yo lo ignoraba todo, y mamá, la pobre mamá, conmovida, no se atrevió á insinuarme la menor idea referente á un suceso tan escabroso.

A las cinco desfilaban ya los invitados; el coche nos aguardaba para llevarnos á la estaci6n.

Aún me parece ver á los criados cargando los baúles y oigo la voz de papá, cascada por el llanto que á duras penas podía contener. Los hombres han de ser fuertes. Al despedirse de mí, besándome y abrazándome, dijo: «¡Valor, hijita!» como si fuesen á sacarme una muela. En cambio, mamá, estaba hecha un mar de lágrimas. Mi marido apre-

suraba la despedida, procurando acortar aquella situaci6n difícil. Yo, completamente dichosa, en aquel momento, sin embargo, lloraba también. De pronto sentí que me tiraban de la falda: era *Bijou*,



al cual había olvidado por completo, no haciéndole ninguna caricia; y el animalito me daba su adiós á su manera. Enterrecíme, y cogiéndole—ya sabes que no abulta lo que un puño—, le cubrí de besos. Me gusta mucho acariciar á los animalitos; el con-



tacto de su piel me produce una sensación agradable, un escalofrío delicioso.

El perrito estaba loco de alegría, y agitándose y lamiéndome, de pronto, me clavó los dientes en la nariz. No pude contener un grito, y solté á *Bijou*, porque la menuda herida me dolía y sangraba. Toda la familia se alarmó. Pidieron agua, vinagre, hilas, y mi cariñoso marido me hizo la cura. No era nada; una rozadurita insignificante. Al cabo de cinco minutos nos fuimos.

Pensábamos permanecer mes y medio en Normandía, y á media noche llegamos á Dieppe.

Ya sabes de qué modo me gusta el mar. Comunicué á mi esposo mi deseo de no acostarme sin haberlo visto, y comprendí que mi pretensión le contrariaba.

«¿Tienes ya sueño?» —le pregunté riendo, y respondió:

«No tengo sueño; pero comprenderás que tengo ansia de hallarme solo contigo.»

Su respuesta me sorprendió, y dije:

«¿Solo conmigo? ¿Pues no hemos venido solos en el vagón?»

«Sí —replicó sonriendo—, pero un vagón de tren, aun estando solos, no puede compararse con una alcoba nupcial.»

«También en la playa estaremos solos á estas horas... —insistí—. Nadie nos acompañará.»

Decididamente mi proyecto no era de su gusto, pero accedió afectuoso:

«Lo que tú quieras, ángel mío.»

¡Espléndida noche! una de esas noches que inspiran ideas grandiosas y vagas, casi más que pensamientos, emociones; algo así como un ansia de abrir los brazos, de extender las alas, de abarcar el cielo...; ¡qué sé yo! Algo así como si fuéramos de pronto á comprender lo incomprensible, á conocer lo desconocido.

Respiramos el ensueño, la poesía penetrante del ambiente, una delicia ultraterrena, un encanto que tal vez irradian las estrellas, la luna, la plateada y rugiente superficie del mar. Son los más bellos instantes de la vida, que nos permiten adivinar otra existencia, como la revelación de lo que podía ser... ó de lo que será.

Sin embargo, mi esposo mostraba impaciencia, inquietud.

«¿Tienes frío?» —le preguntaba yo; y él me respondía negativamente.

Quise comunicarle mi entusiasmo.

«¿No ves á lo lejos un buque? Parece que se ha dormido sobre las aguas. Miralo... ¿Dónde podía-



mos disfrutar lo que disfrutamos aquí? Yo pasaría la noche... ¿Quieres que aguardemos á ver salir el sol?»

Creyendo que me burlaba, me arrastró casi violentamente hasta el Hotel. Si yo hubiera sospechado... ¡Ah, miserable!

Cuando estuvimos en nuestras habitaciones, me sentí avergonzada, cohibida, sin saber por qué; te lo juro. Le rogué que me dejara sola para desnudarme y meterme en la cama.

Y ahora llega lo dificultoso. No sé cómo decirte-lo. Haré lo posible para darme á entender.

Creyó malicia mi extremada inocencia, y fingimiento mi absoluta ignorancia; supuso que mi abandono, confiado y sencillo, era un estudio, una táctica, y no se preocupó de las delicadas atenciones precisas para que semejantes misterios no sorprendan y resulten siquiera tolerables á una criatura que no está preparada ni advertida.

Primero temí que se hubiera vuelto loco, y después me aterrorizó la idea de morir á sus manos. El miedo no deja lugar á la reflexión; poseída por el miedo, sin razonar, imaginé cosas horribles en un segundo. Todas las gacetillas de los periódicos donde se refieren sucesos extraordinarios, crímenes complicados, todas las relaciones de fieros dramas

conyugales, acudieron á mi memoria. ¿No podía ser un malvado quien me trataba de aquel modo? Me defendí, le rechacé como pude, y, defendiéndome desesperadamente, hasta le arranqué un mechón de pelo y una guía del bigote; al fin, conseguí librarme de sus garras con un supremo esfuerzo, y gritando «¡Socorro! ¡Socorro!», me precipité, casi desnuda, por la escalera.

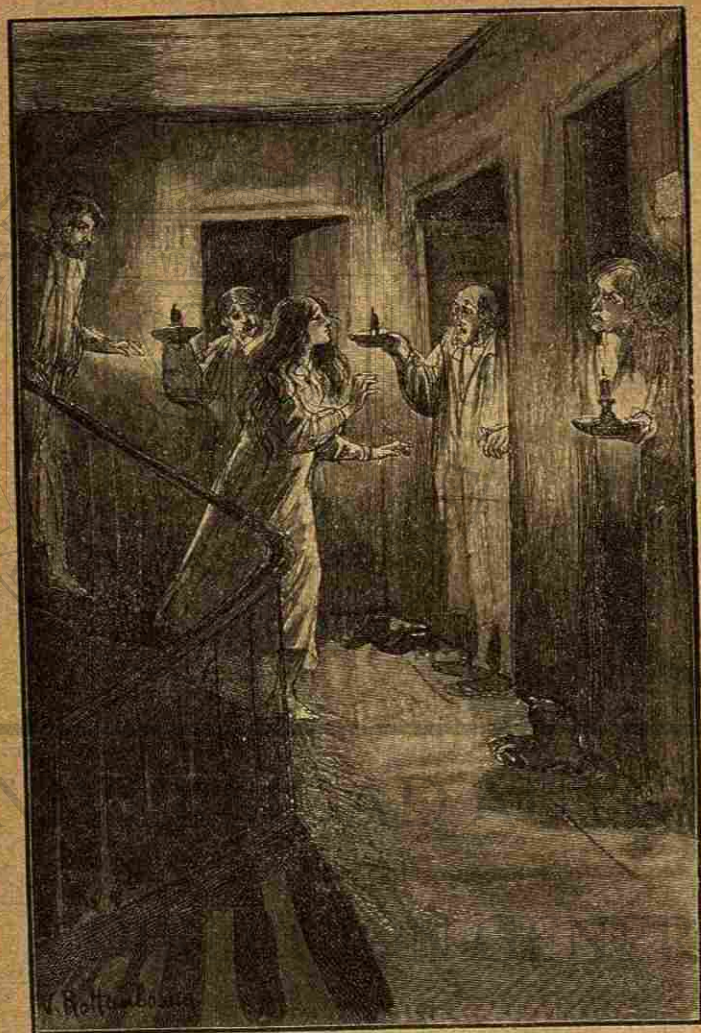
Se abrieron á mis gritos, ante mí, varias habitaciones, asomando á las puertas hombres en camisa, con la palmatoria en la mano. Arrojéme desatinada en los brazos de uno de ellos, implorando su protección. Otro detuvo á mi marido.

No puedo precisarte lo que ocurrió entonces. Vocearon, se golpearon, y acabaron riendo á carcajadas, unas carcajadas ruidosas y estremecidas. ¡Qué manera de reír! Toda la casa reía, desde los desvanes hasta las bodegas. Resonaban en los corredores y en las alcobas ecos de hilaridad; los cocineros y las doncellas, retorciéndose de tanto reír en las bohardillas, y el mozo de guardia rodaba sobre su colchón, como si se hallase accidentado, en el vestíbulo.

Imagínate, mujer. ¡En una fonda!

Volví á verme sola con mi esposo, el cual me ofreció algunas ligeras nociones del caso, como ex-





GUY DE MAUPASSANT

plican los maestros, antes de realizarlo, un experimento de química. El hombre no se mostraba muy satisfecho; yo lloré toda la noche, y en cuanto amaneció, huímos de allí.

Pero aún hay más.

Al día siguiente llegamos á Pourville, que sólo es un embrión de balneario. Mi esposo me agobiaba con sus atenciones y sus ternuras. Pasado el primer sofocón, parecía muy satisfecho. Avergonzada y desolada por mi aventura de la víspera, procuré mostrarme todo lo amable y dócil que pude; pero, no te imaginarás todo el horror, la repugnancia, casi el odio que me inspiró Enrique, al revelarme del todo el infame secreto que se oculta con tanto afán á las muchachas. Sentíame desconsolada, con una tristeza mortal, arrepentida, y espoleada por el deseo de volver al hogar paterno, á mi vida sin azares, de soltera. Llegamos á Etretat. Los bañistas hallábanse hondamente preocupados por un horrible suceso: acababa de morir una joven á la cual había mordido un perrito rabioso. Al enterarme, sacudió mi cuerpo un escalofrío. Me dolió al instante la mordedura de mi perrito—de cuyo accidente ya no me acordaba siquiera—, y sentí un cosquilleo extraño.

Por la noche no me fué posible dormir, sobresal-



tada, olvidándome por completo de mi marido. ¡También yo podía morir de hidrofobia! Por la mañana hicele referir detalladamente al camarero la historia de la víctima. ¡Qué angustia! Pasé todo el día paseando por la playa, sin hablar, meditando: ¡Morir de hidrofobia! ¡horrible muerte!

Mi esposo me preguntaba:

«¿En qué piensas? Te veo triste.»

Y le respondía:

«No estoy triste; no pienso nada.»

Mis ojos fijábanse desvanecidos en el mar, en los campos, en las alquerías; pero sin ver nada preciso. Nadie hubiera podido saber lo que me torturaba, y á nadie hubiera comunicado yo mis pensamientos. Sentía un dolorcillo, un verdadero dolor en la nariz. Quise retirarme.

Apenas de regreso en la fonda, encerréme, sola, para examinar la mordedura. No pude ver nada, y, sin embargo, era indudable que me dolía.

Escribí á mamá una carta breve, ansiosa — que debió causarle mucha sorpresa —, pidiéndola una respuesta categórica y urgente á insignificantes preguntas. Y cuando hube firmado, añadí esta postdata:

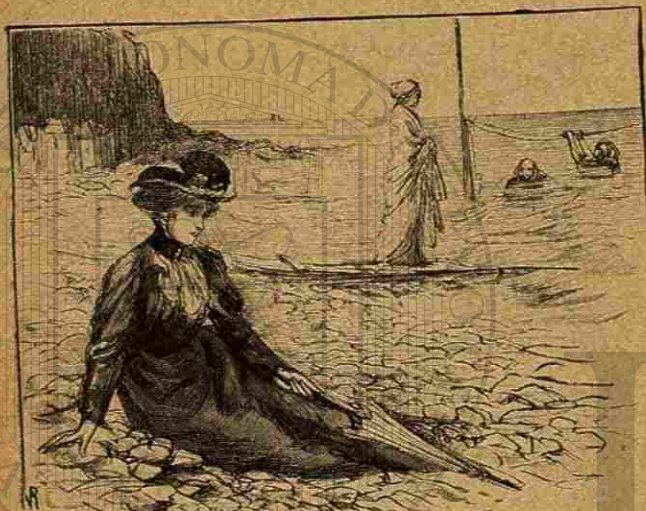
«Sobre todo, no dejes de hablarme del perrito; me interesa mucho.»



A la mañana siguiente, se me atravesaba la comida, no pude tragar ni un bocado, pero no consentí que llamaran al médico. Recostada en la arena, veía cómo se chapuzaban los bañistas. Los había gordos y flacos, pero todos me parecieron horribles ó ridículos. Yo no tenía humor de burla ni ganas de risa, y pensaba:

«¡Qué felices deben ser todos! No les ha mordido un perro, como á mí, como á la desventurada que ya murió. Nada temen y nada les apura. Vi-





virán mientras yo muero. Pueden saltar y alegrarse; divertirse á su gusto, satisfechos.»

A cada momento me llevaba la mano á la nariz, palpándome. ¿No se hinchaba? Y de regreso en la fonda, encerréme sola para mirarme al espejo. ¡Sí! Tenía ya otro color. ¡Estaba próxima la muerte!

Por la noche, sentí de pronto una ternura inexplicable hacia mi esposo, una ternura desesperada. Le creí amable y busqué apoyo en su brazo. Estuve á punto veinte veces, de confesarle mi secreto espantoso; pero me contuve.

Abusó ferozmente de mi abandono y de mi languidez. Faltáronme fuerza y voluntad para resistirle. Al día siguiente, recibí carta de mamá, contestando á mis preguntas, pero sin decirme ni una sola palabra del perrito. De pronto

pensé: «Habrá muerto y trata de ocultármelo.»

Quise ir inmediatamente al telégrafo para librarme de tantas dudas en pocas horas; pero me detuvo esta reflexión: «Tampoco sabré la verdad; si el animalito ha muerto, no se atreverán á decirme-  
( lo. » Resignéme á pasar otros dos días de angustia y escribí de nuevo. En mi carta pe-

día que nos facturasen al perro, para que me acompañara y me distrajera, porque me aburría un poco.





Por la tarde, comencé á sentir temblores. No cogía un vaso de agua sin que se me derramara la mitad. Era lamentable mi situación. Al anochecer, huyendo á mi esposo, fuime á la iglesia, y recé mucho.

Al salir de la iglesia, me dolió más que nunca la nariz; y entrando en una farmacia expliqué al farmacéutico el caso de una señora mordida por un perro y le pregunté qué sería prudente hacer. El farmacéutico era un hombre muy afable y servicial; dióme toda clase de instrucciones, pero yo las iba olvidando á medida que iba él explicándolas; á tal punto estaba perturbado mi espíritu. Solamente retuve un consejo: «Los purgantes han sido con frecuencia indicados» Y compré varias botellas de no sé qué medicamentos «para enviárselos á la paciente.»

Los perros que me salían al paso por la calle me horrorizaban, y me costaba gran esfuerzo contenerme y no echar á correr. También me pareció sentir deseos de morderles.

Pasé toda la noche horriblemente agitada; mi marido se aprovechó. Al día siguiente, recibí carta de mamá, excusándose de facturar al perrito por temor á que padeciese hambre ó sed, abandonado tantas horas en una perrera del ferrocarril. Entendí

que no podía enviármele, que sin duda estaba muerto.

No dormí en toda la noche. Mi esposo roncaba; se despertó varias veces. Mi abatimiento era mayor á cada instante.

Quise bañarme y estuve á punto de caer desmayada en cuanto metí los pies en el mar; tanto me impresionó el frío del agua. Las piernas temblorosas, apenas podían sostenerme; pero ya no me dolía la nariz.

Casualmente, me salió al encuentro el médico director de los baños; un hombre muy amable. Con habilidad suma, encaminé la conversación según mi conveniencia. Le dije que un perrito me había mordido en la nariz, algunos días antes, y preguntéle qué sería necesario hacer si la inflamación sobreviniera. Riendo, me contestó:

«En su caso, no se me ocurre más que un remedio, señora mía: ponerse narices postizas, de cartón.»

Y seguro de que yo no le había comprendido, añadió:

«O decirle á su esposo que tenga cuidado.»

No quedé más tranquila ni más enterada.

Enrique parecía estar aquella noche más alegre y satisfecho que nunca. Fuimos al concierto; antes



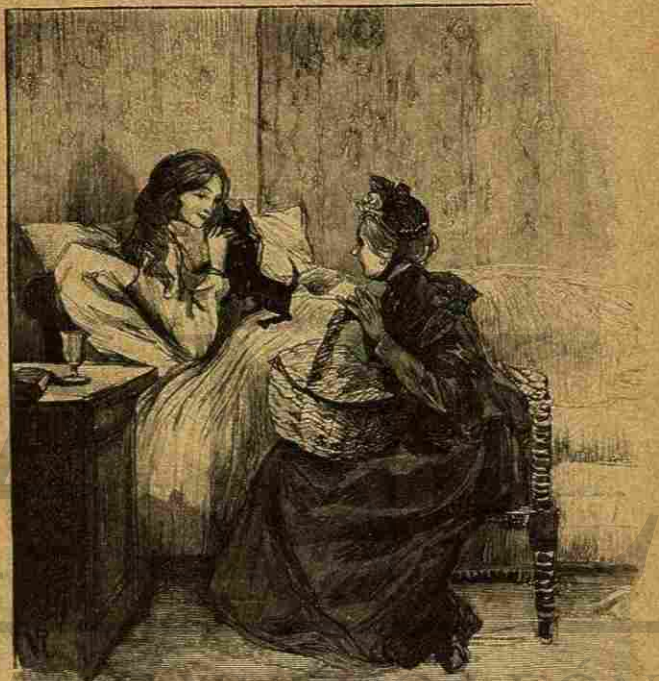
de que acabara me propuso que nos retirásemos y accedí porque todo me resultaba indiferente.

Me revolvía, sin cesar, fatigosa, inquieta en la cama; los nervios, alterados y vibrantes, no me dejaban punto de reposo. Enrique tampoco dormía. Suavemente me acariciaba, me besaba, como si hubiera comprendido al fin mi sufrimiento y tratase de aplacarlo con su ternura. Yo recibía sus caricias sin emocionarme, sin comprenderlas.

Pero de pronto, una sensación extraordinaria, violenta, enloquecedora, me hizo estremecer. Lancé un grito espantoso y desasiéndome del hombre que me tenía oprimida, salté al suelo y fui á desplomarme junto á la puerta. ¡Era la hidrofobia; la horrible hidrofobia! No había salvación para mí.

Enrique me recogió, asustado, curioso de saber lo que yo sentía. Resignada, insensible, aguardando la muerte próxima, creía yo que después de algunas horas de tranquilidad, vendría otra conmoción violenta, y otra, y otra, repitiéndose hasta la crisis mortal.

Me dejé llevar á la cama, y al amanecer, las irritantes obsesiones de mi esposo, provocaron otro desequilibrio, que fué más duradero. Yo ansiaba chillar, morder, arañar, era terrible, pero menos doloroso de lo que yo temía.



Las ocho daban cuando me dormí; no había dormido en cuatro noches.

A las once me despertó una voz adorada. Era mamá, que, asustada por mi correspondencia, quiso



verme. Llevaba en la mano un canastillo, dentro del cual, un bicho ladraba. Lo abrí con inquietud, esperanzada y vacilante á un tiempo. Y el perrito saltó sobre mi cama, lamiéndome, bailoteando, revolcándose, loco de alegría.

Pues bien, Genoveva: tampoco entonces comprendí...

Pero, á la noche siguiente...

¡Oh la imaginación! ¡Cómo trabaja! ¡Y pensar que yo supuse!... ¡Qué simpleza!, ¿verdad?

No he confesado á nadie — comprenderás la razón — mis torturas de aquellos cuatro días. ¡Mira tú que si Enrique lo supiera!... Ya se burla bastante de mí por el escándalo que armé la primera noche.

Sin embargo, sus burlas no me desagradan.

Me voy acostumbrando.

Nos acostumbramos á todo en esta vida...



## LA MODELO

ENCORVADO como una media luna, el pueblo de Etretat, con sus arenas blancas, sus blancas rocas y su mar azul, reposaba tranquilamente bajo el sol de un hermoso día de Julio. A uno y otro extremo de la media luna, los dos muelles, el menor á la derecha y el mayor á la izquierda, cortaban el agua tranquila; el primero, como un pequeño pie, y el segundo, como una pierna colosal.

En la playa, sobre la línea donde mueren las olas, una muchedumbre, sentada, se divertía contemplando á los bañistas, mientras en la terraza del Casino, formando grupos y en constante agitación, otra muchedumbre lucía sus galas, presentando al sol, como un jardín espléndido, las bordadas flores de las sombrillas rojas y azules.

En el paseo, al extremo de la terraza, otros veraneantes, los más reposados, los más tranquilos,



iban y venían lentamente á distancia de los grupos elegantes.

Un joven pintor, estimado, famoso, Juan Summer, avanzaba tristemente junto á un cochecillo de paralítico, donde iba una mujer, la suya. Un criado empujaba suavemente aquella especie de sillón con ruedas, y la señora impedida contemplaba con ojos lánguidos los esplendores del cielo, la orgía de luz, y la satisfacción de todos.

Iban en silencio. Ni siquiera se miraban.

—Detengámonos un poco—dijo la señora.

Se detuvieron, y el artista sentóse en una silla de tijera que le presentó el criado.

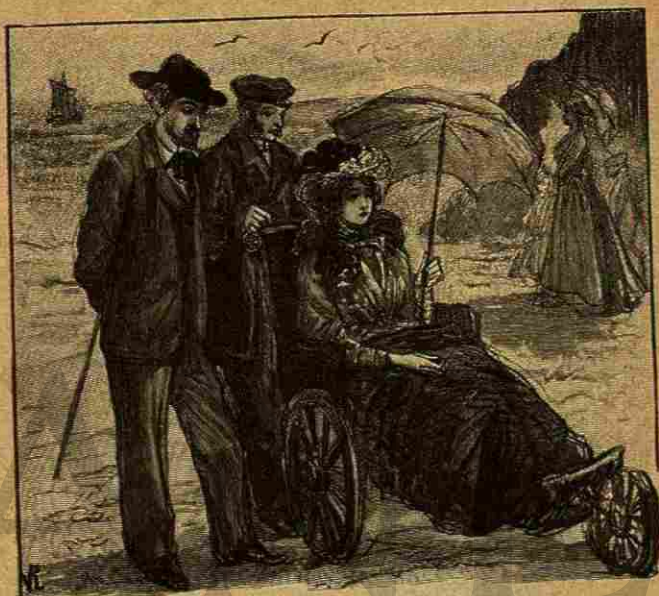
Los que pasaban junto á la pareja inmóvil y silenciosa, los miraban con simpatía, interesados por una conmovedora leyenda, según la cual se había casado el pintor con la impedida, compadecido ante su desgracia y su ternura.

No lejos de allí dos jóvenes hablaban, sentados en un cabrestante, con la mirada fija en el horizonte lejano.

—Lo que dicen del matrimonio, es mentira. Conozco mucho á Juan Summer.

—¿Cómo se explica, pues, que se casara con una impedida?

—Se casó con una impedida... como se casan



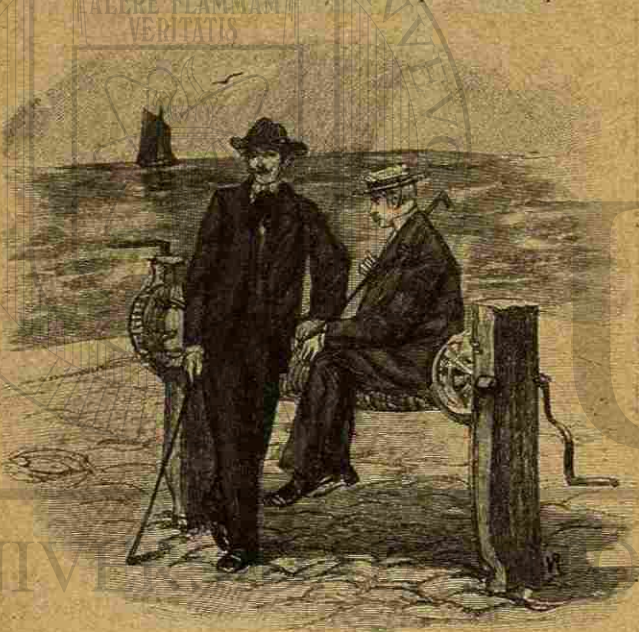
otros con mujeres demasiado... ágiles. Por estupidez.

—No me convences.

—No te convenzo... Debieras haberte convencido ya de que sólo por estupidez se casan los hombres. Y tampoco ignoras que los pintores tienen la especialidad, el privilegio de hacer matrimonios ridículos, casándose la mayoría con sus modelos, con sus queridas, con mujeres descalificadas en todos conceptos. ¿Por qué? No se concibe. Lo sensato fuera



que tratando, como tratan, constantemente á una caterva de bribonas que se llaman las modelos, y conociéndolas como las conocen, les repugnasen. Pero sucede todo lo contrario. Después de copiarlas



en todas las posturas imaginables y de divertirse á su placer, se casan con ellas. Daudet nos lo dice, cruel, hermosa y sinceramente en su precioso libro *Mujeres de artistas*.

La pareja que tenemos delante uni6se por un accidente singular y terrible. No es un caso com6n: la mujercita represent6 una comedia muy á lo vivo, jugándose de una vez el todo por el todo; un final dramático. ¿Fué sincera? ¿Estaba realmente apasionada? ¿C6mo saberlo nunca? ¿Quién podría separar lo verdadero de lo engañoso en los actos de las mujeres? Fingen con sinceridad, haciendo su papel convencidas, emocionadas. Su voluble sentimentalismo las hace de pronto ardientes, criminales, agradecidas, encantadoras 6 innobles. Mienten sin cesar y sin querer, sin comprenderlo y sin sospecharlo; y á pesar de sus constantes mentiras, domina en sus actos la sinceridad, que se revela en sus resoluciones inesperadas, incomprensibles, irreflexivas, inverosímiles á veces, que de pronto contradicen los razonamientos l6gicos, nuestra costumbre razonadora y todos los cálculos de nuestro egoísmo. La brusquedad y la sorpresa de sus resoluciones las hacen aparecer á nuestro juicio como indescifrables enigmas. Y nos preguntamos á cada instante: ¿Son falsas 6 sinceras?

Amigo mío: sinceras y falsas á la vez, porque su naturaleza las exige que oscilen sin cesar entre dos opuestos caminos y no se decidan por éste ni por aquél. Son ambas cosas y ninguna.



Reflexiona los recursos que las más prudentes emplean para conseguir de nosotros lo que se proponen. Recursos tan complicados... como inocentes. Lo bastante complicados para que nunca los adivinemos, y tan inocentes que al sentirnos víctimas, no podemos contener nuestra sorpresa, pensando: ¿Es posible que me haya dejado engañar así?

Consiguen todo lo que se proponen. Sobre todo, cuando se proponen casarse.

Pero, limitémonos á la historia de Juan Summer.

La que hoy lleva su nombre fué una modelo, naturalmente, su modelo. Era hermosa; sobre todo, elegante y tenía una cintura divina. Enamoróse Juan, como nos enamoramos de cualquier mujer agradable á la que vemos con frecuencia, y supuso que la quería con toda su alma. Es una singular aberración. En cuanto nos gusta una mujer y la deseamos, ya suponemos que no es posible vivir sin ella. El más desmemoriado recuerda que le ocurrió lo mismo varias veces y que á la satisfacción de un deseo ha seguido el desencanto en todas las ocasiones; que para unir dos existencias no es bastante complacer al brutal apetito de la carne, pronto saciado, sino que precisa un acuerdo absoluto de las almas, del temperamento, del humor.

Es necesario saber distinguir si el apasionamiento que sentimos lo inspiran los atractivos corporales, un deseo voluptuoso que nos embriaga, ó el encanto profundo y suave del espíritu.

Lo cierto es que Juan Summer, imaginó que la quería con toda su alma, haciéndola mil juramentos de fidelidad y vivió completamente consagrado á ella.

Era una mujer fascinadora, con el desparpajo elegante que tan fácilmente muestran las criaturas de París. Bromeaba, charlaba, canturreaba, diciendo tonterías brillantes como rasgos de ingenio por la gracia que las envuelve al ser lanzadas. Tenía siempre actitudes y gestos oportunos para seducir al artista. Levantando los brazos, inclinándose, tendiendo la mano, subiendo al coche, se movía con desenvoltura y garbo.

En un trimestre, Juan Summer no reparó que su adorable modelo era... como todas las modelos.

Para veranear tomaron una casita en Andressy, donde cierta noche sobresaltaron el espíritu del pintor las primeras inquietudes.

Hacia un tiempo delicioso, una luna espléndida y decidimos dar un paseo por la orilla del río. La bóveda celeste reflejaba su esplendor en el agua temblorosa, quebrando sus reflejos amarillos en los



remansos quietos, en el cauce rumoroso, en toda la extensión líquida que se deslizaba lentamente.

Avanzábamos, poseídos por la vaga exaltación que nos producen esas noches fascinadoras. Hubiéramos querido realizar sobrehumanas empresas, descubrir amores de seres desconocidos y extraordinariamente poéticos. Sintiendo amagos de aspiraciones, ansias y éxtasis incomprensibles, callábamos, envueltos por la serena y penetrante frescura de la noche ideal, por la placidez luminosa que penetra en el corazón, infiltrándose á través de la carne, que baña el espíritu perfumándolo y sumergiéndolo en un goce infinito.

De pronto, Josefina (se llama Josefina) prorrumpió bulliciosamente.

—¡Ah! ¡Mira un pez que salta! ¿Lo has visto?

Juan respondió sin mirar hacia donde la mujer señalaba.

—Sí, nena mía.

Ella se disgustó, increpándole:

—No mientas; no lo has visto; mirabas á otro lado y no volviste siquiera los ojos á donde yo te indiqué.

Juan sonrió.

—Es tan delicioso este ambiente que nos rodea

de una vagedad soñadora.... Ni miro nada, ni pienso nada, ni sé nada...

Josefina se contuvo, pero al poco rato, lanzada por el prurito de hablar, preguntó:

—¿Irás á París mañana?

El dijo:

—No lo sé.

Josefina se puso nerviosa, exaltándose:

—¡Qué divertido! ¡Pasear toda la noche, sin decir una palabra! ¡Como unos tontos!

Juan seguía callado, y entonces, ella, con el perverso instinto de la mujer exasperada y que se ha propuesto exasperar á los otros, voceó la estúpida copla, con la cual nos habían ensordecido ya durante dos años, y que principia:

«Mirando las musarañas...»

Juan insinuó:

—Te ruego que te calles.

Ella dijo furiosa y descompuesta:

—¡Que me calle! ¿Por qué? ¿Hay algún moribundo?

Juan repuso:

—No turbes el goce que nos ofrece la quietud luminosa del paisaje.

Replicó la mujer, vomitando una sarta imbécil,





odiosa, con salpicaduras de reproches inauditos, con reeriminaciones intempestivas y lágrimas al final. De todo hubo.

Se retiraron. Juan la dejó desfogarse, sin contradecirla, sin atenderla, sumergido en la contemplación de la Naturaleza.

Y á los tres meses luchaba por sacudir aquellas ligaduras invencibles é invisibles. Ella le retenía, le oprimía, le martirizaba. Hubo altercados vio-

lentos, injurias reciprocas y hasta golpes brutales.

Al cabo, él se propuso terminar aquello, separarse á toda costa, romper las cadenas; vendiendo todas las obras que pudo terminar (no era muy famoso aún), y entrampándose con los amigos, reunió veinte mil francos; los puso una mañana sobre la chimenea con una carta, despidiéndose, y se fué á refugiar en mi casa.

Por la tarde llamaron á la puerta. Yo mismo abrí. Una mujer, empujándose, arañándose, atropellándose, se precipitó en mi estudio. Era Josefina.

Juan, al verla, se levantó.

Arrojando á los pies de su amante los veinte mil francos, le dijo con acento grave y en actitud gallarda:

—Toma tu dinero. No lo necesito.

La vi pálida, temblorosa, resuelta seguramente á cualquier locura. Él palideció también, exasperado y colérico, decidido acaso á todas las violencias, interrogándola:

—¿Qué pretendes?

Ella respondió:

—Pretendo que no me trates como á una mujerzuela. Me suplicaste. Cedi á tus promesas. Soy tuya, sólo tuya. No he pedido nunca nada. ¿Por qué me abandonas?



Juan dió una patada furiosa en el suelo irguiéndose:

— Abusas de mi prudencia; y si te propones...

Le contuve, diciéndole:

— Calla, y déjame resolver la situación.

Me acerqué á Josefina lentamente, con suavidad; hice todas las reflexiones oportunas. Me oyó inmóvil, con los ojos fijos, indiferente y obstinada.

Por fin, agotando los razonamientos, apelé á un recurso de comedia:

— Te quiere, te adora como antes, ¡criatura! Pero su familia se ha empeñado en casarle... Ya comprenderás...

— ¡Comprendo! — exclamó indignada; y acercándose á Juan, dijo:

— ¿Vas á casarte?

— Sí — respondió él con soberbia.

Josefina se adelantó, provocadora, y diciendo:

— Si te casas... ¡me mato!... ¡Ya lo sabes!

Juan encogióse de hombros, para responder:

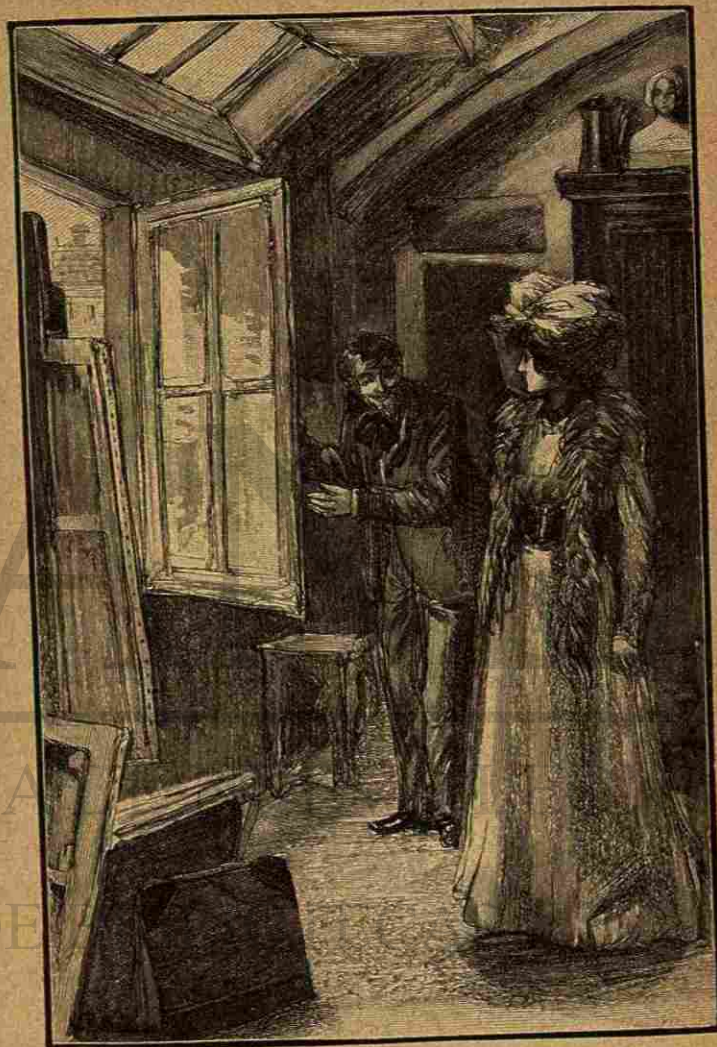
— Puedes hacerlo cuando gustes.

Con angustia, con espanto, ella balbuceó:

— ¿Qué dices?... ¿Qué dices?... ¡Repítelo!

— Que puedes hacerlo cuando gustes.

Josefina repuso, pálida y descompuesta:





—Si me provocas, ahora mismo, aquí, me arrojaré por la ventana.

Riendo, Juan, adelantóse, abrió la ventana, y saludó, como una persona que hace finuras para ceder el paso á otra, y diciendo:

—Adelante.

Josefina le miró un segundo con los ojos encendidos, terribles, desesperados. Luego, tomando carrera, como para saltar una valla en el campo, cruzó ante mí, junto á él, y pricipitándose rápidamente sobre la balastrada, cayó...

Nunca podré olvidar el efecto que me produjo aquella ventana, cuando hubo desaparecido tras ella el cuerpo de Josefina. Me pareció verla rasgarse, abrirse anchurosa como el espacio vacío. Y retrocedí, como si temiese que me tragara su boca siniestra.

Juan, horrorizado, quedóse inmóvil.

Unos hombres la subieron, con las dos piernas rotas, imposibilitada para siempre.

Su amante, acosado por el remordimiento y tal vez agradecido á la terrible prueba de amor, la hizo su esposa.

Esta es la verdad.

\*  
\* \*

Caía la tarde. Sintiendo frío, ella quiso volver á casa; el criado empujó de nuevo el cochecillo y el pintor andaba junto á su mujer, sin que hubieran cruzado ni una palabra en una hora.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



## LA CONFESIÓN

CUANDO el capitán Héctor María de Fontesme se casó con Laurina de Stella, los parientes y amigos creyeron que sería una mala boda.

Laurina, preciosa, espigada, rubia, débil y viva, tuvo desde los doce años el aplomo de una mujer de treinta. Era una de esas precoces parisienses que al nacer conocen por intuición toda la ciencia de la vida, con todos los engaños femeniles, con todas las audacias del pensamiento, con esa insondable astucia y esa facilidad de comprensión características de ciertas personas que parecen predestinadas a la burla y al engaño, aunque muchas veces no suceda tal cosa. Cuanto hacen se juzga premeditado; se considera calculada siempre su conducta y sus frases cuidadosamente premeditadas; su vida toda parece un papel de comedia bien estudiado.

Era encantadora; muy risueña; reía sin poder



contenerse ni calmarse cuando consideraba una cosa divertida ó chusca. Reía imprudentemente á las narices de todo el mundo, pero con tanta gracia, que nadie se incomodaba jamás.

Era rica, muy rica. Un clérigo sirvió de intermediario para que se casara con el capitán de Fontesme. Educado éste con la mayor austeridad en un colegio de frailes, había llevado al regimiento las costumbres del claustro, principios muy rígidos y de absoluta intolerancia.

Fontesme asemejábase á uno de esos hombres que llegan indefectiblemente con el tiempo á santos ó á nihilistas, en cuyos cerebros ciertas ideas ejercen un poder absoluto, cuyas creencias son inflexibles y cuyas resoluciones son inquebrantables.

Era un guapo mozo, moreno, formal, cándido y de alma sencilla, de no muchos alcances y obstinado; uno de esos hombres que viven años y años y mueren sin haber conocido más que lo exterior de la vida, sin adivinar nada, sin sospechar nada, y que no admiten que se piense, que se juzgue, que se crea ó que se obre de manera distinta de como ellos lo hacen.

Laurina le vió, le comprendió en seguida y le aceptó para marido. Hicieron un excelente matrimonio. Ella supo mostrarse tal como debía ser,

siempre dispuesta para las obras piadosas y para las diversiones, asidua en la iglesia y en el teatro, social y rígida, y cuando hablaba con su grave marido, se notaba en sus frases una ligera ironía y en



sus ojos un brillo especial. Le contaba sus empresas caritativas, sus conversaciones con los curas de la parroquia; y aprovechando la ocasión de tan piadosos empleos, estaba siempre fuera de casa.

Algunas veces, mientras refería un acto de caridad, con movimiento brusco, nervioso, irresistible,



de pronto reía sin poder contenerse. El capitán quedaba sorprendido, inquieto, y al verla ya tranquila, preguntaba:

—¿Qué te ha sucedido?

—Nada, nada— respondía ella—; he recordado de pronto una cosa que tiene mucha gracia. Verás. Y contaba una historia cualquiera.

Pero, en el año de 1883, el capitán Héctor de Fontesme tuvo que acudir á las maniobras del Cuerpo de Ejército á que pertenecía.

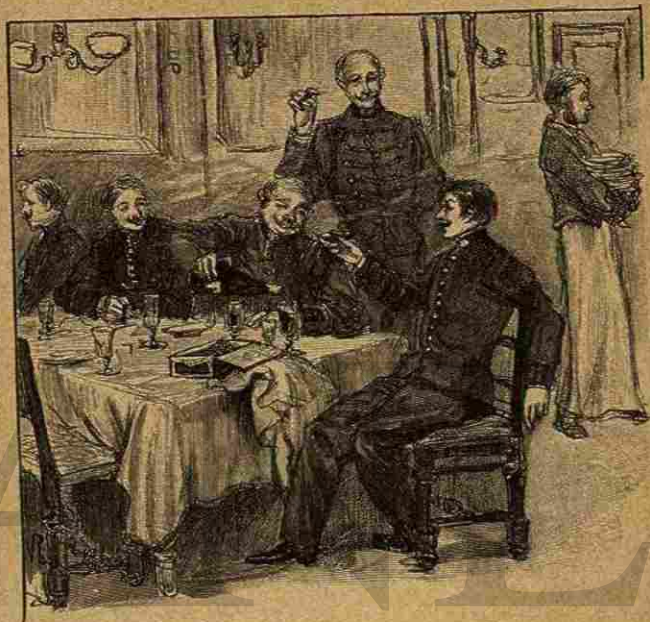
Una noche que acampaban cerca de una ciudad, al décimo día de marchas y contramarchas al sol, y de dormir en la tienda de campaña, de fatigarse y de sufrir privaciones, los camaradas del capitán resolvieron comer espléndidamente.

Desde luego Héctor Fontesme se negó á tomar parte en la fiesta, pero viendo que su negativa extrañaba, se adhirió á los demás.

Su vecino de mesa, el comandante Favré, hablándole de operaciones militares, único asunto que interesaba al capitán, le servía vino con frecuencia.

Había hecho un día muy caluroso, muy pesado, y el capitán bebía sin reparar que poco á poco se alegraba, que iban despertando en él deseos desconocidos, incomprensibles atrevimientos.

A los postres ya estaba borracho. Hablaba, reía,



se agitaba, dominado por una borrachera tumultuosa, la más común entre hombres ordinariamente prudentes y tranquilos.

Decidieron ir al teatro y él fué con sus camaradas, uno de los cuales reconoció á una actriz de quien había sido amante; y organizaron una cena para invitar al personal femenino de la compañía.

El capitán despertó á la mañana siguiente en una



alcoba desconocida y en brazos de una rubia, que le dijo viéndole abrir los ojos:

—Buenos días, amigo.

Al principio no comprendió lo que le pasaba; luego, poco á poco, fué hilvanando memorias de lo sucedido.

Se levantó sin decir ni una palabra, vistióse y dejó sobre la chimenea todo el dinero de su portamonedas.

Se avergonzó de sí mismo al verse de uniforme allí, en una pobre alcoba sucia é indecente, al bajar la escalera cruzándose con los vecinos, al pasar por delante del portero, y, sobre todo, al salir á la calle y exponerse á las curiosas miradas de los transeúntes.

La rubia le decía:

—¿Pero qué te sucede? ¿Te has vuelto mudo? Bien charlabas ayer. ¿Por qué te has enfadado?

El capitán la saludó ceremoniosamente, y como quien huye, volvió á su domicilio temiendo que se le conociera en la cara y hasta en los modales, que había pasado tan vergonzosamente aquella noche.

Le atenazó el remordimiento, un remordimiento perturbador de hombre rígido y escrupuloso.

Confesó y comulgó; pero ni aun así estaba tranquilo, porque le perseguía su decepción y algo se-



UNIVERSIDAD BAYAMON  
BIBLIOTECA BAYAMON  
"ALFONSO REYES"  
MONTREY, MEXICO



mejante al sentimiento de una deuda, una deuda sagrada que hubiera contraído con su mujer, á la cual sólo vió pasados muchos días, porque se había ido á casa de sus padres cuando él se fué á las maniobras.

Laurina volvió con los brazos abiertos y la sonrisa en los labios. El capitán la recibió encogido como un culpable, y hasta la noche apenas habló con ella.

En cuanto se hallaron solos, la mujer le preguntó:

—¿Qué te sucede?

—Nada, no me sucede nada.

—Sí, te conozco muy bien; tienes alguna preocupación, algún disgusto.

—Sí; tengo una preocupación.

—¿Qué será ello?

—No sabría cómo decírtelo.

—Acabarás intranquilizándome.

Laurina fué á sentarse mientras él paseaba desde un extremo á otro, evitando las miradas de su mujer, y ésta prosiguió:

—Es necesario que yo te confiese; tengo derecho á saber la verdad, y es un deber en mí enterarme de lo que te preocupa. No puede haber secretos entre los dos.

Sin atreverse á mirarle de frente y acercándose á la ventana, el capitán dijo:

—Hay cosas de las que no se debe hablar. Lo que ahora me preocupa, más vale callarlo.

Laurina se levantó, acercándose á él, y cogiéndole de un brazo, le obligó á mostrar la cara; luego le puso las manos en los hombros, y sonriente, atractiva, mirándole con fijeza, murmuró:

—Tú no debes ocultarme nada. Si continúa tu silencio, pensaré que hiciste algo muy punible.

—Sí, algo muy punible.

Y ella exclamó con alegría:

—¿Mucho? ¿Mucho? Ahora tengo más ganas de saberlo.

—Es inútil insistir; no te diré ni una palabra más.

Laurina, empujándole hasta un sillón, le hizo sentarse, y cayendo encima de sus rodillas, le besó rápidamente, murmurando:

—Si no me lo dices, reñiremos.

Angustioso y abrumado por el remordimiento, el capitán balbuceó:

—Si te lo dijera, no me lo perdonarías jamás.

—Al contrario, te perdonaría inmediatamente.

—No es posible.

—Te lo prometo.

—Yo repito que no es posible.





—Te juro que te perdono.

—No jures, Laurina, sin saber lo que juras.

—Eres inocente. Y te llamo inocente por no llamarte bobo. Negándote á decirme lo que has hecho, me das motivo

para suponer verdaderas abominaciones que me preocuparán siempre; y tu silencio te hará más odioso que tu confesión; mientras que si hablastes francamente, mañana ya no me acordaría.

—Es que...

—Pero ¿qué?

Ruborizándose hasta las orejas el capitán, dijo lentamente:

—Me confieso contigo

como con un sacerdote, Laurina.

La mujer sonrió con la sonrisa un poco burlona que se dibujaba en sus labios al oírle hablar tan serio, y dijo:

—Soy toda oídos.

—Ya conoces mi sobriedad; no bebo más que un poco de vino en el agua, sin probar nunca licores; ya lo sabes.

—Ya lo sé.

—Pues bien; figúrate que al terminar las maniobras, dejándome seducir por los compañeros, una noche bebí; me hallaba tan alterado, tan fatigado, tan aburrido...

—¿Y os emborrachásteis?

—No te lo niego.

—Es una cosa fea. ¡Emborracharse un hombre como tú!...

Y añadió con tono severo:

—¿Completamente borracho?

—Completamente, no. Perdí la conciencia, pero no perdí el equilibrio. Hablé, reí... Estuve loco.

El capitán callaba y ella preguntó:

—¿No hiciste otra cosa, que hablar y reír descompasadamente?

—¡Si no hiciera otra cosa!

—¿Qué hiciste?

—Una infamia.

Laurina le miró con inquietud, preocupándose ya, conmovida tal vez.

—Díme lo que hiciste.



— Habíamos cenado con... unas mujeres... No sé cómo fué... Laurina... pero...

Al comprender lo que había hecho su marido, brilló en los ojos de Laurina una expresión alegre, irresistible.

— ¿Tú me... me... me... has engañado?

Y una risita seca, nerviosa, rebosaba en sus labios ahogando sus palabras.

Quiso emplear un tono grave, pero no la fué posible; la risa palpitando en su garganta, pugnaba por salir. Tapándose con una mano la boca, intentaba calmarse; pero la risa, escapando entre sus dedos, la sacudía, la vencía, bien á su pesar.

— ¿Me... me... me has engañado? ¡Ah!... ¡ah!... ¡ah!... ¡ah!... ¡ah!...

Y riendo estrepitosamente, le miraba con expresión burlona, dejando al capitán asombrado, hecho una pieza.

Reía, reía, como si padeciera un ataque de nervios. Suspiros agudos y entrecortados le salían del pecho á la boca, y sujetábase la cintura, porque sus accesos de risa lastimaban como accesos de tos.

Cada esfuerzo que hacía para calmarse, daba lugar á una nueva carcajada, y cuando se contenía para decir algo, en vez de hablar, reía más fuerte.

— Me... me... me... ¡Ah!... ¡ah!... ¡ah!... ¡ah!...



El capitán, muy serio, se levantó, dejándola sentada; y de pie, frente á ella, pálido y descompuesto, dijo:

— Laurina, me parece que vas estando inconveniente.

Ella balbuceó con dificultad, sin dejar de reír.

— Qué... quieres... yo... no... quisiera... Tiene... mucha... gracia... eso... ¡Ah!... ¡ah!... ¡ah!... ¡ah!...

Lívido y con los ojos clavados en ella, el capi-



tán, dominado sin duda por un pensamiento extraño, hizo intención de hablar; pero no hallando las frases que buscaba, en silencio, se fué dando un portazo.

Laurina, sin preocuparse, y tal vez sin reparar siquiera su actitud, reía bárbaramente; agotando sus fuerzas, apagábanse las carcajadas agonizantes, pero de cuando en cuando, revivían como las llamas de un incendio casi extinguido.



## DIVORCIO

EL señor Bontran—abogado parisién, que goza de gran fama en asuntos de divorcio, realizando todos los que plantea, y devolviendo así la paz á muchos cónyuges malavenidos—abrió la puerta de su despacho para dejar pasar á un nuevo cliente, un hombre sanguíneo, vigoroso, barrigudo, muy colorado y con patillas rubias y espesas.

—Siéntese usted —le dijo el abogado.  
El cliente se acomodó en una silla, y, después de toser, empezó á hablar:

—Vengo á preguntarle si quiere defenderme para un caso de divorcio.

—Hable usted, caballero; ya escucho.

—Caballero, soy notario retirado.

—¿Ya?

—Sí, ya. Tengo treinta y siete años.

—Continúe.



—Me casé desdichadamente, muy desdichadamente.

—No es el único.

—Ya lo sé, y compadezco á los demás; pero mi caso es asombroso, y las quejas que alego contra mi



mujer son especiales. Empezaré por el principio. Me casé de un modo extraño. ¿Cree usted en ideas malignas?

—¿Qué quiere decir?

—¿En que ciertas ideas resulten peligrosas para ciertos espíritus, como los venenos para el cuerpo?

—Es posible.

—Sin duda. Hay ideas que nos corroen, nos enloquecen, nos matan, cuando no sabemos resistirlas;

una especie de filoxera de las almas. Cuando tenemos la desgracia de consentir que una de estas ideas nos preocupe, si no reparamos desde un principio que es una invasora, una dominadora, una tirana, que se apodera poco á poco de nosotros, qué se instala y arroja de nuestro cerebro todas las demás preocupaciones acostumbradas, absorbe toda nuestra atención y cambia los puntos de vista de nuestro razonamiento, ¡estamos perdidos!

¡Y tan perdidos! Así me ocurrió, caballero. Yo era, como ya dije, notario en Roan. Mi vida era modesta, no pobre ni angustiada; pero veíame precisado á realizar economías y á limitar mis caprichos, todos mis goces. A mi edad esto es desagradable.

Como notario, leía con atención los anuncios de cuarta plana de los periódicos, ofertas y demandas, correspondencias íntimas, etc., etc. Por este medio había proporcionado muchas veces á mis clientes bodas muy ventajosas.

Un día leí:

«Una señorita hermosa, bien educada y distinguida, con dos millones y medio de francos, desea contraer matrimonio con un hombre honrado. No trata con agencias.»

Precisamente aquel día comí con dos amigos, un abogado y un fabricante. No sé cómo la conversa-



ción giró acerca de casamientos, y riendo, les habló de la señorita con los dos millones y medio.

El fabricante dijo: «¿Qué son esas mujeres?»

El abogado conocía muchos matrimonios excelentes hechos por semejante procedimiento; dió minuciosos detalles, y luego, mirándose á la cara, me dijo:

—¿Por qué no estudias ese asunto para tí? Con dos millones y medio de francos no pasarías apuros.

Reímos grandemente, y hablamos de otra cosa.

Estaba fría la noche cuando me retiré. Yo vivía en una casa vieja, en una de esas casas de provincias que parecen fresqueras. Al poner una mano en la barandilla de hierro, un escalofrío me corrió por todo el brazo, y al avanzar la otra, buscando la pared, un segundo estremecimiento me destempló, al sentir un contacto húmedo; y los dos repercutían en mi pecho y me llenaban de angustia, de tristeza, de abandono. Entonces murmuré impresionado por un repentino recuerdo:

—¡Cristo, si tuviera los dos millones!

Mi alcoba era desahogada. Una alcoba de soltero al cuidado de una pobre mujer que guisa y hace la limpieza en un par de horas. La cama sin colgadura, un armario, una cómoda, un lavabo; y sin lumbre. La ropa sobre las sillas, los papeles por el suelo. Co-

mencé á canturrear, aplicándole una música oída en el café concierto, esta letra:

Dos millones,  
dos millones,  
y una mujercita  
muy bonita...  
Esto sí que quita  
preocupaciones.

Por de pronto sólo pensaba en el dinero; pero al sentir el frío de la ropa ya en la cama, pensé también en la mujer.

Pensé tanto en ella, que me costó algún esfuerzo dormirme.

Al día siguiente, despertando antes de que amaneciera, recordé que á las ocho debía estar en Darnetal (un pueblo algo distante), para un asunto de interés. Era preciso levantarse á las seis, y helaba. ¡Cristo!





¡Los dos millones y medio! Estuve de vuelta en mi despacho á las once.

Olía mal todo: el hierro enrojecido de la estufa, el papel de los autos, las botas, las camisas y los abrigos de los escribientes, el pelo y la piel, descuidados en invierno; toda la podredumbre conservada por miedo al agua fría, evaporándose allí á una temperatura de diez y ocho grados.

Almorcé, como todos los días, una chuleta quemada y un pedazo de queso. Luego me puse á trabajar.

Entonces, por vez primera, seriamente me preocupó la señorita de los dos millones y medio. ¿Quién era? ¿Qué me costaba escribirle? ¿Por qué no enterarme?

Abrevio. Durante quince días esta idea insistente me obsesionó; me torturaba. Todos mis aburrimientos y todas las pequeñas privaciones que sufrí hasta entonces, sin darme casi cuenta, me crisparon, haciéndome pensar en la señorita y en su fortuna.

Acabé por imaginarme toda su historia. Cuando el deseo de algo desconocido nos turba, lo imaginamos como nos conviene.

No era muy natural que una señorita bien educada y con dos millones y medio solicitase un ma-

rido en los anuncios de la prensa. Pero podía suceder que aquella joven fuese digna y desgraciada.

Por de pronto esa fortuna de dos millones y medio de francos no me había desvanecido como un sueño fantástico. Estamos acostumbrados los que leemos parecidas ofertas, á proposiciones de matrimonio acompañadas de seis, ocho, diez y doce millones. La cifra de doce millones aparece con frecuencia. Gusta. Claro que se desconfía mucho de tales promesas; pero viéndolas tan repetidas, nos acostumbramos á esos números prodigiosos y nos disponemos á considerar muy posible una dote de dos millones y medio.

Así, pues, una criatura, hija natural de un rico y una criada, heredando bruscamente la fortuna de su padre, podía descubrir al mismo tiempo su triste condición, y por no verse obligada más adelante á revelarla, cuando un hombre la pretendiese, no era ilógico suponer que tratara de unirse á un desconocido por un medio muy usado y que predispone á esperar la confesión de alguna desgracia incorregible.

Mi cálculo era estúpido. Sin embargo, me aferré á esta hipótesis. Los notarios no deberíamos leer novelas; y yo he leído muchas, caballero.



Escribí, como notario, en representación de un cliente, y aguardé.

A los cinco días, y á eso de las tres de la tarde, trabajaba yo en mi despacho, cuando el escribiente me anunció:

—La señorita Chatefrise.

—Dígale que pase.

—Y entró una mujer de treinta años próximamente, bien formada, morena y algo cohibida.

—Haga el favor de tomar asiento, señorita.

Sentándose, murmuró:

—Yo soy, caballero.

—Pero, señorita, no tengo el gusto de conocer...

—Soy la persona á quien usted ha escrito.

—¿Para un matrimonio?

—Sí, caballero.

—¡Ah! Perfectamente.

—Vine, porque resulta siempre mejor hecho lo que se hace uno mismo.

—Sin duda, señorita... ¿Usted desea casarse? Dígame.

—Sí, caballero.

—¿Tiene usted familia?

Creí adivinar alguna indecisión; luego, bajando los ojos dijo:

—Mi padre, mi madre... han muerto.

Sentí un estremecimiento. Era cierta la historia inventada por mí. De pronto simpatiqué con la desgracia de aquella criatura. No insistiendo, por no turbarla ni herir su sensibilidad, añadí:

—¿Puede usted, señorita, disponer libremente de su dote?

Sin dudar y con entereza me respondió:

—Sí, caballero.

La miré atentamente, y en verdad, no me disgustaba. Era menos joven y menos fresca de lo que al principio supuse; pero no me disgustaba. Se me ocurrió hacer una comedia sentimental, fingirme de pronto enamorado, suplantar á mi cliente... desde que me asegurase de la existencia de la dote. Hablé de mi cliente, pintándole como un hombre triste, muy honrado y enfermizo.

Ella exclamó vivamente:

—¡Ah, caballero! Me gustan las personas de buena salud.

—Usted le verá pronto... dentro de tres ó cuatro días. Antes no es posible, porque se fué á Inglaterra.

—Me contraría esa dilación!

—Tan poco tiempo... ¿Necesita usted volver á su casa inmediatamente?

—Inmediatamente... no.



—Aguárdele. Yo trataré de conseguir que no se aburra.

—Usted es muy amable, caballero.

—¿Se hospedó usted en un Hotel?

Ella nombró el mejor Hotel de Roan.

—Pues bien, señorita. ¿Permite usted á su futuro... notario que la invite á comer esta noche?

Calló, inquieta, indecisa y acaso temerosa; luego, tomando una resolución, dijo:

—Acepto.

—A las siete iré á buscarla.

—Yo le aguardaré.

—¿Hasta luego?

—Hasta luego.

Y la acompañé hasta la puerta.

\*  
\*  
\*

A las siete fui al Hotel. Ella me aguardaba muy compuesta, y me hizo los honores con mucha coquetería.

La llevé á un restaurant y elegí platos perturbadores.

Una hora después éramos amigos, y ella me contaba su historia. Hija de una señora seducida por un caballero, la educaron en casa de unos campe-

sinos. Su fortuna procedía de su padre y de su madre—habiéndolos heredado á su muerte—, cuyos nombres jamás pronunciaría. Como al fin y al cabo esos nombres me interesaban poco, indagué solamente lo de su fortuna. Ella me habló (como habla una mujer práctica, segura de sí, acostumbrada á los números) de los títulos, de las rentas, de los intereses y de las negociaciones. Su competencia en estos asuntos me inspiró mucha confianza, y estuve con ella galante, aunque prudentemente, lo necesario para demostrarle que me agradaba.

Ella coqueteó con bastante salero. Le ofrecí champagne, bebimos y se turbaron mis ideas. Comprendí que me propasaba más de lo justo, y tuve miedo; miedo por mí, por ella; temí enterecerla demasiado y llegar á un extremo inconveniente. Para calmarme, volví á preguntar por la dote, cuya existencia sería preciso comprobar, porque mi cliente, hombre de negocios, no se fiaría de palabras.

Ella contestó alegremente:

—Me lo figuro. Y tengo todas las pruebas.

—¿Aquí en Roan?

—Sí, en Roan.

—¿Las tiene usted en el Hotel?

—Claro.

—¿Puede usted enseñármelas?



- Cuando usted quiera.
- Esta misma noche.
- No tengo inconveniente.

Esto era de todos modos mi salvación. Pagué la cuenta y fuimos al Hotel.

En efecto, ella mostró sus títulos. No era posible dudar. Los vi, los toqué, los palpé, los leí. Esto me alegró tanto, que sentí vivos deseos de besarla. Claro, un deseo casto de hombre alegre. Y la besé una vez, dos, cuatro, veinte... y el champagne me ayudaba... La besé tanto, que al cabo... Sucumbí... Digo... Más bien... ella sucumbió.

¡Ah, caballero!... ¡Cómo quedé al darme cuenta de mi audacia y cómo quedó ella! ¡Oh! Ella, vertiendo más llanto que una fuente, me rogaba que no la traicionase, que no la perdiese. Le prometí cuanto quiso, y me retiré luego con una tensión insopor- table.

¿Qué hacer? Había abusado de mi cliente. Y esto no tendría importancia si lo del cliente fuera verdad; pero no habiendo tal cliente... era yo el cliente, sí, yo mismo el cliente necio, el cliente burlado, burlado por mí. ¡Qué situación! Pude abandonarla, es verdad; ¡pero la dote, aquella dote palpable, segura, hermosa!... Y además, ¿tenía yo derecho a dejarla después de haberla vencido por sorpresa? Y si car-

gaba con ella, ¡cuántas inquietudes para el porvenir! ¡Qué poca seguridad con una mujer que sucumbía tan fácilmente!

Pasé una terrible noche de indecisión torturado



por los remordimientos, acosado por los temores, trastornado por los escrúpulos. Por la mañana recobré la razón y la tranquilidad. Me vestí cuidadosamente, y a las once me presenté en el Hotel



donde la señorita de los dos millones y medio habitaba.

Cuando ella me vió, ruborizóse hasta los ojos.

Yo le dije:

—Señorita, sólo una cosa puedo hacer para reparar mis abusos. Vengo á pedir á usted su mano.

Ella balbuceó.

—Concedida.

Y nos casamos.

\*\*\*

Todo fué bien durante seis meses.

Traspasé mi notaría, viviendo como un capitalista, sin tener motivo para reprochar á mi mujer la menor cosa.

Sin embargo, poco á poco fui advirtiendo que, periódicamente, mi mujer pasaba muchas horas fuera de casa. Una semana el martes, y á la otra el viernes, alternando.

Creyendo que me burlaba, la seguí.

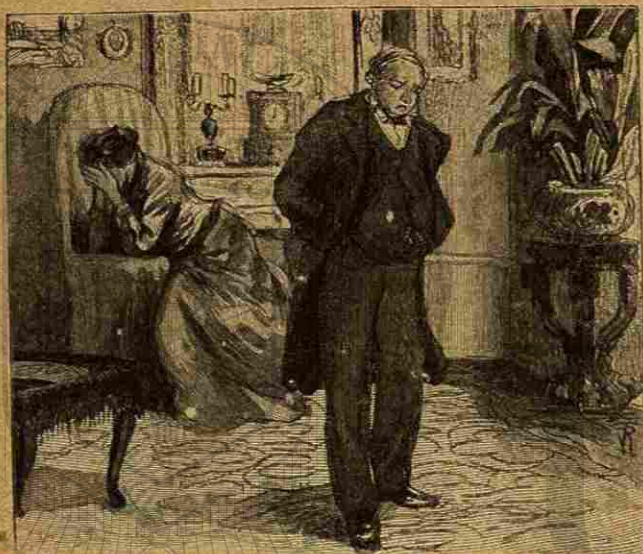
Era un martes. A eso de la una salió á pie; bajando por la calle de la República torció á la derecha, tomando por la calle del Puente Grande hacia el Sena, bordeólo hasta el Puente de Piedra; y atravesó el río. Desde aquel instante me pareció sentirla inquieta, volviéndose á cada momento, observando á los transeuntes.



Como yo iba disfrazado de carbonero, no me conocí.

Al fin, decidiéndose, dirigióse á la Estación del





ferrocarril. Yo no dudaba; su amante llegaría en el tren de la una y cuarenta y cinco.

Oculto detrás de una vagoneta, esperé. Un silbido... una nube de viajeros... Mi mujer avanza, corre, toma en brazos una chiquilla de tres años, acompañada por una campesina, y la besa con pasión. Luego se vuelve, se fija en otra criatura menor que otra campesina lleva, se arroja besándola violentamente, y se va entre las dos criaturas y

sus nodrizas hacia un largo y sombrío paseo, el Parque de la Reina.

Vuelvo á mi casa con angustia, comprendiendo y no comprendiendo lo que había visto, adivinando y esforzándome por no sospechar.

Cuando ella vuelve, á la hora de comer, le salgo al encuentro vociferando:

—¿Qué son aquellos niños?

—¿Qué niños?

—Lòs de la Estación.

Dando un grito se desmaya; y al volver en sí, entre un diluvio de lágrimas, confiesa que tenía cuatro hijos. Dos para los martes, dos niñas, caballero, y dos para los viernes, dos niños.

Aquello era, ¡qué vergüenza!, el origen de su fortuna. Los cuatro padres... Y ella reunió así la dote.

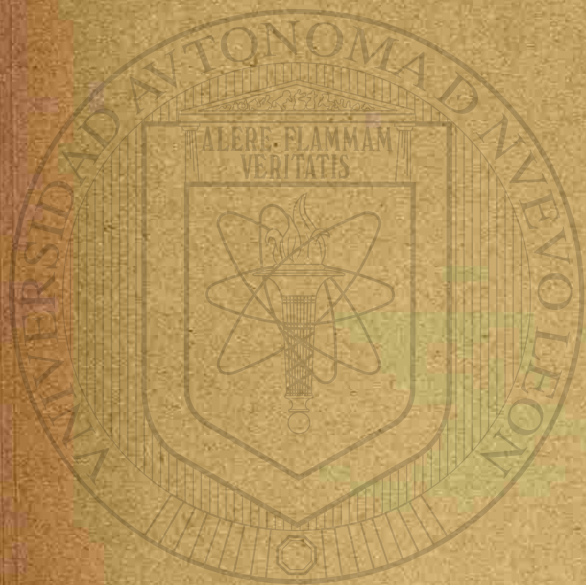
Ahora que ya está enterado, señor mío, dígame, ¿qué me aconseja?

El abogado respondió gravemente:

—Reconozca usted á esas criaturas, caballero.







UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## EL DESQUITE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RIVERA"

I

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL SEÑOR DE GARELLE, sólo, hundido en un sillón.

«Héteme aquí, en Cannes, viudo, es decir, soltero; es decir, ¡libre! ¡divorciado! ¡Qué alegría! En París no me daba cuenta... De viaje, ya es otra cosa; no tengo motivos para compadecerme; al contrario.

¡Y mi mujer se ha vuelto á casar!

¿Será feliz mi sucesor? Debe ser un imbécil... Yo también fui un poco imbécil cuando me casé con ella... Y tiene buenas cualidades... físicas; pero muy buenas, muy apetecibles. En cuanto á lo moral, dejaba mucho que desear.

Qué mentirosa, qué redomada, qué veleta... ¡Y qué atractiva para todos los que no están casados con ella!



¿Habré sido burlado? ¡Qué tormento, hacerse la misma pregunta un día y otro, sin obtener la menor certeza!

¡Los paseos que yo he dado para sorprenderla, sin descubrir nada jamás! En todo caso, aunque haya sido burlado, ya no lo soy, gracias á la benéfica ley de divorcio. La cosa es muy sencilla. Con un látigo y unas agujetas en el brazo derecho, salí de apuros; y además, tuve la satisfacción de zurrar, hasta saciarme, á una mujer que probablemente me habría engañado.

¡Qué paliza! ¡Vaya una paliza!

*(Se levanta riendo, pasea, luego vuelve á sentarse.)*

Es verdad que los jueces han dictado el divorcio contra mí, pero ¡qué paliza!

¡Bueno! Pasaré una temporada en el Mediodía, como un soltero. ¡Qué gusto! ¿No es un goce viajar con la eterna esperanza de un amor inesperado? ¿Qué mujer encantadora me sorprenderá con su presencia en el comedor, en un pasillo del Hotel ó en la calle?

¿Cómo es la que me abrirá los brazos mañana ó la que yo pretenderé furiosamente? ¿Cómo serán sus ojos y su boca y su pelo y su risa? ¿Dónde se halla la primera que me ofrecerá sus labios mien-

tras yo la oprima contra mi corazón? ¿Es rubia ó morena? ¿Es alta ó menuda? ¿Es alegre ó melancólica? ¿Es gorda ó...? ¡Será gorda!

¡Oh! ¡Cuánto compadezco á los que no gozan el encanto exquisito del que aguarda como yo! La mujer que ahora deseo es *la Desconocida*, la que llena mi corazón sin que mis ojos adivinen siquiera sus formas, la que me seduce con todas las perfecciones imaginadas. ¿Dónde la encontraré? ¿Aquí mismo? ¿Acaso me aguarda junto á la puerta? ¿Estará lejos aún? ¡Qué importa, mientras ardo en deseos y estoy seguro de hallarla! Si; la encontraré hoy ó mañana, en seguida ó más adelante; pero, la encontraré. ¿Cómo dudarlo?

Y gozaré la dicha incomparable del primer beso, de las primeras caricias, toda la embriaguez de amorosos descubrimientos y todo el misterio de lo inexplorado ¡tan deliciosos! ¡Ah! los idiotas que no comprenden la sensación adorable de un velo que se alza por vez primera... ¡Oh! los idiotas que se casan... como ese que me substituye... cuando ya...

¡Caramba! ¡Una mujer!

*(Atraviesa la galería una mujer elegante, fina, esbelta.)*

¡Hola, hola! ¡Buen cuerpo! ¡Y buenos andares! Falta saber si la cara... Cuando vuelva...

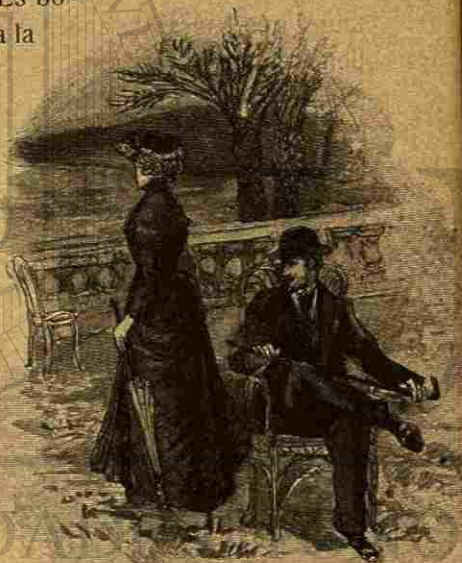


*(Pasa de nuevo; él consigue verla de frente, pero ella no repara en él, embutido como está en la butaca...)*

¡Jesucristo! ¡Mi esposa!... No... ya no es mía. ¡La esposa de Chantever! Es bonita, pero muy bonita la condenada.

Me dan tentaciones de... ¡casarme otra vez con ella! ¡Bueno! ¡Ahora se ha sentado y coge un periódico! No chisto.

¡Mi mujer! ¡Qué impresión tan extraña me ha producido! ¿Mi mujer? Hace más de un año que no la gozo... Y tiene condiciones físicas admirables... ¡una hermosa pantorrilla! Sólo de pensarlo me dan calambres... ¡Y un pecho, tan bien modelado!... ¡Uf! Durante nuestra luna de miel hacíamos el ejercicio: ¡Izquierda!, ¡Derecha!,



¡Izquierda!, ¡Derecha!—¡Qué pecho cuando se perfila! ¡y de frente!

Pero ¡qué mala pécora!

¿Tuvo amantes? ¡Lo que me hicieron sufrir las dudas! Ahora ¡bah! me importa poco.

No he visto una criatura tan encantadora cuando sube á la cama. ¡Cómo apoyaba la rodilla, inclinándose hacia delante! ¡cómo se deslizaba entre las ropas!

Me vuelvo á enamorar de mi mujer, por lo visto...

¿Y si me acercase y la dirigiese la palabra? Pero, ¿qué voy á decirle?

Además, ella puede pedir socorro si recuerda la paliza... ¡Qué paliza! Confieso que me dejé dominar por la soberbia... Fué demasiado.

¿Me dirijo á ella? Tendría gracia, después de todo. Es un atrevimiento... Si, me decido; y aún es posible que logre... Ya veremos.







II

**A** CERCASE á la elegante señora, la cual está muy abstraída leyendo el «Gil Blas». El señor de Garelle habla con mucha dulzura.)

—Me permite usted, señora, que la recuerde...

(La señora levanta la cabeza, da un grito y quiere huir. El, impidiéndolo, habla humildemente.)

—No tema, señora; ya no soy el marido.

—Y ¿se atreve usted?... ¡Parece mentira, después de lo que ha pasado!

—Me atrevo... relativamente. No me atrevo, no. Explíquesele usted como quiera. Cuando la vi, procuré contenerme... y no pude... Me ha sido imposible no acercarme.

—Para burla, es pesada y dura demasiado.

—No me burlo, señora; no es burla.

—Será empeño; tal vez una sencilla insolencia.

Un hombre que pega á su mujer, es capaz de todo.

—Es usted implacable conmigo. Me parece que

no debiera reprocharme usted, señora, un arrebato que lamento. Esperaba que me lo agradeciera.

—(Estupefacta.) ¿Se ha vuelto usted loco? ¿Se burla de mí, groseramente!

—No, de ningún modo; y es preciso que sea muy desgraciada, para no comprenderme.

—Hable usted claro y le comprenderé.

—Si fuera usted muy dichosa con el que ocupa mi lugar, me agradecería la violencia que autorizó el divorcio.

—Extrema usted demasiado su ironía. Váyase; no tenemos nada que decirnos.

—Reflexione y verá cómo es cierto: si yo no hubiese cometido la infamia de zurrarla, esta-





ríamos aún amarrados á un yugo insoportable.

—¿Acaso tenga usted razón!

—¿Ya se convence? Vea cómo no merezco tanta esquivez...

—Me desagrada su presencia.

—Respecto á usted me sucede todo lo contrario.

—Esas galanterías me repugnan tanto como sus brutalidades.

—Señora, sin derecho á maltratarla, debo forzosamente mostrarme delicado...

—Valga la franqueza. Pero si fuera usted atento como dice, se iría.

—No extremo hasta ese punto el deseo de agrardarla.

—¿Quiere decirme claramente su pretensión?

—Hacerme perdonar mis errores, en el supuesto de que lo fueran.

—(Indignada.) ¿Cómo? ¡En el supuesto de que lo fueran! ¿Su comportamiento brutal puede tener disculpa?

—Puede tenerla.

—¿Qué dice?

—Señora: usted conoce la comedia *Cornudo y apaleado*. Fui, ó no fui cornudo, pero apaleado...

—(Levantándose.) ¡Me insulta!

—La ruego que me oiga un minuto. Yo estaba

celoso, muy celoso; esto prueba que la quería. Cometí un exceso brutal; otra prueba de mi cariño. Y como la brutalidad llegó al colmo, cegándome, no hay duda posible de mi apasionamiento. Pero lamentaría mucho haberla zurrado siéndome fiel.

—No lamente nada.

—Su respuesta es un poco ambigua. ¿Quiere usted decir que desprecia mi piedad, ó que no la merece? Siendo innmerceda la piedad, serían bien merecidos los golpes, y si la desprecia...

—Piense usted como guste.

—Ya comprendo: por gracia de usted, señora, he sido cornudo.

—No. ¿Qué dije yo para que usted lo deduzca?

—Decir, nada; pero darlo á entender...

—Dí á entender que no admito su piedad.

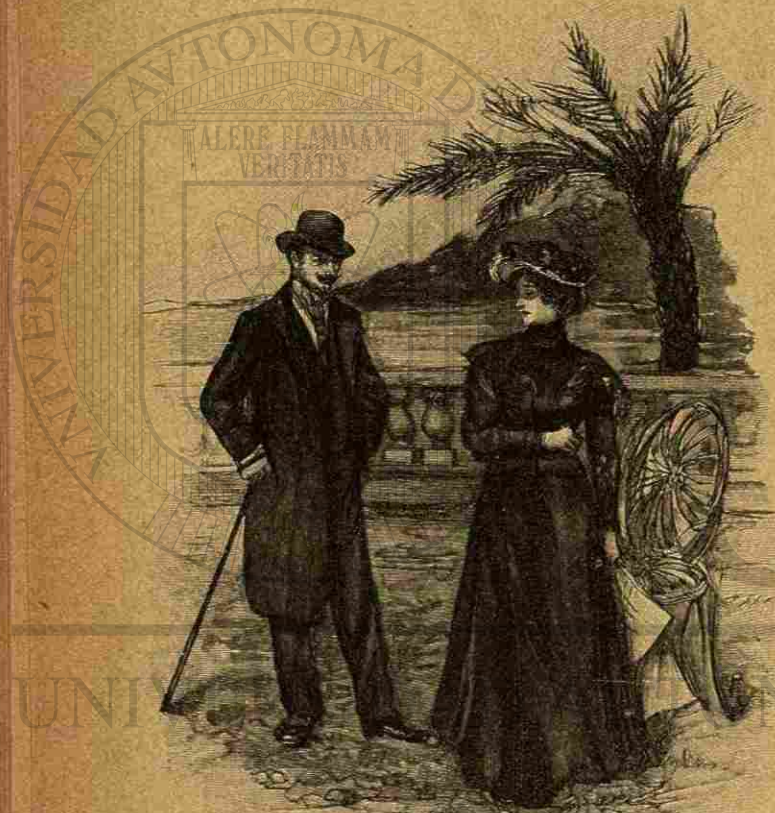
—No hagamos juegos de palabras, y dígame sencillamente, que yo era...

—(Interrumpiéndole.) No repita usted una vez más el calificativo infamante que me subleva y me repugna.

—Del nombre se puede prescindir, pero no del asunto. Confiese la verdad.

—¡La verdad es que no tengo nada de qué arrepentirme!





—Siendo así, la compadezco sinceramente, y retiro, antes de formularla, mi proposición.

—¿Qué proposición?

—Sólo tenía razón de ser, existiendo el engaño.

—Supongamos que sí. El engaño existe. ¿Qué?

—Suponerlo no es bastante: se necesita confesarlo.

—Pues bien, lo confieso.

—Tampoco basta decir «lo confieso». Es necesario una prueba.

—(Sonriendo.) Pide usted muchas cosas.

—No. Mi proposición revestiría caracteres muy graves. Comprenda usted que debe ser grave del todo este asunto, para que yo me haya permitido hablarla, después de lo que ocurrió entre nosotros: primero mis quejas motivadas por usted, y luego las de usted con motivo de la paliza. Esta proposición, que podía tener para los dos mucha importancia, ninguna ofrece si yo no he sido engañado.

—¿Qué pruebas quiere usted? ¿No basta que yo lo diga? Sí; ha sido engañado.

—Una prueba, una sola ¡irrefutable!

—¿Dónde querrá usted que busque pruebas irrefutables? Ahora de pronto... ni luego, ni nunca.



—Que repita lo que hizo siendo mi esposa. ¡Y entonces, era una dádiva y no una deuda!

—Si yo no me resisto, será usted capaz...

—De todo, porque me gusta usted mucho.

—Entonces, ¿para qué ha servido el divorcio?

—Para revivir el amor.

—Usted nunca me ha querido.

—Ahora estoy dando una prueba de que sí.

—¿Qué prueba?

—¿Cómo, «qué prueba»? Cuando un hombre que ha sido el esposo de una señora se decide luego á ser su amante, prueba que la quiere.

—¡Oh! No confundamos. Casarse, prueba el amor ó el deseo que inspira una mujer; pero solicitar sus favores, como querida, no prueba nada; es decir, prueba el desprecio. En el primer caso, el hombre acepta el amor, con todas las responsabilidades; en el segundo, se deja todo el peso al propietario legítimo y se admiten los goces nada más, y aun éstos, mientras uno quiera... Son cosas muy distintas.

—Razona usted mal. Cuando un hombre quiere á una mujer, no debería casarse con ella, porque seguramente, casada, le burlará, como usted me burló. Mientras que una querida, es fiel á su amante con todo el encarnizamiento que usa para en-

gañar á su marido. ¿Eh? Cuando un hombre quiere asegurar el cariño de una mujer, debiera casarla con otro.

—No deja de tener gracia.

—Deme una respuesta.

—Que... no.

—Bueno: advertiré al señor Chantever.

—¿Contra mí?

—Diciéndole que usted me ha engañado cuando era mi esposa.

—¿Y qué?

—No se lo perdonará nunca.

—¿El?

—¡Claro! ¿Le parece muy tranquilizador saber que la mujer propia se atrevió á engañar á su marido?

—(Riendo.) ¡Qué miedo! ¡Qué miedo! ¡Qué amenaza tan graciosa, Enríque!

(Una voz en la escalera, llamando á Matilde.)

—(Bajando el diapasón.) ¡Mi marido! ¡Adiós!

—(Levantándose.) Quiero acompañarla y presentarme á él.

—No haga usted eso.

—Sí, ¡vaya!

—Por favor...

—Comprométase á pagarme su deuda y la obedeceré.



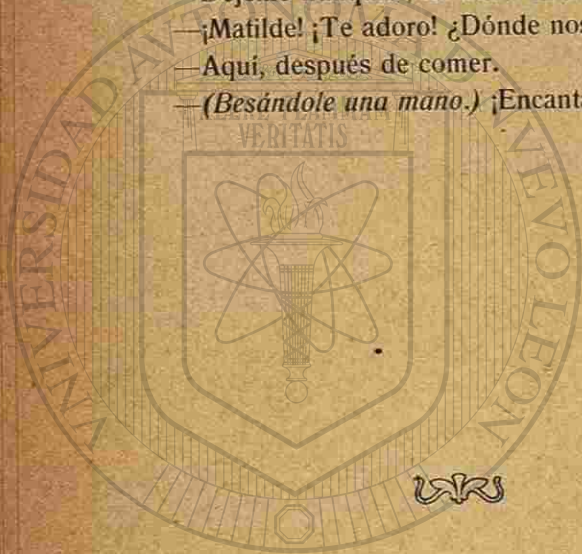
(La voz continúa llamando á Matilde.)

—Déjeme tranquila; no debo nada.

—¡Matilde! ¡Te adoro! ¿Dónde nos veremos?

—Aquí, después de comer.

—(Besándole una mano.) ¡Encantadora!



## III

MATILDE baja corriendo para no impacientar á Chantever, y Garelle se abandona en la butaca, tranquilamente.)

Me gusta más el nuevo papel. Me gusta ella; me gusta engañar á su marido. La deseo más desde que principió á llamarla con ese tono de «señor y dueño» que usan los maridos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







## LA ODISEA DE UNA MOZA

No podré olvidar nunca el suceso que durante media hora me produjo la siniestra sensación de una fatalidad invencible; algo semejante al estremecimiento que produce un pozo de mina. Toqué lo más profundo, lo más recóndito de la miseria humana, y comprendí que no todos podían, aunque lo procurasen, vivir honradamente.

Iba yo desde el teatro del Vaudeville á la calle Drouot, apresuradamente. Una lluvia menuda lo empapaba, lo entristecía todo. Era más de media noche. La calle relucía. Los transeúntes, malhumorados, no miraban á nadie.

Las mozas galantes, con las faldas muy recogidas, guareciéndose y aguardando en los umbrales de las puertas ó atravesando el bulevar, lanzaban á los hombres frases borrosas y estúpidas. Seguían al que juzgaban asequible, apretándose contra él y



lanzándole al rostro su aliento pútrido; convencidas al fin de la ineficacia de sus exhortaciones, se apartaban con un respingo en busca de alguien que las atendiese, moviendo mucho las caderas al andar.

Avanzaba yo, entre los ceceos y piropos de las infelices, detenido por unas y molestado por todas, cuando vi de pronto que tres de ellas corrían como alocadas, alarmando todo el batallón de prostitutas. Unas tras otras corrían, huyendo, con el vestido muy levandó para ir más á prisa. De pronto, un brazo se agarró al mío y una voz turbada murmuró á mi oído:

—Sálveme usted, caballero; no me abandone.

Miré á la moza. No habría cumplido aún veinte años, y su rostro estaba ya marchito.

—No tengas miedo—le dije.

—Gracias, muchas gracias—respondió.

Y pasamos entre los grupos de agentes que iban á caza de palomas nocturnas.

Alejado el peligro, mi compañera me preguntó:

—¿Iremos á casa?

—No.

—¿Por qué? Me hiciste un favor; soy agradecida.

Para que no insistiera, le dije:

—Soy un hombre casado.

—¿Qué importa?

—Basta ya. Te saqué del apuro. Déjame tranquilo.

La calle, desierta y oscura, ofrecía un aspecto siniestro.

Y aquella moza que me oprimía el brazo aumentaba la sensación de tristeza que me invadía. Quiso besarme; la rechacé con horror y con voz severa exclamé:

—¡Sucia!

Noté un impulso de rabia en ella. Luego, de pronto, gimoteó. Yo estaba confuso, enternecido, sin explicarme aquello.

—¿Por qué lloras?

—Si... vosotros no sabéis... No es divertido... no es divertido...

—¿Qué?





—Vivir así... ¡Qué vida!  
—¿Por qué la escogiste?  
—¿Tengo yo la culpa?  
—¿Quién, si no tú?  
—¿Alguien escoge su vida? Nos la dan...  
Me interesó. Hice que me contara su historia.

—A los diez y seis años, en Ibetot, estaba de criada en casa del señor Lerable, comerciante en granos. Mis padres habían muerto; yo no tenía parientes. Mi amo solía mirarme de un modo particular y sus ojos me hacían cosquillas en la cara. Nada podía cogerme de sorpresa; en el campo, los niños lo saben todo.

Mi amo era un viejo rezador, que iba todos los domingos á misa. No le hubiera creído capaz de un abuso. Pero un día entró en la cocina dispuesto á obligarme con violencia. Me resistí. No pudo conseguir nada y se fué.

Frente por frente á nuestra casa, en la tienda de comestibles del señor Dutan, había un dependiente joven y bien parecido. Me agradó y me abandoné á sus ruegos. A cualquiera le pasa otro tanto, ¿no es verdad? Por las noches yo dejaba sin echar el cerrojo de la puerta, y él subía para estar conmigo.

Pero una vez el señor Lerable oyó ruido, y tropezándose con Antonio, quiso matarle. Fué una ba-





talla, y se dieron de firme. Asustada, recogí mi ropa y escapé.

Tenía miedo. Me vestí en el umbral de una puerta. Luego eché calle arriba. Supuse que se matarían y que los gendarmes me buscaban ya. Salí al camino de Roan, suponiendo más difícil que me hallaran en Roan.

Estaba muy oscuro; apenas se veían las acequias. Los perros ladraban. ¡Se oyen tantos ruidos en la soledad y de noche! Hay pájaros que chillan como un hombre á quien le ahogan; otros cuyo canto parece un lamento, y muchos que sobrecogen sin saber por qué. Yo temblaba, persignándome á cada instante, como si me viera en peligro de muerte. No es posible imaginar tales angustias. Cuando clareaba perdí el miedo, y la otra idea me sobrecogió. ¡Los gendarmes! Me puse á correr. Cuando me iba tranquilizando, sentí hambre. Pero no tenía dinero; no había recogido mis ahorros, diez y ocho francos, todo mi caudal sobre la tierra.

Y seguí andando con el vientre vacío. Hacía calor. El sol abrasaba. Era ya medio día. Y andando siempre.

De pronto sentí pisadas de caballos en la carretera. ¡Los gendarmes! El corazón me dió un vuelco; estuve á punto de caer desmayada, pero me contu-

ve. Se acercaron; me miraron, y el más viejo de los dos me dijo:

—Buenos días, muchacha.

—Buenos días.

—¿A dónde vas?

—Voy á Roan, á servir de criada.

—Y ¿cómo vas á pie?

—Porque no puedo ir de otro modo.

Mi corazón, agitándose violentamente, me ahogaba. Pensando: «me cogen», tuve tentaciones de correr, de huir. Pero me hubieran alcanzado en seguida. Continué andando en silencio.

El viejo dijo:

—Podemos acompañarte hasta Barantin.

—Gracias; yo se lo agradezco...

Y empezamos la conversación. Yo procuraba serles agradable, mostrarme alegre, para que no sospechasen; y ellos creyeron otra cosa.

Mientras atravesábamos un bosque, dijo el viejo:

—¿Quieres, muchacha, que descansemos un rato sobre la hierba?

Yo contesté, sin reflexionar:

—Como usted guste.

Se apeó dejando su caballo al compañero y nos alejamos entre los árboles.



Era imposible negar nada. ¿Qué hubiera hecho usted en mi puesto? Hizo lo que le agradó, y al acabar me dijo: «Hay que acordarse del compañero.»

Y se fué á guardar los caballos mientras el otro



se acercaba. ¡Sentí una vergüenza, caballero! hubiera llorado, sí; hubiera llorado; pero no me atreví á negarme. La cosa era difícil en aquella situación.

Emprendimos de nuevo la marcha. No hablamos. Yo iba triste. Y, además, tenía un hambre cruel. En una casa me dieron los gendarmes un vaso de vino, que me reanimó. Nos separamos, y quedé sola, sentada en la cuneta, llorando.

Aún tuve que andar tres horas. A las siete de la noche llegué á Roan. En los caminos hay cunetas y ribazos donde puede uno sentarse y hasta dormir. En las calles de una ciudad nada es posible.

Me flaqueaban las piernas y sentía vahidos. Comenzó á llover agua menuda, menuda como la de hoy, que todo lo cala. No tengo fortuna cuando llueve. Anduve por las calles, mirando las casas y reflexionando: «Habrá tantas camas y tantos panes, y para mí no hay ni un mendrugo ni un jergón.» Vi algunas mujeres que llamaban y detenían á los hombres que pasaban. Hice como ellas, no sabiendo cosa mejor que hacer. En esos casos hay que someterse á todo. Pero nadie me atendía. Hubiera querido morirme. Así estuve hasta media noche. Ya no sabía qué hacer ni qué decir. Al cabo, un hombre me preguntó: «¿Dónde vives?» La necesidad nos hace maliciosos. Le contesté: «No es posible ir á mi casa, porque vivo con mi madre. Pero ¿no hay casas adonde ir?» El dijo: «Hay muchas; todo se arregla con un franco.» Y luego añadió: «Vente con-



migo. Sé un lugar tranquilo donde nadie nos interrumpirá.» Y pasamos un puente, llegando á un extremo de la población; y me llevó á un prado, cerca del río. Apenas podía seguirle.

Me hizo sentar, y tratamos del asunto que nos había reunido; pero, como acabando una cosa empezaba otra, cansada, me dormí.

Se fué sin pagarme. No supe cuándo se fué. La lluvia seguía. Entonces, durmiendo toda la noche sobre tierra mojada, cogí los dolores que aún me duran.

Me despertaron dos agentes que me condujeron á la Delegación, y después á la cárcel, donde pasé ocho días, mientras averiguaban mi procedencia y mis intenciones. Yo no dije la verdad por miedo; pero todo se aclaró y me dejaron libre.

Volví á correr en busca de un pedazo de pan pretendiendo una colocación, y me fué imposible hallar ninguna, porque nadie quiere servirse de una criada que sale de la cárcel.

Entonces recordé á uno de los jueces que decretaron mi libertad, al cual, sin duda, no había desagradado mi presencia, según la cara que puso y la manera de fijar los ojos en mí, como lo hacía el señor Lerable, de Ibetot. Y fui á verle.

No me había equivocado. Me dió cinco francos

al despedirme, diciéndome: «Siempre que vengas te daré otro tanto; pero no quiero verte más que dos veces por semana.»

Era bastante á su edad; me hice cargo de todo. Y reflexioné: «Los jóvenes entretienen mucho y ayudan poco. Los viejos traen más cuenta.» Ya conocía sus mañas y me decidí.

¿Sabe usted lo que hice? Me vestí como una criadita modesta y recorría las calles como si volviese de la compra todas las mañanas. Ellos caían en la tentación. Acercándose, me preguntaban:

—Buenos días, muchacha.

—Buenos días, caballero.

—¿A dónde vas?

—A casa de mis amos.

—¿Viven muy lejos?

—Así, así...

Dudaban; yo iba despacio para darles tiempo y que pudieran explicarse.

Me decían piropos en voz baja, y acababan rogándome que fuera con ellos. Yo accedía. Llegué á tener distribuida la mañana entre cuatro, y libres la tarde y la noche. ¡Qué tiempos! Fui dichosa. Pero lo bueno dura poco.

La suerte quiso que me conociese un ricacho, un





viejo presidente de Audiencia que tenía setenta y cinco años.

Una noche me llevó a cenar a un restaurant de las afueras de la población. Después de los postres, no pudo reprimirse, quiso gozarme y murió de repente, sobre mí.

Con tal motivo, estuve presa largo tiempo.

Luego vine a París.

¡Oh! Aquí es muy difícil ganar algo, caballero. No puedo comer todos los días. Hay demasiadas

mujeres. ¡Bah! Peor que peor. Para lo que se vive...

Calló. Yo andaba con el corazón oprimido. Ella se detuvo tuteándose de nuevo:

—¿No subes a mi casa?

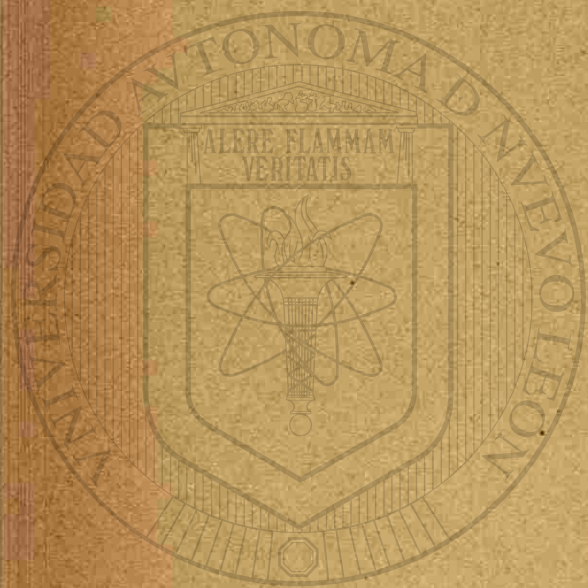
—Ya te dije que no.

—Bueno. De todos modos, ya sabes que te agradezco lo que hiciste. ¿No subes? Tú lo pierdes...

Y se alejó. La vi, ya lejos, a la luz de un farol, con la falda levantada, recibiendo la lluvia... Luego la vi desaparecer entre sombras...

¡Pobre muchacha!





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO PARRIS"  
P.O. 1625 MONTERREY, MEXICO

## LA VENTANA

CONOCI á la señora de Jadelle en París el invierno pasado. Me gustó en seguida muchísimo. Usted la conoce tanto como yo... Digo... casi tanto como yo. Usted sabe de qué modo es á un tiempo extravagante y soñadora, desenvuelta en sus maneras y de corazón impresionable, voluntariosa, emancipada y atrevida, libre de toda preocupación, y á pesar de lo dicho, sentimental, delicada, susceptible, tierna y púdica.

Es viuda; yo adoro á las viudas, por pereza. Entonces pensaba en casarme, y la pretendí. Cuanto más la trataba, mejor me parecía, y juzgué llegado el momento de manifestar mi pretensión. Me sentía muy enamorado y en peligro de que fuera ya con exceso. Para casarse conviene mucho no estar muy enamorado de la mujer, porque un enamorado hace siempre tonterías, se turba y aparece á un tiempo



timido y brutal. Conviene dominarse. Cuando se lanza demasiado un marido la primera noche, vive muy expuesto á que su mujer se lance al cabo de un año.

Un día me presenté de visita en su casa, con guantes claros, y le dije:

—Señora, tengo la fortuna de sentirme apasionado por usted y vengo á pedir una esperanza y á ofrecerle mi nombre y mi vida.

Ella me respondió tranquilamente:

—¡Cuánta precipitación, caballero! Ignoro en absoluto si me gustará usted algún día, pero me ofrezco á una prueba. Como figura, no me parece usted mal. Falta saber lo que pueden parecerme su corazón, su carácter y sus costumbres. La mayor parte de los matrimonios, criminales ó infelices, lo son porque la mujer y el hombre se unieron sin conocerse. Basta lo más pequeño, una manía cultivada, una idea firme sobre un punto insignificante de moral, de religión ó de cualquiera cosa, un gesto que disgusta, un resabio, un mínimo defecto, una cualidad poco simpática, para convertir en irreconciliables enemigos, encarnizados el uno contra el otro hasta la muerte, á los dos amantes más tiernos y más apasionados.

«Yo no me casaré, caballero, sin conocer á fondo,

hasta en los rinconcitos más ocultos de su existencia, al hombre con el cual he de compartir la vida. Le quiero estudiar detenidamente, muy de cerca, durante un mes.

»Atienda usted lo que le propongo: Vaya usted á pasar el verano conmigo en mi casa de campo de Lauville, y allí veremos, con mucha calma, si es posible que vivamos juntos...

»Le retoza la risa. Tiene usted un mal pensamiento. ¡Ah! Si yo no estuviera segura de mí, no haría semejante proposición. El amor, tal como lo comprenden ustedes, los hombres, me inspira un desprecio, una repugnancia, que hacen imposible para mí una derrota. ¿Convenido? ¿Acepta?

Le besé la mano.

—Señora, ¿cuándo iremos?

—El 10 de Mayo. ¿Le parece bien?

• —Admirable.

Al cabo de un mes, halléme instalado en su casa. Era una mujer singular. A todas horas me observaba, estudiándome. Como la gustaban los paseos á caballo, íbamos al bosque todos los días, y me hablaba de todo, queriendo penetrarme, descubrir mis íntimos pensamientos, mientras reparaba en todas mis acciones, en todas mis actitudes.

Yo enloquecía cada vez más apasionado, y sin



preocuparme poco ni mucho de la consonancia de nuestros caracteres. Pronto noté que hasta dormido era objeto de su vigilancia. Alguien dormía en el cuarto contiguo á mi habitación, retirándose allí á hora muy avanzada y con precauciones infinitas. Este continuo espionaje acabó por molestarme. Quise apresurar la solución, y cierta noche me decidí á mostrarme atrevido. Ella me recibió de tal modo, que me abstuve de toda nueva tentativa; pero me dominaba el deseo de rebelarme contra el régimen policiaco á que me sometía, y se me ocurrió una idea feliz.

Ya conoce usted á Cesarina, su doncella (una preciosa muchacha de Granville, donde son guapas todas las mujeres). Cesarina es tan rubia como es morena su señora.

Una tarde, atrayéndola sigilosamente á mi habitación, le di cien francos, y le dije:

—No te pediré nada malo; pero deseo hacer con tu señora lo que hace conmigo.

La muchacha sonreía con expresión picaresca. Yo proseguí:

—Me observan á todas horas del día y de la noche; ya lo sé. Me ven comer, beber, afeitarme, vestirme y hasta ponerme las zapatillas; ya lo sé.

La doncella exclamó:



—¡Caramba! señorito...

Yo proseguí:

• —Tú duermes en el cuarto contiguo para escuchar si ronco y si sueño en voz alta... ¡No lo niegues!

Riendo, repetía:

—¡Caramba! señorito...

Me animé:

—Comprendes que no es justo que la señora se vaya enterando de todo lo mío y que yo ignore todo lo suyo. Si hemos de casarnos, hemos de co-



nocernos igualmente. La quiero con toda mi alma. Su rostro, su corazón, su talento, su figura, todo lo suyo es tal como yo lo deseaba; en este punto soy el más dichoso de los hombres; pero hay cosas...

Cesarina se decidió á guardar en el bolsillo mi billete de cien francos. Comprendí que me serviría.

—Oye. A los hombres nos interesan mucho ciertos... ciertos... detalles... físicos; pequeñeces que no quitan á la mujer su hermosura, pero que pueden rebajar su valor á nuestros ojos. No te pido que murmures de tu señora, ni que me descubras defectos ocultos, caso que los tenga. Responde solamente, con sinceridad, á las cuatro ó cinco preguntas que te haré. Conoces á tu señora como á ti misma, puesto que la vistes y la desnudas todos los días. Dime, pues, una cosa: ¿Es tan... exuberante como aparenta?

La muchacha calló; yo proseguí:

—Ya sabes que algunas mujeres rellenan su corsé con algodón, y también lo llevan algunas en... otra parte... Donde... se sientan. Dime, ¿tu señora se abulta con algodones?

—Cesarina, con los ojos bajos, dijo tímidamente:

—Siga preguntando: contestaré luego á todo.

—Bien. Hay mujeres, cuyas rodillas, inclinadas hacia dentro, se rozan al andar; otras las tienen muy separadas, y sus piernas forman arco... Así, como un puente; se descubre por medio el paisaje. Una y otra forma resultan... agradables. Dime, ¿cómo son las piernas de tu señora?

La muchacha no contestó y proseguí:

—Algunas tienen tan blando el pecho, que les cae sobre la barriga. Otras tienen los brazos gordos y delgado el busto. Las hay que son muy abultadas por delante y muy lisas por detrás; otras, al revés, muy abultadas por detrás y muy lisas por delante. Todo es muy apetecible, muy bonito; pero quisiera saber qué formas tiene tu señora. Dímelo y te daré mucho dinero...

Cesarina levantó los ojos, mirándome francamente, y riendo contestó:

—Aparte de ser mi señora morena y yo rubia, en todo lo demás de su cuerpo está formada como yo.

Se fué, dejándome burlado.

Parecióme ridícula mi situación, y decidí vengarme, al menos de aquella muchacha impertinente.

Al cabo de una hora entré con mil precauciones en el cuarto desde donde me vigilaba cuando yo dormía, y quité los tornillos de la cerradura.



Llegó á media noche á su observatorio. La seguí. Viéndome, quiso gritar, pero le tapé la boca... Y me convencí sin gran esfuerzo de que, si no había mentido la doncella, su señora estaría muy bien formada.

Me aficioné á comprobar mis observaciones, que no disgustaban á Cesarina.

Era, en verdad, una hermosa muestra de la raza *normanda*, fina y fuerte á un tiempo. Le faltarian tal vez algunas delicadezas cuidadosas, que hubiera despreciado Enrique IV. Yo se las indiqué, y como me encantan los perfumes, le regalé aquella misma noche un frasco de labanda aromatizada.

Simpatizamos bien pronto, mucho más íntimamente de lo que pude imaginar. Ella fué una querida muy dulce, deliciosa, naturalmente inspirada y provocadora en el goce. Hubiera sido en París una cortesana de mucho mérito.

Los placeres que me ofrecía me permitieron aguardar sin impaciencia las resoluciones de la otra. Mostré un carácter bondadoso, ligero, dócil, complaciente.

A la señora de Jadelles debí parecerle un hombre delicioso, y comprendí por ciertos indicios que muy pronto me daría de alta. Era yo el amante más venturoso del mundo aguardando tranquilamente la

caricia legal de una mujer adorada, en los brazos de una muchacha encantadora.

.....  
Ya sería oportunísimo, amiga mía, que bajase usted los ojos ó volviese un poco la cabeza, porque llegamos á lo escabroso del asunto.

.....  
Una tarde, cuando volvíamos á caballo de nuestro paseo, la señora de Jadelles se lamentó amargamente de que sus palafreneros no tuviesen, con el potro que montaba ella, ciertas precauciones exigidas. Repitió muchas veces: «Que se guarden, que se guarden; hay un recurso para sorprenderlos.»

Pasé la noche muy tranquilo en mi cama. Despertando ardoroso y emprendedor, me vestí.

Tenia costumbre de fumar cada mañana un cigarro sobre un torreón del palacete, á donde conducía una escalera de caracol, iluminada por un ventanal abierto en el primer piso.

Calzado con zapatillas, no hice ruido, y alzando los ojos, imaginé que Cesarina estaba en el ventanal mirando hacia fuera.

No vi por completo á Cesarina, apareciendo solamente á mi vista la mitad inferior, la más de mi gusto. De la señora de Jadelles hubiera preferido la otra.





En aquella posición estaba provocativa... Su redondez, apenas velada por un vestido blanco... Aquella mitad parecía ofrecerse á mi apetito.

Me acerqué sigilosamente, me puse de rodillas; con mil precauciones cogí el vestido por el borde, y, rápido, lo alcé. Reconoci al punto, macizo, suave, fresco, el traspontín de mi querida, y estampé—señora, perdón si el momento es arriesgado—, estampé un beso dulce... un beso de amante que á todo se atreve. Sorprendiome notar perfume de ver-

bena; pero no tuve tiempo de resolver mis dudas; recibí un golpe, mejor dicho, un empujón violento, que, á dárseme con algo menos carnoso, me aplastara la nariz. Un grito me puso los pelos de punta. La mujer que se revolvía contra mí era la señora de Jadelles.

Agitó los brazos como una loca, dudó un instante, y haciéndome un gesto despreciativo, se fué corriendo.

A los diez minutos, Cesarina, estupefacta, me presentó una tarjeta, y leí:

«La señora de Jadelles supone que saldrá inmediatamente de su casa el señor de Brives.»

Me fuí; pero nunca me consolaré. Quise hacerme perdonar, usando todos los recursos, todas las explicaciones imaginables. Ha sido inútil.

Desde aquel día conservo en... el corazón un perfume de verbena que me obsesiona y me hace deseear lo imposible.







## LA MARTINA

SE le ocurrió un domingo, al salir de misa. Yendo camino de su casa, encontrése detrás de la Martina que iba también á la suya de regreso.

Acompañábala su padre, andando con el empaque propio de un rico agricultor. Desdeñoso de la blusa, vestía un chaquetón de paño gris, cubriendo su cabeza con un sombrero redondo, blando y de alas anchas.

La moza, oprimida por un corsé que sólo se ponía los domingos y fiestas de guardar, avanzaba con la cintura tiesa, los hombros anchos y las caderas muy salientes, con un pronunciado balanceo.

Luciendo una capota florida, confeccionada por una costurera de Ivetot, dejaba descubierta su nuca fuerte y carnosa, donde revoloteaban unos ricitos juguetones, tostados por el sol y el aire del campo.

Benito la veía sólo por la espalda, pero imagina-



ba el rostro de la moza en la cual hasta entonces no se fijó nunca tan obstinadamente.

Y de pronto, pensó: «¡Recristo! Es una hermosa muchacha la Martina».

La contemplaba, lleno de admiración, sintiendo-



se dominado por el deseo. No era preciso alcanzarla, verla el rostro; bastábale clavar la vista en las caderas abultadas y oscilantes, para pensar, casi en alta voz: «¡Recristo, es una hermosa muchacha!»

La Martina encaminó sus pasos hacia la izquierda para dirigirse á *La Martinera*, el cortijo de su padre, Juan Martín; volvióse para mirar el camino que dejaba, y viendo á Benito, al que juzgó un mozo muy agradable, dijo:

—Buenos días, Benito.

El apresuróse á contestar:

—Buenos días, Martina; muy buenos los tenga el señor Martín.

Y pasó de largo.

Al llegar á su casa, encontró ya la sopa servida. Sentóse frente á su madre, teniendo á un lado el gañán y al otro el mozo, mientras la criada iba por la sidra.

Sorbió algunas cucharadas, luego empujó el plato.

La vieja, observándole, preguntóle:

—Qué tienes, hijo; ¿estás enfermo?

El respondió:

—No, pero siento algo así como angustia en el vientre que me quita la gana.

Viendo comer á los demás, de cuando en cuando partía un pedacito de pan llevándose lo calmamente á los labios y mascándolo mucho. Pensaba en la Martina: «una hermosa muchacha». ¿Cómo era posible no haberlo reparado hasta entonces, y



sentirlo como un escopetazo, tan de pronto y con tal violencia que le quitaba el apetito?

Apenas probó el guisado.

Su madre le decía:

— Vaya, Benito; haz un esfuerzo. Son costillas de cordero, que te gustan, y te sentarán bien. Cuando no se tiene gana de comer, hay que vencerse.

Tragaba un pedacito: luego empujaba el plato nuevamente. No, no era posible; no podía tragar.

Cuando terminó la comida, fuese á dar un paseo por sus tierras, y dejó al mozo en libertad para salir asegurando que, al pasar, daría un vistazo á las bestias.

La campiña estaba desierta, por ser día festivo.

En los campos de trébol, pastaban tranquilamente algunas vacas, ó se tendían, para rumiar bajo la caricia del sol. En los linderos de las mieses, yacían las carretas perezosas y los terruños recién labrados, ya dispuestos para la sementera, contrastaban por su obscuro color con los rastros amarillos de los trigos y de las avenas ya segados.

Circulaba por la llanura un viéntecillo de otoño, bastante seco, anunciando un apacible atardecer. Benito, sentado en una ladera, se quitó el sombrero dejándolo sobre las rodillas, como si necesitara

refrescar su cabeza, y dijo en alta voz, interrumpiendo el silencio de la campiña:

— Una hermosa muchacha lo es ciertamente. ¡Una hermosa muchacha!

Lo mismo pensó estando ya en la cama, por la noche, al dormirse, y al día siguiente al despertarse.

No estaba triste, ni pesoso, ni abrumado; no hubiera sabido expresar lo que sentía. Era un algo que se agarraba fuertemente á su corazón, una idea insistente que le cosquilleaba sin cesar.

A veces un moscardón entra en vuestra estancia: su zumbido irrita y obsesiona; de pronto se detiene; le olvidáis; pero en cuanto empieza de nuevo á zumbiar, os distrae y os preocupa. No tenéis medios para cogerle, ni expulsarle, ni matarle, ni conseguir su quietud. Así el recuerdo incesante de la Martina, se agitaba en el alma de Benito como un moscardón obstinado.

Luego sintió ansia de verla otra vez, y fuese á rondar *La Martinera*. La vió, al fin, tendiendo ropa en una cuerda, entre dos manzanos.

Hacía calor, y la moza llevaba sólo una falda sobre la camisa, dibujándose la espléndida curva de sus caderas cuando alzaba el brazo para colgar una servilleta.



Quedóse agazapado el mozo en un surco durante más de una hora, sin levantarse hasta mucho después de haberse metido ella en su casa; y se volvió más embebecido que al ir.

Durante un mes la imagen de la moza llenaba su



pensamiento, y le bastaba, oír su nombre para estremecerse. Apenas comía, y por la noche un sudor angustioso le quitaba el sueño.

El domingo, en misa, la devoraba con los ojos. Ella lo notó, sonriéndole, muy satisfecha de sentirse deseada con tanto ardor.

Una tarde, al anochecer, Benito la encontró sola

en el campo. La Martina se detuvo al verle aproximarse, y entonces él fuese derecho hacia ella, sobresaltado y temeroso, pero también resuelto á decirla todo lo que pensaba.

Titubeando, balbuceó:

—Óyeme lo que te digo, Martina. Esto no puede continuar así.

La muchacha respondió un tanto burlona:

—¿Qué será lo que no pueda continuar así, Benito?

Él, impertérrito, se destapó de una vez:

—Que yo sólo pienso en ti á todas las horas del día.

Ella puso los brazos en jarras para contestarle:

—No supondrás que yo tengo la culpa.

El mozo masculló:

—Sí; tienes la culpa. Ni como, ni descanso, ni duermo, ni vivo.

La Martina dijo, quedamente:

—¿Cómo podría librarte yo de todo eso?

Mostróse Benito alelado, con los brazos caídos, los ojos fuera de sus órbitas y la boca de par en par.

Ella le dió una palmada en un hombro, y se fué corriendo.

A partir de aquel día, se vieron muchas veces en



los ribazos, en los caminos profundos, y al atardecer, en los linderos de los campos, cuando él regresaba con la yeguada y ella conducía sus vacas al establo.

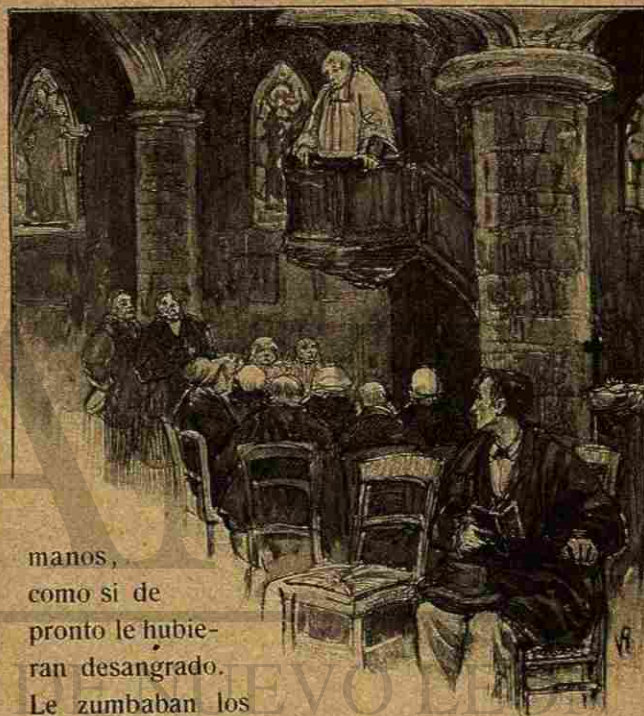
Benito sentíase arrastrado hacia ella, por un impulso de su corazón y de su carne. Hubiera querido estrecharla, oprimirla, devorarla, poseerla completamente, y le hacían estremecer arrebatos de impaciencia, de rabia, de angustia, porque la moza no le pertenecía en todo y por todo viviendo fundida con él, formando un solo cuerpo.

Las gentes de los contornos picoteaban, hacían mil comentarios, creyéndolos novios. Y no andaban muy torcidos en esta suposición, pues habiéndola preguntado Benito si quería ser su mujer, ella le había contestado que «sí».

Aguardaban una oportunidad para decírselo á sus familias.

Pero, de pronto, ella no compareció á las horas de costumbre. Benito, rondando el cortijo, no la encontraba nunca; nada más la veía de lejos, los domingos en misa. Y precisamente un domingo, después de la misa, el párroco leyó las primeras amonestaciones del futuro matrimonio convenido entre Adelaida Victoria Martin y José Isidoro Vallín.

Benito sintió un cosquilleo, una frialdad en sus



manos, como si de pronto le hubieran desangrado. Le zumbaban los oídos: ensordeció, quedóse insensible á todo, y costóle advertir que humedecía con lágrimas las hojas de su devocionario. El infeliz lloraba en silencio su desdicha.

Durante un mes no salió de su estancia. Luego volvió á trabajar, á sus faenas de costumbre.



Pero no se había cicatrizado su herida y pensaba en lo mismo siempre. Jamás pasaba por los caminos próximos á *La Martinera*, ni quiso alzar los ojos por no ver los árboles del corralón; y esto le obligaba diariamente á dar muchos rodeos y á ir cabizbajo á todas horas.

La Martina era ya la esposa de Vallín, rico labrador, tal vez el más rico de aquellos contornos. Benito dejó de tratarle, aun cuando eran compañeros de la infancia.

Un día, encontrando á la novia, reparó que se hallaba embarazada, y en lugar de molestarle aquel descubrimiento, le produjo una especie de satisfacción, que le devolvía, en cierto modo, la tranquilidad. Sus preocupaciones daban fin. Aquello era definitivo. Se acabó.

Durante algunos meses, la veía ir á la ciudad andando pesadamente. La Martina, ruborizábase mucho al trepezar con él, y bajando la cabeza para no mirarle, apresuraba el paso. Benito retrocedía muchas veces ó cambiaba de rumbo para evitar el encuentro.

Pero imaginaba espantado, que á lo mejor y cuando menos lo creyera, la encontraría en algún sitio donde no pudiese rehuir su presencia ni evitar un poco de conversación.

¿Qué le diría después de lo sucedido, recordando aquella tarde en que teniéndole cogidas las manos, la besaba en el pelo, casi en las mejillas? No podía olvidar fácilmente aquellas entrevistas en los linderos y en las hondonadas. Era incomprensible, imperdonable cómo acabó todo, á pesar de tantas promesas.

Poco á poco, sus angustias le abandonaban; su dolor se desvanecía, dejándole nada más un rastro de tristeza. Y al cabo decidióse á pasar de nuevo por los caminos acostumbrados, próximos á *La Martinera*. ¡Miraba desde lejos la casa donde la Martina vivía con otro! Los manzanos florecían, los gallos cantaban escarbando en el estiércol. Ni un ruido, ni una voz en la vivienda; sus dueños habían ido al campo á trabajar en las perentorias labores primaverales.

Benito se detuvo frente al portillo y miró hacia la corraliza. El perro dormitaba tranquilamente y tres bueyes, con paso tardo, acercábanse al abrevadero. Un pavo erguía junto á la puerta, luciendo ante algunas pavas la cola extendida con actitudes y alardes propios de un tenor en escena.

Benito se apoyó en un poste, sintiendo súbitamente ansias de llorar. Pero un grito agudo que resonó en la casa, estremecióle. Un grito desesperado



y doloroso que le turbó. Seguía frente al portillo agarrado á los barrotes, cuando resonó un segundo grito clamoroso, prolongado, que desgarró sus oídos y su alma. ¡Era la Martina! Y corriendo, precipitándose hacia la casa, empujando la puerta, la vió tendida en el suelo, crispada, con el rostro livido, los ojos desencajados, presa de los dolores de parto.

Quedóse de pie, inmóvil, más pálido y más tembloroso que la infeliz, balbuceando:

—Aquí estoy, aquí estoy, Martina.

Ella respondió angustiada:

—Socórreme, socórreme, Benito.

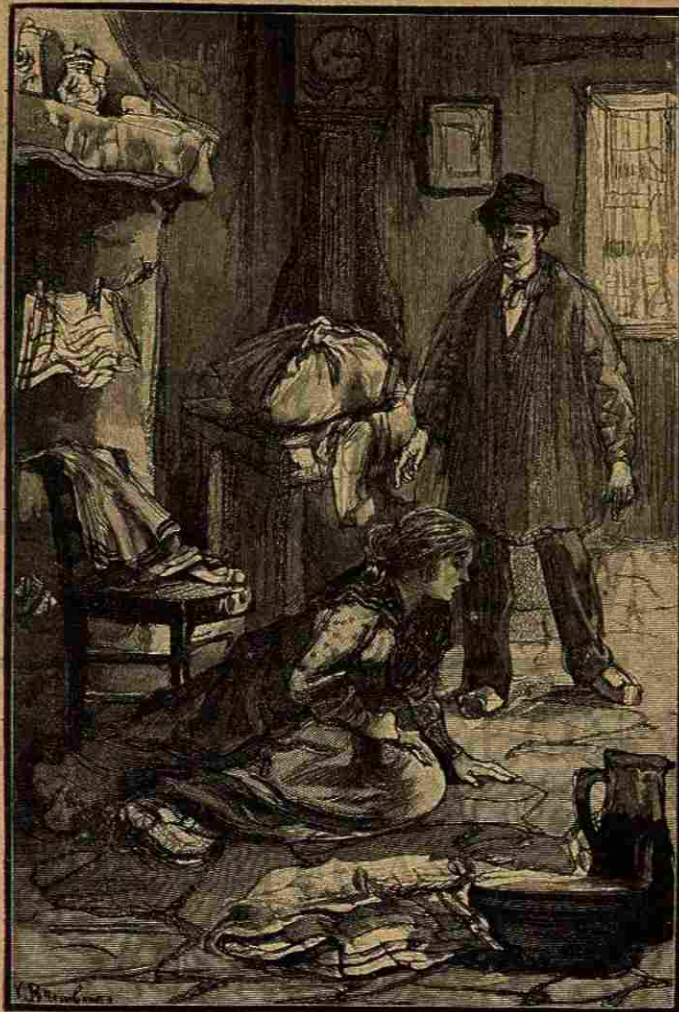
Él tenía los ojos clavados en ella, no sabiendo qué hacer ni qué decir.

La Martina prorrumpió de nuevo en alaridos:

—¡Oh! ¡Ah!... Me desgarran... ¡Oh... Benito!

Y se retorció espantosamente.

De pronto Benito sintió un ansia invencible de socorrerla, de ayudarla, de calmar sus zozobras. Inclínose, la cogió, la levantó en vilo y la llevó á la cama. Ella gemía sin cesar, y él, desabrochándola muy afanoso, la quitaba el justillo, la falda, los zapatos. Ella se mordía los puños para no gritar, y él, haciendo lo que acostumbraba con las bestias, con las vacas, las yeguas y las ovejas, ayudó, reci-





biendo al fin entre sus manos á una criatura que daba el primer vagido.

Lavoteó su cuerpecito, envolviéndola después en un paño que se hallaba puesto á secar junto á la lumbre, y la colocó sobre un cesto de ropa del repaso de la colada.

Luego, acercóse otra vez á la madre. La cogió, volviendo á dejarla con mucho cuidado en el suelo; arregló la cama y, alzándola otra vez, acostóla definitivamente.

La Martina balbuceó entonces:

—Gracias, gracias, Benito. Eres muy bueno.

Y lloraba, como si un pesar lejano, un arrepentimiento imprevisto la sobrecogiera.

Él no la deseaba ya, no padecía. ¿Por qué? No hubiera sabido explicarlo. Aquello le había curado mejor, más radicalmente, que diez años de ausencia.

La Martina le preguntaba, angustiada, palpitante:

—¿Qué es?

Benito respondió con mucha calma:

—Una niña; y viene al mundo en buenas condiciones.

Callaron. Al fin, la madre rompió el silencio:

—Déjame que la vea.

Él fué á buscar la criatura y se la presentó, como

si le ofreciera el pan bendito, en el momento en que se abría la puerta y entraba Isídoro Vallín.

Al pronto, el marido no se hizo cargo de la situación; luego se dió cuenta de todo.

Benito, consternado, tartamudeaba:

—Oí gritos... al pasar... Entré... y... Mira... ¡mira qué preciosa criatura!

El padre se adelantó para tomar entre sus manos el pequeño ser que Benito le ofrecía: lo besó largamente y, después de ponerlo en la cama, tendió á Benito sus brazos, diciendo:

—Choca, choca. Somos los compañeros de siempre. Lo pasado, pasado.

Y el otro respondió:

—Ciertas cosas hay que olvidarlas; un buen amigo vale más que todo.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## LA ENSEÑANZA DEL LATIN

Las discusiones habidas últimamente acerca de la enseñanza del latín, me traen á la memoria un recuerdo curioso de mi lejana mocedad.

Terminaba yo el bachillerato, asistiendo á las clases del Colegio Robineau, famoso en toda la provincia por los grandes conocimientos del idioma latino que allí adquirían los alumnos.

Hacia diez años que los discípulos del Colegio Robineau ganaban los primeros premios en las oposiciones de latín, luchando con los del Colegio Imperial y con todos los demás del departamento. Debíanse tan absolutos y bien ganados triunfos á un pasante, á un humilde pasante, al señor Piquedent, á quien hasta el «señor» se le regateaba, llamándole generalmente Piquedent á secas.

Era un hombre aviejado, gris, de una edad indefinible y cuya historia se adivinaba inmediatamen-



te. Habiendo ingresado en un colegio cualquiera, de pasante, á los veinte años, para poder proseguir sus estudios haciendo la Licenciatura y el Doctorado, vióse de tal modo envuelto por aquella dura y siniestra obligación, que se quedó ya de pasante para toda su vida.

Pero no había perdido su afición al latín y le obsesionaba como un deseo encarnizado. Leía de continuo los poetas, los prosistas, los historiadores, y los interpretaba, los comentaba, con una perseverancia inconcebible.

Ocurriósele obligar á todos los alumnos de su clase á que le contestaran siempre en latín, insistiendo en sus propósitos hasta conseguir que fueran capaces de hablar en latín como en su propio idioma. Oíalos como un director de orquesta oye los ensayos de sus músicos, y á cada instante golpeaba su pupitre con el puntero:

—¡Señor Lefrere, señor Lefrere! Ha cometido usted un solecismo. ¿No recuerda ya la regla?

—Señor Plantel: da usted á sus frases un giro muy francés y nada latino. Hay que penetrarse del espíritu de un idioma. Fijese cómo lo digo yo...

Así, los alumnos del colegio de Robineau, ganaron aquel año todos los premios de tema, versión y disertaciones latinas.

Al siguiente curso, el director, un hombrecillo sagaz como una mona — y semejante á una mona en figura y maneras —, hizo estampar en los programas, en los prospectos de su colegio, y hasta en la muestra de la fachada, esta nota:

ESPECIALIDAD EN ESTUDIOS LATINOS. — CINCO PRIMEROS PREMIOS OBTENIDOS EN LOS CINCO AÑOS DE LATINIDAD. — DOS DIPLOMAS DE HONOR EN EL CONCURSO GENERAL ENTRE TODOS LOS COLEGIOS DE FRANCIA.

Durante diez años consecutivos el colegio Robineau salió triunfante, con la misma brillantez y por igual motivo. Esa fué la causa de que mi padre resolviera que yo estudiase allí como alumno externo, dándome por añadidura clase particular el señor Piquedent, mediante cinco francos la hora, de los cuales el director cobraba tres y el pasante dos. Yo tenía entonces diez y ocho años y cursaba filosofía.

La clase particular me la daban en un gabinetito del entresuelo que tenía vistas á la calle. Ocurrió que á los pocos días, en vez de hablarme latín como en el colegio, el señor Piquedent me contaba sus desdichas en francés. Careciendo en absoluto de familia y de amigos, el infeliz se aficionó á mí, derramando sobre mi corazón toda la miseria del suyo.



En quince años no había tenido la fortuna de hablar con alguien íntimamente como hablaba conmigo.

—Soy una encina solitaria—me decía—. *Sicut quercus in solitudine.*

Le molestaba el trato de los otros pasantes, y



como no disponía de tiempo ni de libertad, nunca pudo tener amistades en la población.

—Ni de noche soy libre, amigo mío, y es lo que me disgusta más. Todas mis aspiraciones se reducen á tener un cuartito con mis muebles, mis-

libros y todos aquellos objetos de mi pertenencia exclusiva. Pero no puedo tener nada mío, nada más que mi pantalón y mi levita; ¡ni siquiera el colchón y las almohadas en que descanso para dormir! No

puedo aislarme nunca entre cuatro paredes, y sólo respiro á mis anchas cuando estoy aquí. ¿Usted comprende lo terrible que resulta pasar la vida, toda la vida, sin derecho á la soledad para entregarse á tranquilas meditaciones, á reflexionar, á trabajar, á soñar? ¡Oh, amigo mío, una llave, la llave de una puerta que cerrándose nos aísla! No concibo dicha mayor.

«En el Colegio, durante las horas de clase, la presencia de los muchachos, que no dejan de hablar ni de moverse; por las noches los ronquidos incessantes de los muchachos en el dormitorio. Y dormimos en una cama que no es mía, entre dos hileras de camas, que debo, dormido y todo, vigilar. Nunca pude aislarme, ¡nunca! Si voy por las calles, me codeo con una muchedumbre; si me canso de andar y entro en un café, me rodea otra muchedumbre de fumadores que discuten ó juegan al billar. Vivo como en una cárcel.

Yo le preguntaba:

—¿Por qué no buscó usted otro empleo?

Y él respondía:

—¿Cuál? No soy zapatero, ni carpintero, ni sombrerero, ni panadero, ni peluquero. Sólo sé latín, y carezco de un diploma que me autorice para venderlo á buen precio. Si tuviera un título de doctor



me produciría 100 francos lo que ahora me produce tres, y sin duda mis enseñanzas fueran más deficientes, porque bastara mi título para mantener mi reputación.

A veces me decía:

—Sólo descanso durante las horas que paso con usted. No perderá el tiempo que le distraigo. En clase le indemnizaré, haciéndole hablar en latín doble que á los otros.

Un día me atreví á ofrecerle un cigarrillo. Lo contempló con inquietud, y, mirando hacia la puerta, dijo:

—¡Si entran y nos ven!

Fumémoslo en la ventana.

Y apoyamos los codos en el alféizar, ocultando en la mano, abarquillada, el cuerpo del delito.

Frente á nosotros había un taller de planchadoras. Cuatro mujeres con blusitas blancas deslizaban sobre las piezas de ropa las planchas pesadas y calientes, que desprendían un vaho espeso.

De pronto apareció en la puerta otra mujer, saliendo cargada con un cesto muy grande, para llevar á los clientes camisas, pañuelos y sábanas. En el umbral se detuvo, como si el peso de la carga la rindiese ya. Luego alzó los ojos, dedicándonos una sonrisa; con la mano que le quedaba libre nos

tiró un beso burlonamente, y se fué á paso lento.

Era una moza de veinte años, de poca estatura, flaca, bastante linda, con la expresión picaresca, los ojos alegres y los cabellos rubios y mal peinados.

El señor Piquedent murmuró preocupado:

—¡Qué oficio para una mujer! ¡Cargarse como una bestia!

Y reflexionó acerca de la miseria de las clases humildes. Tenía exaltaciones democrático-sentimentales, y hablaba de las fatigas de los obreros con frases propias de Juan Jacobo Rousseau, con angustia sincera.

Otro día, viéndonos en la misma postura, la misma planchadora, nos dijo: «¡Adiós, colegiales!», con una vocecita burlona y haciéndonos un guiño.

Yo le tiré mi cigarro, y ella, cogiéndolo, se puso á chuparle. Salieron las otras cuatro á la puerta, con las manos tendidas, para recibir igual obsequio.

Y poco á poco establecióse una correspondencia sentimental entre las planchadoras del taller y los cautivos del Colegio.

Daba risa ver al señor Piquedent. Temblando, porque temía que pudieran sorprenderle y le costara el empleo, hacía muecas tímidas—toda una mi-



mica de amante de comedia—y las planchadoras le respondían con una lluvia de besos.

Concebí una diabólica idea. Un día, entrando en el gabinetito del entresuelo, dije misteriosamente al pasante:

—Señor Piquedent: acabo de hablar con la planchadora, la del cesto, la más joven; acabo de hablar con ella.

Me preguntó, un poco turbado por el tono confidencial de mis palabras:

—¿Y qué le ha dicho á usted?

—Me ha dicho... ¡Prepárese á recibir una sorpresa!... Me ha dicho... que le parece usted un hombre muy simpático. Y sospecho... la verdad; sospecho que se interesa mucho por usted...

Palideció, murmurando:

—Sin duda se quiso burlar de mí. Es imposible que á mis años...

Le interrumpí:

—¡A sus años! Pero ¡si está usted muy aceptable!

Comprendiendo que mi engaño le interesaba, no insistí al pronto.

Pero cada tarde le comunicaba un supuesto recado, repitiéndole que la muchacha sentía cariño hacia él. Acabó por convencerse, por enviarle de sde la ventana besos ardientes y apasionados.





Y ocurrió que una mañana, yendo al colegio, encontré á la moza y decidí abordarla francamente, como si la conociera de mucho tiempo.

—Buenos días.

—Buenos días.

—¿Quiere usted un cigarro?

—No; en la calle no.

—Puede fumarlo en el taller, luego.

—Así, venga.

—Dígame. ¿No sabe usted lo que ocurre?

—¿Qué ocurre?

—¡Casi nada! El viejo; mi profesor...

—¿Piquedent?

—Sí; Piquedent. ¿Cómo sabía usted su nombre?

—¡Se saben tantas cosas! ¿Y qué?

—Pues, que... se ha enamorado como un loco... de usted.

La moza soltó una carcajada, exclamando:

—¡Qué bromas!

—No, no es broma. Se lo aseguro. Me habla de usted constantemente. Apuesto á que acabarán casándose.

La moza dejó de reír. La sola idea del matrimonio es un asunto serio para cualquier muchacha.

Después, incrédula, repitió:

—¡Qué bromas!

—Le juro á usted que no la engaño.

Cargando nuevamente con el cesto de ropa que había dejado en el suelo, dijo:

—Se verá, se verá...

Y se fué.

Llegando al colegio, busqué una ocasión para poder hablar á solas con el pasante.

—Le aseguro que la enamoró. Escríbale.

Y escribió una carta muy cariñosa, llena de frases y de perifrasis, de metáforas y de comparaciones, de filosofía y de galantería universitaria; una verdadera preciosidad, un modelo de literatura burlesca, y me comprometí á llevarla yo.

La moza iba leyendo y emocionándose; luego, dijo:





—¡Qué bien escribe! ¡Cómo se conoce que ha estudiado mucho! Y ¿es cierto que piensa casarse conmigo?

Respondí resueltamente:

—¡Claro! Y sólo espera una ocasión para decírselo de palabra.

—Pues, que me invite á comer el domingo en la Isla de las Flores.

Aseguré que la invitaría.

Impresionó grandemente al pasante la relación del efecto que había producido su carta.

Inisistí:

—Ya ve como le quiere, señor Piquedent; y me parece una buena mujer. Sería una infamia seducirla para divertirse con ella. Merece mucho más.

Respondió seriamente:

—Yo no soy capaz de hacer una infamia. Siempre me portó como un hombre honrado.

Confieso que hasta entonces no me propuse más que seguir la broma, una broma de colegial. Adivinando la ingenuidad candorosa del pasante, su inocencia y su debilidad, me divertía sin pararme á reflexionar el fin de todo aquello. Tenía yo entonces diez y ocho años y fama de guasón.

Convinimos en que yo iría con Piquedent hasta el embarcadero de Rabo de Vaca, en coche, y que

allí nos reuniríamos con Angela. Después, embarcados los tres en mi bote, llegando á la Isla de las Flores, comeríamos juntos. Yo había impuesto mi presencia para disfrutar de mi triunfo, y el pasante, aceptando mi proposición, demostraba que había perdido la chaveta.

Cuando llegamos al embarcadero, donde mi bote nos aguardaba, descubrí sobre las hierbas una enorme sombrilla encarnada, semejante á una colosal amapola. Bajo la sombrilla, vimos á la planchadora, muy compuesta. Me sorprendió su aspecto agradable y gracioso, aun cuando estaba paliducha.

Piquedent la saludó haciéndole una reverencia con el sombrero en la mano. Ella estuvo atenta con él, y subimos los tres al bote.

Yo remaba y los había hecho sentar juntos, frente á mí.

El pasante fué quien primero habló:

—Un hermoso día para un paseo por el río.

La planchadora limitóse á decir:

—Efectivamente.

Metió las puntas de los dedos en el agua, produciendo, al avanzar el bote, como una cinta de cristal y un suave murmullo, un chapoteo amortiguado.

En el restaurant animóse, habló, dispuso la comida: un frito, un pollo, una ensalada. Y mientras



lo preparaban todo, nos hizo dar un paseo por la Isla, cuyas veredas conocía perfectamente.

Mostróse agradable, viva, dicharachera.



Nadie dijo una sola palabra de amor, hasta los postres. Yo había pedido una botella de Champagne; Piquedent estaba ebrio, y Angela un poco mareada. Entonces el pasante dijo:

—Señorita: Raúl habrá manifestado á usted mis intenciones.

Ella puso cara de juez, contestando:

—Sí; me lo ha dicho todo.

—¿Y usted, qué responde?

—No es costumbre responder á ciertas preguntas.

La emoción ahogaba en aquel momento al infeliz pasante.

—¿Puedo confiar en serle agradable con el tiempo?

Angela sonrió:

—¡Tonto! ¿No conoce usted que ya me gusta?

—De modo, señorita, que puedo confiar...

Ella dudó un segundo, y dijo con voz temblorosa:

—Pero, ¿es verdad que desea usted casarse conmigo?

—¡Sí, Angela!

—Entonces... habrá que decidirse.

Los dos chorlitos formalizaron así la promesa de matrimonio, siguiendo la burla de un mozalbete. Pero yo no creía la cosa tan seria, ni acaso ellos tampoco. Angela tuvo un momento de vacilación, confesando:

—Yo no tengo ni un céntimo; ya lo supondrá usted.

El balbuceó, borracho como el propio Sileno:

—Yo economicé siete mil francos.

—¡Lo bastante para establecernos!

A través de la borrachera, el pasante sintió una vaga inquietud.



—¡Establecernos! ¿Cómo?

—¿Cómo? Ya veremos lo que se presenta. Con siete mil francos puede intentarse alguna empresa. ¿No pretenderá usted llevarme á dormir al Colegio cuando sea su esposa?

No habiendo previsto aquella dificultad, balbuceó contrariado:

—¿Establecernos? ¿Cómo? ¿Para qué? Yo sólo sé latín.

Angela reflexionaba también, pasando revista ligeramente á todas las profesiones que juzgó lucrativas.

—¿No le sería fácil ser médico?

—No.

—¿Y boticario?

—Tampoco.

La moza lanzó un grito de júbilo. ¡Había encontrado la idea que buscaba!

—¡Compraremos una tienda de comestibles! ¡Oh! ¡Qué gusto! ¡Una tienda de comestibles! Modesta. ¿Eh? Con siete mil francos no hay para mucho.

El pasante quiso protestar.

—No; no es posible que yo haga eso... Yo soy... una persona... demasiado conocida... ¡Sólo sé latín! Yo...

Pero ella le hizo callar acercándole una copa de champagne á los labios.

Volvimos al bote, y aunque la oscuridad que nos



rodeaba era mucha, los vi enlazarse y acariciarse varias veces.

Aquello produjo una catástrofe horrible. Todo se averiguó. Expulsaron del colegio al pasante, y mi padre, indignado, me llevó á otro colegio. Al cabo de mes y medio me gradué de bachiller. Luego fui





á Paris á estudiar Leyes, y estuve dos años ausente de mi ciudad natal.

Cuando volví á pasar unas vacaciones, en un recodo que forma la calle de la Sierpe, me saltó á la vista este letrero:

#### PRODUCTOS COLONIALES DE PIQUEDENT

Y más abajo, para que no dudaran los más ignorantes:

#### COMESTIBLES

Leyéndolo, exclamé:

—*Quantum mutatus ab illo!*

Piquedent alzó la cabeza, y desatendiendo á una cliente corrió tendiéndome ambas manos:

—¡Ay, amigo! ¡Usted por aquí! ¡Me alegro! ¡Me alegro de verle!

Una hermosa mujer, llenita de carnes, abandonó el escritorio para caer en mis brazos.

Me costó algún esfuerzo reconocerla. Estaba maciza y de buen color.

Después me decidí á preguntar:

—¿El negocio prospera?



Piquedent, que ya se hallaba otra vez junto al mostrador despachando, respondió:

— Sí, prospera; estoy satisfecho.

— ¿Y el latín, señor Piquedent?

— ¡Oh, Virgen Santísima! ¿Quién habla ya de latín? Con latines, amigo mío, no se come.



## ÍNDICE

|                                    | Páginas. |
|------------------------------------|----------|
| El doncel de la señora Husson..... | 5        |
| En jaque.....                      | 41       |
| El Cristo de la Baronesa.....      | 57       |
| Un contrato.....                   | 69       |
| El asesino.....                    | 81       |
| Una tertulia.....                  | 91       |
| La rabia.....                      | 109      |
| La modelo.....                     | 127      |
| La confesión.....                  | 143      |
| Divorcio.....                      | 157      |
| El desquite.....                   | 175      |
| La odisea de una moza.....         | 193      |
| La ventana.....                    | 207      |
| La Martina.....                    | 219      |
| La enseñanza del latín.....        | 235      |



1911

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE  
CIUDAD JUÁREZ  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1911